



RADICALITZEM

la vida

La majoria de llibres de Virus editorial es troben sota llicències lliures i per la seva lliure descàrrega. Però els projectes autogestionaris i alternatius, com Virus editorial, necessiten un important suport econòmic. En la mesura que oferim bona part del nostre treball pel comú, creiem important crear també formes de col·laboració en la sostenibilitat del projecte.

Subscriu-t'hi!!

La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, necesitan de un importante apoyo económico. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto. **¡Subscríbete!**

Satèl·lit
sense quota



-5%



5 compres
cada any



Pack lliurenda
per a
lectors

Nois encantarà la potar contigto y que te pusteras en órbita con Virus. Presentir que nos rodean craturas maravillosas nos hace sentir la calma del asteroide



Càpsida



4 llibres



-5%



Pack lliurenda



Descants

60€

Descorricamos las consecuencias de esta pastora. Pero tenemos claro que tu apoyo es una càpsida que nos recubre y mantiene con vida



Replicant



8 llibres



-5%



Pack lliurenda



Descants

100€

Nadie te va a preguntar si eres humana o androide. Lo que vas a hacer es de ciencia ficción. Dicho esto, repiquemos juntas nuestras prácticas.

Life • Love • Faith



FRAY DULCINO Y MARGARITA

Mesianismo igualitario y resistencia montañesa




Tavo Burat






Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

Autoría-atribución: se deberá respetar y hacer constar la autoría del texto y de su traducción.

 **No comercial:** no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.

 **No derivados:** no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.

Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara, y sólo se podrán alterar con el permiso expreso del autor/a.

© 2016 del texto, editorial Tabor

© 2016 de la presente edición, Virus editorial

Título original:

*Fra Dolcino e Margherita. Tra Messianismo
egualitario e resistenza montanara*

Traducción del italiano: Javier Oviden

Edición y corrección: Paula Monteiro

Diseño de colección, cubierta y mapas:

Pilar Sánchez Molina

Maquetación: Virus editorial

Primera edición en castellano: marzo de 2016

ISBN: 978-84-92559-68-8

Depósito legal: B-3774-2016



LALLEVIR SL / VIRUS EDITORIAL

C/ Junta de Comerç, 18, baixos

08001 Barcelona

Tel. / Fax: 934 413 814

editorial@viruseditorial.net

www.viruseditorial.net

Índice

Presentación	Introducción	Los orígenes: del cristianismo primitivo a Joaquín de Fiore	El nacimiento del movimiento apostólico: Gherardino Segalello, «libertario de Dios»
9	13	19	35
La aparición de Dulcino y la primera carta a los fieles	La comunidad errante de los hermanos apostólicos: del Trentino al Piamonte	En Valsesia: encuentro con los montañeses y la guerrilla	La última resistencia, el asedio en el monte Rubello, el suplicio
53	71	87	105
La «gran bruja» a la hoguera: Margarita de Trento	La «doctrina» del movimiento apostólico dulciniano	La Biblia, fuente de anarquía: la larga cadena de sublevaciones cristianas	
119	131	147	
El movimiento obrero y el redescubrimiento del «Jesús socialista»	Civilización montañesa y autonomía biorregional	Apéndice	Primera carta de Dulcino y Margarita a los valsusinos en lucha
165	183	203	208

El movimiento dulciniano es uno de los protagonistas de la gran cadena de sublevaciones de la plebe cristiana que, con diferente fortuna y complejidad, se rebelaron contra la jerarquía, y que, en los momentos más intensos, se vieron empujados inevitablemente hacia el comunismo. El ejemplo clásico, tanto por la forma estrepitosa de sus circunstancias, como por la extensión y duración del movimiento, es sin duda la sublevación de los anabaptistas. Pero la revuelta dulciniana no fue poca cosa, condicionada como estaba por la precoz modernidad económica que caracterizaba el valle del Po a principios del siglo XIV [...]. El verdadero cristianismo, hacia el cual, por una suerte de simpatía y semejanza en las condiciones, aquellos rebeldes exaltados regresaban con una fe ardiente y llena de fantasía, fue una realidad. El cristianismo primitivo, mutatis mutandis, se parecía más en su fisonomía y en sus movimientos a aquello que Montano, o Dulcino, o Thomas Müntzer pretendían restablecer en tiempos poco propicios para ello; se parecía, decimos, mucho más que todos los dogmas, liturgias, grados jerárquicos, dominaciones y riquezas: luchas políticas, supremacías, inquisiciones y otras miserias, alrededor de las que gira la historia humanamente terrenal de la Iglesia. En las tentativas de estos rebeldes se observa, como si hubiesen querido hacer un experimento grandioso sobre el pasado, lo que debió de ser aproximadamente la forma original del cristianismo, una secta de perfectos santos, es decir de personas absolutamente iguales, sin diferencia entre clero y laicos, todos importantes y capaces para el espíritu divino, sans-culottes y devotos al mismo tiempo, todos a una [...]; la sectas fueron en gran parte inspiradas, hasta el siglo XVI (es decir, hasta la Reforma, que excomulgó a Müntzer y a sus secuaces, solidarios hasta el final con los campesinos rebeldes) por la idea del retorno al cristianismo primitivo, razón por la que a menudo colorearon sus propuestas sobre los problemas del presente, con una inspiración ideológica que rozaba la utopía...

Antonio Labriola, *Discurso de socialismo e filosofía*, 1897



Dulcino y Margarita

En la página anterior: Retratos de Dulcino y Margarita realizados siglos después de su muerte y que son, por tanto, interpretaciones sobre su aspecto basadas en el imaginario popular en torno a ellos.

El resto de ilustraciones de este libro, así como la imagen de portada, son detalles extraídos de la obra de El Bosco *El jardín de las delicias*.

Presentación

*Incluso los muertos no están a salvo del enemigo si este vence.
Y este enemigo no ha dejado de vencer.*

Walter Benjamin

Los cimientos del mundo en que vivimos están basados principalmente en la derrota de aquellos que *lo intentaron* antes que nosotros, los campesinos sublevados masacrados por defender su autonomía y el uso colectivo de los recursos, el martirio de herejes y mujeres quemadas por brujería, el genocidio de los pueblos «salvajes» colonizados y el exterminio de enemigos internos: luditas, vagabundos, comunardos, brigantes, rebeldes y bandidos de toda época. El rostro del enemigo no ha cambiado; hoy, como entonces, más que el oscurantismo religioso es de temer el

supuesto «progreso» del racionalismo económico. La historia, en cambio, no ha terminado; esas derrotas pueden ser puestas en cuestión, e incluso quizás, un buen día, dejar de serlo.

En el séptimo centenario del suplicio de Dulcino y Margarita, organizamos en Val di Susa, junto con Tavo Burat, tres jornadas de encuentros con el siguiente objetivo: reapropiarnos de nuestra historia, retomar las batallas del pasado, para mezclarlas y darles vida junto a las luchas de hoy. Resulta superfluo decir que, en este camino, la ayuda de Tavo ha sido (y sigue siendo) impagable e imprescindible.

Una gran parte de los textos de Tavo sobre el hermano Dulcino han aparecido en revistas, periódicos, libros, muchos de los cuales son difíciles de encontrar o se han agotado. Así, esta edición nace a partir de un trabajo de redacción sobre algunos de estos textos, reunidos y reordenados, con el objetivo de proponer una historia sintética y orgánica del movimiento apostólico, tanto sobre su significado histórico como sobre su relación con los movimientos de resistencia actuales. Sin embargo, no queremos aprovechar esta introducción para hablar de las batallas que nos tienen comprometidos hoy, ni de nuestro punto de vista en cuanto a la relación de

continuidad que sentimos con la resistencia apostólica montañesa. Preferimos dejar hablar a Tavo, sin añadirle palabras o ideas que no sean suyas.

Tavo nos dejó en diciembre de 2009. Este libro es, antes que nada, un homenaje a él, un gesto de reconocimiento hacia sus luchas, al saber y la curiosidad que supo transmitir, a la coherencia y coraje que nos regaló sin reservas, hasta el final, consiguiendo ser, en esta época mezquina, un auténtico maestro.¹ *Arvëddse*, Tavo. Gracias.

¹ Gustavo Buratti (1932-2009). Véanse, entre otras, las siguientes recopilaciones de sus trabajos: *Lassomse nen tajé la lenga/Non lasciamoci tagliare la lingua – Gli editoriali di Tavo Burat «Sautabachëtta» (1975-2004) apparsi su «ALP - Vos ëd l'arvira piemontëisa»* (texto bilingüe piamontés/italiano), ALP, Biella, 2005; *Lassomse nen tajé la lenga: e... la vos s'arvira ancora - Gli editoriali di Tavo Burat «Sautabachëtta» (2004-2009) apparsi su «ALP»*, ALP, Biella, 2011; *Parlé an salita* (recopilación de las editoriales de Tavo Burat para el mensual *Biellese Proletario* y *Biellesario*, 1978-1993), editado por Daniele Gamba, Ieri e Oggi, Biella, 2010; *Dalla parte di chi resiste. Gli scritti di Gustavo Buratti per «L'impegno» (1983-2009)*, a cargo de Marcello Vaudano, Istituto per la storia della Resistenza e della società contemporanea nel Biellese, nel Vercellese e in Valsesia, Varallo, 2012. Sugerimos, además, ver el documental: *Ritornare selvatici - Le parole nomadi di Tavo Burat*, un filme de G. Pidello y M. Pellegrini, Ecomuseo Valle Elvo e Serra - VideoAstolfoSullaLuna, 2012.



Introducción

«La lucha de la sociedad alpina por salvar su identidad original, e incluso por salvar su propia existencia, es más que milenaria; la Resistencia de 1943-1945 también tuvo como significado el de la última batalla de esa civilización: el bandolerismo extremo. Para darse cuenta, basta con releer la Declaración de Chivasso¹ que firmaron los representantes de la Resistencia del valle de Aosta y de los valles valdesios. Por eso la lejana rebelión valesiana —que debido a la presencia y a la guía de Dulcino se convirtió en “herética” hasta el punto de borrar las diferencias entre locales y forasteros apostólicos— es actual; pues habla todavía de

¹ Formalmente proclamada como la «Declaración de representantes de las poblaciones alpinas», se trata de un documento firmado en la localidad de Chivasso el 19 de diciembre de 1943, durante un encuentro clandestino organizado por la Resistencia de los valles alpinos. El documento postulaba la realización de un sistema político federal y republicano, sobre una base regional y cantonal. (*N. del T.*)

nuestra sensibilidad de montañeses «no resignados» a aceptar una montaña colonizada, reducida a escuálida periferia de segunda clase, destinada a las segundas residencias de quienes, en los grandes centros de la llanura, detentan el poder económico; por eso aquella rabia remota también da voz a la nuestra...»²



«Ser “neodulcinianos” significa reafirmar en Dulcino todo aquello que los movimientos obreros y democráticos reconocieron en él hace un siglo y medio. Pero, además, significa distinguir en él y en su movimiento herético un símbolo de la “civilización alpina”, cuya decadencia comenzó con la derrota de estos rebeldes apostólicos. Una civilización que no se resigna a extinguirse, decidida a resistir a la homogeneización del falso progreso. Ese progreso que no es sino una persecución colonialista, desde los poderes económicos metropolitanos, que convierte en víctima a la

² Tavo Burat: *Attualità e fascino di una ribellione montanara e di un’eresia medievali*, ahora en Centro di Studi Dolciniani (a cargo de C. Mornese), *Fra Dolcino e gli Apostolici, tra eresia, rivolta e roghi*, DeriveApprodi, Roma, 2000, p. 17.

montaña. Batirse por una resistencia, antigua y nueva, por el derecho a la “diversidad”, sin olvidar nunca que Margarita es un emblema del rescate de las mujeres y de los hombres vivos y libres, criaturas de una madre tierra a la que amar y defender contra quien pretende profanarla y violentarla.»³



«Queridas compañeras y compañeros, desde que, el 15 de septiembre de 1974, inauguramos esta pilastra, instalada sobre las ruinas del obelisco levantado por el movimiento obrero hace cien años para reivindicar a Dulcino, es la primera vez que falto a nuestra cita [...]. Queridas compañeras, queridos compañeros, mientras tengamos fuerza y estemos vivos seguiremos con la doble meta:

1. La de la verdad histórica, que ve a la montaña rebelde alrededor de Dulcino y los suyos, contra la cruzada organizada por los enemigos de la civilización libertaria alpina.

³ Entrevista a Tavo Burat realizada por Aldo Fappani, en 2009; en *I Quaderni Dolciniani*, n.º 0, Biella, 2011.

2. La de la batalla actual por resistir a la cruzada metropolitana que quiere perpetuar y completar la colonización de la montaña, imponiéndole la ley del beneficio y del consumismo a cualquier precio.

Ser dulcinianos significa luchar por una sociedad laica y pluralista, contra cualquier pretensión de homologación, de reducirnos a meros títeres, a robots maniobrados por los centros de poder económicos, políticos, sociales y religiosos. Significa, como dejó dicho Pasolini en su mensaje extremo, luchar por cualquier forma de cultura, alterna y subalterna, contra este nuevo fascismo que es el centralismo lingüístico del consumismo. Por todo esto, *cantoma L'Internassional an piemontèis*:

Non për dividi, ma për esse uni con tucc ij popuj cit, da yanomani d'Amazzonia, ai àinu dël Giapon, dagli Inuit dle tere polar, ai Boscimani dla Namibia. A tute cole nassion proibie ch'a son ël ters mond dinta l'Europa e, tame le Alp, a patisso la colonissassion dle metropoli (pais d'Òch, Bèrtagna, pais Basch, Corsica, Scossia dël nord...).

A venta lotè pr la “decrescita” d’un sistema ch’a massa nòssa mare, la tera, na lession amprenùda dai pel rosse e c’ha venta pa desmèntiè... lotè per la pas, despèrtut, arfudè le guere e antlora, compagne e compagni, viva Margarita e viva Dossin!

E cha viva la montagna, téra d’om fier, liber e testard!»⁴

Tavo Burat, hospital de Biella, 19 de septiembere de 2009

⁴ Por todo esto canto *La Internacional* en piamontés:

«No para dividir, sino para estar unidos con todos los pueblos, desde los yanomami de la Amazonia, a los ainu de Japón, desde los inuit de las tierras polares, a los bosquimanos de Namibia. A todas las naciones prohibidas que forman un Tercer Mundo dentro de Europa y que, como los Alpes, han sufrido la colonización de la metrópolis (Occitania, Bretaña, el País Vasco, Córcega, Escocia del norte...).

Por la necesidad de luchar por el «decrecimiento» de un sistema que destruye a nuestra madre, la tierra, una lección aprendida por los pieles rojas y que es necesario no olvidar... luchar por la paz, rechazar la guerra y, entonces, compañeros y compañeras, ¡viva Margarita y viva Dulcino!» (*N. del T.*)



Los orígenes: del cristianismo primitivo a Joaquín de Fiore

Para comprender el contexto en que surge la disidencia del movimiento apostólico de Gherardino Segalello, y posteriormente de Dulcino, toca señalar de qué modo el cristianismo primitivo se caracterizaba como una secta cuyos miembros eran considerados por igual, sin diferencias entre clero y laicos, en cuanto empapados todos por el espíritu divino. No hay que olvidar que el propio Cristo se posicionó como un contestatario frente a la religión de su pueblo (la «religión» no es la «ley» que Cristo dijo haber venido, no para abolir, sino para completar [Mateo 5: 17]; así como la «religión» no es la «fe»), y optó también por restaurar las tradiciones hebraicas originales, propias de un pueblo nómada y, por tanto, desvinculado de la codicia de la propiedad individual, ya fuese tanto de bienes muebles como inmuebles (la institución del Jubileo bíblico, en esta misma línea, tendía a afirmar que

sólo Dios es el dueño de la tierra, es decir, conforme al pensamiento de una civilización nómada); un pueblo sujeto a un único señor, el Creador, y por tanto íntima y profundamente libre.

La sociedad hebraica, con manifiesta responsabilidad de la clase sacerdotal que regulaba la vida religiosa, estaba muy degradada en tiempos de Cristo. Había caído en la órbita del poder imperial romano, sufría condicionamientos de todo tipo y había sido contaminada por factores culturales del todo extraños a su estructura original.

El cristianismo aparece como una reconducción hacia el comunismo primitivo de las comunidades palestinas ancestrales; basta con recordar cómo Pablo amonestó a los «gentiles». En sus cartas, él afirmaba que en la codicia se encuentra la raíz de todo mal:

Porque nada hemos traído a este mundo y, sin duda, nada podremos sacar. (I Timoteo 6: 10 y 7)

Dios es el único señor de la tierra, el hombre no será jamás propietario, igual que no es lícito que se tenga por dueño del aire y del

agua, según afirman los principios de la cultura nómada, desde siempre —pensando en Caín y Abel— en conflicto con la sedentaria, inventora de los recintos vallados y defensora de la propiedad individual («esto es mío»):

No se vendan las tierras a perpetuidad, porque mía es la tierra, y porque vosotros sois sólo forasteros y peregrinos para conmigo. (Levítico 25: 23)

El cristianismo primitivo recomienda, como única vía hacia la perfección, la renuncia voluntaria a la posesión de bienes temporales:

Si quieres ser perfecto, ves, vende todo lo que tienes, dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; después ven y sígueme. (Mateo 19: 21)

Y prohíbe la acumulación de tesoros:

No queráis acumular tesoros en la tierra, donde la polilla y el óxido corrompen, y donde los ladrones rompen y roban. (Mateo 6: 19)

Los Hechos de los Apóstoles testimonian que todo era en común (4: 32):

La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era en común entre ellos.

No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta, y lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartía a cada uno según su necesidad. (4: 34-35)

Quien pretendiese librarse de esta obligación de expolio y comunión, era severamente penalizado con el castigo de Dios (véase, por ejemplo, el episodio de Ananías y Sáfira, Hechos 5: 1-11). El evangelio de Lucas muestra idénticas llamadas a la pobreza: en el episodio de Lázaro encontramos al «pobre» y al «rico» (¡a quien no se da ni nombre!); este último cae en

desgracia no porque sea malvado, sino simplemente porque, como rico, tiene enormes dificultades para entrar en el reino de los cielos (como un camello —o, mejor, un calabrote— para pasar por el ojo de la aguja, 4: 1):

... porque el que es más pequeño entre todos vosotros, ése es el grande. (9: 28)

En el mismo sentido, encontramos el pasaje en que Zaqueo distribuye riquezas entre los pobres, y otros.



Pero el cristianismo, en el momento en que se convierte en religión dominante y oficial del Imperio¹ tiene que pagar el precio que supone aceptar el orden constituido de quien se convertirá en principal aliado y apoyo. San Agustín justifica entonces las desigualdades sociales: «Dios creando al pobre ha querido probar al hombre. Lo importante es la humildad».

¹ Edicto de Galerio (311 d. C.) y edicto de Constantino (313 d. C.).

El «Reino», por tanto, y desde la perspectiva esencialmente revolucionaria del «aquí y el ahora» («Venga a nosotros tu reino»), se vuelve sólo escatología; es pospuesto al más allá, donde el humilde y el resignado obtendrán su premio... El cristianismo de libre asociación pasa a «Iglesia/aparato», ordenamiento jurídico, semiestatal, y acabará convirtiéndose incluso en un Estado, con acción política propia, interior y exterior. Y reproducirá así las contradicciones propias de todo Estado: ricos/pobres, protectores/protegidos, propietarios/explotados, soberanos/súbditos... y no faltarán en su seno interno auténticas luchas de clase.

Una parte de los fieles permaneció, sin embargo, hostil a la forma en que el cristianismo autorizaba las desigualdades sociales: donatistas y circunceliones,² desde el siglo III, denunciaron el orden social y se sublevaron contra la ley.

² Donatistas y circunceliones fueron movimientos contra el orden establecido por el Imperio romano en el Norte de África. El donatismo toma su nombre del obispo de Cartago, Donato, quien ponía en cuestión la integridad moral de algunos sacerdotes que impartían los sacramentos. En algunos períodos, los donatistas se aliaron con los circunceliones, que podrían tener su origen en los temporeros que recogían la aceituna, de modo que el movimiento tomó un carácter de

Los movimientos pauperistas medievales reflejan esta forma primigenia del cristianismo, nacido precisamente como secta judaica igualitaria con una atmósfera mesiánica; los apostólicos de Gherardino Segalello, de Alberto de Cimego y de Dulcino son sólo algunos de los muchos regresos apostólicos hacia el cristianismo puramente evangélico y, en consecuencia, representan la negación radical de todo aquello que la jerarquía hizo y estableció desde el papado de Silvestre I (314-337) en adelante. Los apostólicos encarnan, además, la voluntad de restablecer aquella agitación mística y ascética que, desde siempre, metió en apuros al imperio papal, amenazando con resquebrajarlo.

La lógica de este carácter heterodoxo tiene su eje central en la *pobreza voluntaria* de los adeptos: en aquellos que profesaban la convicción de que, para seguir al Cristo pobre, era necesario ser pobre. El problema

reivindicación social, a menudo violenta, con acciones en las que se liberaban esclavos sin el consentimiento de los patrones, librándose también de las deudas a los deudores. Podría pensarse también como una reacción cultural del Norte de África contra la cultura católica romana. El emperador Honorio eliminó el donatismo como iglesia en el 412 d. C., pero estos tuvieron influencia hasta la llegada del Islam en el siglo VII. (*N. del T.*)

de la pobreza es de capital importancia para comprender las transformaciones sufridas por el cristianismo durante el Medievo.

¿Pero cómo se convierte alguien en hereje? ¿Cuál es la línea que separa al «santo», como Francisco, del «hereje», como Valdés de Lyon o Gherardino Segalello? La diferencia radica en la obediencia a la Iglesia romana. El santo obedece, el hereje no, porque está convencido de la necesidad de obedecer a Dios y no a los hombres. Las estructuras eclesíásticas están preparadas para admitir como propia cualquier doctrina o movimiento que no las cuestione: la pobreza voluntaria, en cuanto decisión personal dentro del contexto eclesíástico, es tratada con benevolencia; pero cuando asume la forma de fenómeno colectivo se vuelve peligrosa y constituye una «herejía».



La orden, o mejor dicho, «el movimiento» de los apostólicos se sitúa en el contexto de la crisis de los franciscanos,³ divididos en torno a las cues-

³ La orden franciscana, u Orden de los Frailes Menores, fue fundada por Francisco de Asís en 1209. Durante la época a que se refiere el autor, la orden franciscana se divide

ciones de la pobreza voluntaria, el testimonio itinerante, el «nomadismo» y la obediencia a la jerarquía eclesiástica.

La corriente más radical de los «menores» (franciscanos), los «espirituales», se inspiraba en las enseñanzas proféticas de Joaquín de Fiore (c. 1145-1202), eremita del monte Sila: fruto de su pensamiento es la concepción de la unidad y trinidad de Dios, entendida dinámicamente, en el continuo devenir de la realidad histórica. Esto significa la manifestación de una racionalidad providencial, en la que a cada persona divina le corresponde una era histórica. Las eras históricas muestran una trayectoria parabólica, es decir, se dirigen hacia un punto de máxima altura, al que sigue una decadencia, a la que, tras llegar al punto más bajo, le sigue el inicio de la siguiente era, con idéntica dinámica. A la era del Padre (la del Antiguo Testamento hasta la degeneración de la sociedad judía, convertida en colonia del Imperio romano), le sucedió la del Hijo, en la que la Iglesia se mantuvo fiel al Nuevo Testamento, hasta llegar a los tiempos del papa Silvestre I, es decir, hasta el edicto de Constantino (313 d. C.). Con dicho

principalmente en dos grandes grupos: los «espirituales», estrictos en una cultura de la pobreza, y los «conventuales», que se desviaban de esta regla. (*N. del T.*)

edicto, el cristianismo se convierte en religión del Imperio, la Iglesia va poco a poco conquistando más poder temporal y, en el transcurrir de los siglos, pasa a ser una institución corrupta, como podía constatarse en el siglo XII. Tras la era del Hijo, vendría una era futura, la del Espíritu. Así como las tres personas forman una «unidad divina», las tres eras también están ligadas entre ellas por una correspondencia proporcional, por la cual un personaje histórico de la primera era tiene siempre un equivalente en la segunda: Abraham y Zacarías, Sara e Isabel, Isaac y Juan Bautista, los doce patriarcas y los doce apóstoles. Esta correspondencia, llamada por Joaquín de Fiore «concordia», le permite entrever las líneas de la tercera, que veía dada como una era de la suprema libertad, la perfecta caridad y la espiritualidad completa.

El mensaje de Joaquín posee una tensión lírica extraordinaria, como se observa en este fragmento de su *Concordia Novi ac Veteris Testamenti*:

En estos días sagrados, nosotros debemos resistir en el trabajo y en el llanto, esperando a que se cumpla el ciclo de la Cuaresma, se cierre así el conjunto de las cuarenta y dos generaciones del luto y

de la aflicción, y podamos ser introducidos en la sacra solemnidad de la resurrección universal, para cantar al Señor ese cántico renovado de gracia que es el aleluya.

Nada tiene de extraordinario si todo el significado profundo de los viejos misterios sagrados, hasta hoy ocultos a nuestros ojos, se va abriendo, puesto que pertenecemos a la última generación, la que ha sido designada para el último y sagrado día de la penitencia de la Cuaresma: el día en que se quita de los ojos del pueblo la venda que mantiene el altar enlutado. Y la verdad, que el pueblo vio hasta ahora «en el espejo», en enigma, comienza a seguirse «cara a cara», pasando, según la afirmación del Apóstol, «de claridad en claridad».

Todos los símbolos sacramentales contenidos en las páginas de la revelación de Dios destilan la convicción de tres estados. El primer estado es aquel en que estuvimos bajo el dominio de la Ley; el segundo es aquel en que estuvimos bajo el dominio de la Gracia; el tercero es el que estamos esperando día tras día, en el que nos llenará una más amplia y generosa gracia. El primer estado fue el del conocimiento; el segundo es el del poder de la sabiduría; el

tercero se adentrará en la plenitud de la inteligencia. En el primero reinó la esclavitud; en el segundo la servidumbre filial; el tercero iniciará la libertad. El primer estado transcurre en el arrepentimiento; el segundo en la acción; el tercero transcurre en la contemplación. El primero vivió en la atmósfera del temor; el segundo en el de la fe; el tercero vivirá en la caridad. El primero marcó la edad de los siervos; el segundo la edad de los hijos; el tercero sólo conocerá la amistad. El primer estado perteneció al dominio de los ancianos; el segundo al de los jóvenes; el tercero será dominio de la infancia. El primero tembló bajo la incierta claridad de las estrellas; el segundo contempló la aurora, el tercero desatará el mediodía. El primero fue un invierno; el segundo un palpitar de la primavera, el tercero conocerá la abundancia del verano. El primero no produjo más que ortigas, el segundo dio las rosas; sólo al tercero pertenecen los lirios. El primero vio las hierbas; el segundo el despuntar de las espigas; el tercero recogerá el grano. El primero tuvo como patrimonio el agua; el segundo el vino; el tercero dará el aceite. El primer estado fue tiempo de septuagésima; el segundo fue tiempo de Cuaresma, el

tercero desatará las campanas de Pascua. En conclusión: el primer estado fue el reino del Padre, que es el creador del Universo, el segundo fue el reino del Hijo, que se humilló hasta adoptar nuestro cuerpo de barro; el tercero será el reino del Espíritu Santo, de quien el Apóstol dijo: «Allí donde está el Espíritu del Señor está la libertad (2 Corintios 3:17)».

Un orden religioso perfecto guiará al género humano durante la «tercera era», absorbiendo en sí al clero y a las personas laicas, encaminando a todos hacia la perfección cristiana. Una Iglesia así constituida, durante la tercera era, podría enfrentar sin miedo la llegada del Anticristo, las terribles persecuciones y también el regreso de Cristo. Por tanto,

... Joaquín de Fiore espera ardientemente la renovación integral de la tradición eclesial, toda ella aún empapada de literalismo farisaico, necesitada de una purificación íntima, que deje caer los revestimientos caducos de aquella que es la única ley, la de la caridad y la verdad espiritual. Exquisitamente subversivo, su enseñanza es

*la de un Evangelio de liberación. Para él, el cristianismo oficial es un paganismo enmascarado: ocurrirá una nueva revelación para que los ojos se abran a la luz.*⁴

Como nos informa Giordano Bruno Guerri, para el teólogo modernista Buonaiuti, el profeta calabrés vaticinó una era del Espíritu en la que los símbolos de la tradición eclesiástica desaparecerían, y predicó el advenimiento de «una unidad de contempladores que habrían purificado, en la paz y en la gloria, la vida de pobreza y simplicidad de las primitivas comunidades cristianas».⁵

El movimiento de Francisco de Asís, una especie de «comunismo religioso», estridente con el mensaje de la Iglesia, encarnaba el proyecto de Joaquín. Este espiritualismo, que la curia de Bonifacio VIII⁶ esperaba ver

⁴ E. Buonaiuti: *Prolegomeni alla storia di Gioacchino da Fiore*, en *Ricerche religiose*, n.º 4, 1928.

⁵ G.B. Guerri: *Ernesto Buonaiuti. Eretico e profeta*, Mondadori, Milán, 2001, pp. 181-182.

⁶ Bonifacio VIII fue papa de 1294 a 1303. Su papado estuvo marcado por diversos enfrentamientos por la supremacía, en especial con el rey francés Felipe el Hermoso. (*N. del T.*)

reprimido, se había manifestado también en el movimiento cátaro (albigense),⁷ valdés y, añadimos nosotros, de los apostólicos de Segallelo y Dulcino, combatidos con violencia. La Iglesia, para garantizar su propia unidad de poder, habría preferido el rigor de su burocracia intelectual y la Inquisición al mensaje joaquinita; con un odio digno de mejores causas, la Iglesia romana condenará el modernismo que, para Buonaiuti, habría sido mejor llamar «arcaísmo», pues «no era ni más ni menos que el verdadero cristianismo, aquel que Jesús predicó y que vivieron las primeras generaciones cristianas, en un mundo (hoy) convertido sustancialmente en pagano».

⁷ El catarismo fue un movimiento que se propagó por la región del Mediodía francés entre los siglos X-XIV. Predicaba la salvación mediante el ascetismo y rechazaba el mundo material, que consideraba como obra demoníaca. En 1209, la Iglesia católica decretó la cruzada albigense contra el catarismo, que llevó la guerra a Occitania durante veinte años. (*N. del T.*)



El nacimiento del movimiento apostólico: Gherardino Segalello, «libertario de Dios»

Los franciscanos «espirituales» estaban convencidos de que, siguiendo las enseñanzas originales de Francisco, podrían ser los testigos, los guías de esa «tercera era» inminente o incluso recién iniciada. Justo después de la muerte de Joaquín, sus apasionados discípulos recogieron, del análisis de textos bíblicos, profecías sobre hombres y cosas de la época, y llegaron a fijar la fecha de 1260 —computando treinta años desde la era del Hijo por cada generación, y multiplicando treinta por cuarenta y dos, es decir, las generaciones del Antiguo Testamento— para el advenimiento de la era del Espíritu Santo.

Fue en ese año cuando aparecieron los penitentes flagelantes en Perugia y luego en Le Marche; y en la zona de Parma, se dio a conocer Gherardino Segalello, natural de Alzano (hoy Ozzano Taro). Parece que tras un encuentro con algunos *barba*, es decir discípulos de Valdesio —los «pobres de Lyon», en Italia conocidos como «pobres lombardos»—, se presentó pidiendo el ingreso al convento minorita de Parma. Él era un joven de modesta condición social, analfabeto y «suelto, tonto», a juicio de fray Salimbene de Adam (1221-1287), cuya crónica es la fuente histórica principal de este episodio del siglo XIII. A pesar de que, según la regla, «los analfabetos no deben temer la educación», él fue rechazado, seguramente porque durante la entrevista manifestó «ideas radicales» —pobreza voluntaria, apostasía de la jerarquía, recuperación del espíritu comunitario y fraternal, etc.— incompatibles con el *modus vivendi* conventual. Sin embargo, estas fueron las ideas que luego caracterizarían toda la praxis de Segalello y sus secuaces. De todos modos, Gherardino no fue acompañado de inmediato a la puerta de salida, sino que permaneció en el convento durante todo el día. Mientras visitaba el monasterio, se sintió atraído por una pantalla en la que estaban pintados los doce apóstoles, con el manto blanco a la espalda y

sandalias en los pies. Eso le hizo decidirse a seguir en todo a los discípulos de Cristo. Se dejó crecer la barba y el pelo, se colocó a la espalda un áspero manto blanco e, imitando a Valdés de Lyon,¹ vendió su casa; después se subió a la piedra desde la que, por aquel entonces, se lanzaban las arengas al pueblo y arrojó el dinero de la venta a quienes se encontraban en aquel

¹ Pedro Valdo (c. 1140-1205/7) (de nombre original Pierre Valdo, Valdès o Vaudès según las fuentes, igualmente conocido como Pierre de Vaux) fue un predicador itinerante, considerado como uno de los precursores de la Reforma protestante. Impulsó el movimiento cristiano de los «pobres de Lyon», también conocidos como «valdenses». Se desconoce el lugar de su nacimiento, pero se sabe que se estableció en Lyon y se hizo rico negociando. En 1173, un amigo íntimo con quien estaba conversando murió de repente, lo que le produjo temor y ansias de salvación para su alma, por lo que fue a consultar con un sacerdote, que le repitió las palabras de Cristo al Joven rico (Mateo 19: 21). Se cree que lo hizo irónicamente, ya que Valdo era uno de los hombres más pudientes de la ciudad. Pedro tomó esto literalmente y distribuyó sus bienes en dos fracciones, una parte para los pobres: Valdo dio pan, verdura y carne a todo el que acudió a él en momentos en que una hambruna muy grande asolaba Francia y Alemania. La otra parte la entregó a dos eclesiásticos para que tradujesen el Nuevo Testamento del latín a la lengua romance, que entonces se hablaba hasta la frontera suiza, y envió mensajeros de pueblo en pueblo para que leyeran las Sagradas Escrituras a quienes no sabían latín. (*N. del T.*)

momento en la plaza, diciendo «quien lo quiera, que lo coja y se lo quede»; aquellas monedas — cuenta el escandalizado fray Salimbene —, en lugar de a los pobres mercedores, fueron a parar a manos de personas obscuras, que inmediatamente se las jugaron a los dados. Salimbene explica, además, que Gherardino se acostaba en una cuna y mamaba leche de una mujer desconocida. Hacía predicar a los niños, recitaba en la plaza misterios bufos —juglar de Dios— y, a veces, ocurría que los fieles abandonaban la iglesia donde predicaba un fraile para ir a escuchar al Segalello o a sus secuaces. Iba a la ciudad de Parma y alrededores, predicando la necesidad de penitencia porque el Reino de Dios se aproximaba. Salimbene no olvida decir que las prédicas del *poenitentiam agite* eran analfabetas, en un latín defectuoso (*penitentiàgite*), y que al principio muchos le siguieron sólo por curiosidad; también los apostólicos — así se autodenominaban los discípulos del Segalello — no hacían más que perder el tiempo y mirar a las mujeres. Escandalosamente, además, se daba la promiscuidad, pues varias de ellas les seguían. Con indisimulada rabia y envidia, nuestro fraile menor cronista refiere cómo la gente daba más limosnas a los secuaces del Segalello que a los miembros de la orden regularmente aprobada por la Iglesia.

Lo cierto es que la aspiración apostólica de alcanzar una perfecta pobreza producía un enorme proselitismo. Los franciscanos conventuales vivían bien nutridos en los conventos, a menudo en ermitas situadas en las propiedades de los poderosos, y se dedicaban a una vida de oración y contemplación, mientras que los apostólicos no acumulaban nada, se conformaban con cualquier cosa que les saciara cuando llegaba el hambre, vivían de limosnas y, como relató uno de ellos (Pietrobono) al inquisidor, el 18 de noviembre de 1299, a cambio de lo que recibían cuidaban a los enfermos. La vida escasamente activa de los menores franciscanos otorgaba fuerza a aquellos movimientos heterodoxos que se esforzaban por seguir un ideal apostólico. Para provocar a los menores, ellos obstinadamente se llamaban «mínimos». El primer requisito para ser aceptado en su comunidad era renunciar a cualquier propiedad, y para esto se celebraban rituales. Así describe Salimbene la ceremonia iniciática de «expropiación» a los *pauperes Christi*, como también eran denominados los apostólicos: los seguidores del Segalello se desnudaban, sus ropas eran amontonadas juntas, después se colocaban en un círculo, en cuyo centro una mujer («origen del pecado, instrumento del demonio y motivo de expulsión del

paraíso, madre del delito, corrupción de la ley antigua») redistribuía las ropas, como si las diese a unos pobres privados de cualquier bien. Según el dictamen evangélico, no se podía tener más de una túnica. Los apostólicos no mendigaban, puesto que no podían aceptar dinero como donativo, sólo limosnas alimentarias. Es el propio inquisidor quien nos lo explica: los *pauperes Christi* estaban juntos alrededor de una mesa, que se colocaba para ellos en las esquinas de las calles, y se alimentaban de lo que les ofrecían, tras lo cual se iban sin llevarse comida o bebida alguna, despreocupándose así del día siguiente. Es evidente que la gente, al compararlos con los menores conventuales, sacase sus propias conclusiones...



Obviamente, el «rival» Salimbene de Adam —de familia noble, rica y hermano menor conventual— describe los hechos de manera caricaturesca, despreciando a quien consideraba «idiota, estúpido, imbécil». En realidad, el Segallello quería seguir radicalmente las enseñanzas de Francisco y, actuando en consecuencia, confrontaba las costumbres de los menores conventuales. La negativa a acogerlo inflamó todavía más su fervor apos-

tólico. «Apostólico» se ha de ser no de palabra (¡«Iglesia católica *apostólica* romana»!) sino en el día a día, sin reservas.

Por lo que se refiere a su aspecto exterior, Gherardino Segalello no habría sido un hombre del Medioevo si no se hubiese dejado llevar por las imágenes de aquellos que realizaban su ideal. Con su mentalidad naif, estaba convencido de que, para concretar el ideal de un maestro, había que seguir también su aspecto exterior y su forma de hacer: puede que incluso este modo de convertirse en discípulo — aunque la intención manipuladora de las caricaturas de Salimbene sea evidente — hubiese degenerado en una imitación «simiesca», así como los niños imitan a quienes admiran. Pero observando bien la conducta de Gherardino Segalello, este aparece más bien como un reformador, original, sí, pero no «estúpido» ni ingenuo. Indiscutiblemente, estaba dotado de una extraordinaria capacidad comunicativa. Conseguía transmitir mensajes en ningún modo banales o fáciles a una población de analfabetos, una población formada en una cultura exclusivamente oral y visual. El hecho de que hubiese vendido su casa hay que tomarlo como un esfuerzo coherente por seguir el consejo que Jesús dio al Joven rico (Mateo 19: 16-29; Marcos 10: 17-30, Lucas 18: 18-30); el hecho de que

tirase su dinero y que este pudiera acabar en manos de jugadores y ladrones no era síntoma de falta de inteligencia o de irresponsable espontaneidad, sino más bien de que el dinero le quemaba en la mano y que esto le preocupaba más que una buena inversión. Y no sólo eso: para él era necesario mostrar que una comunidad auténticamente cristiana no necesita el dinero (como, por ejemplo, sucede hoy en las comunidades aborígenes que pueden quedar en el mundo, mal llamadas «primitivas»); el dinero pertenece al César («Dad al César lo que es del César», Marcos 12: 13 ss.), no a Cristo ni a quien trate de seguirlo. Tirándolo —no destinándolo a nadie— muestra su completo desinterés, como si se tratase de piedrecillas:

Quien lo quiera que lo coja, para mí no tiene ningún valor, porque mi reino es el que Cristo prometió, y no aquel del soberano que en el dinero, como signo de propiedad, ha grabado su efigie.

Este es el mensaje radical de Gherardino Segalello. El mostrarse en una cuna significaba así que el cristiano renacía a una nueva vida, era un neonato. Su latín «defectuoso» nos indica que hablaba en lengua vulgar,

la del pueblo, «dialecto»: así podían comprenderlo y seguirle. La predicción confiada a los niños significaba el advenimiento de la edad del Espíritu, la dominancia no de los viejos ni de los jóvenes, sino de la infancia, carente de malicia, sincera (capaz de decir: «¡El rey está desnudo!»), sencilla por naturaleza y clara en su expresión. El *penitentiàgite*,² no debe traducirse como una devota «exhortación a hacer penitencia», sino como: «construir el nuevo mundo de la caridad y del arrepentimiento»; en la práctica, una «palabra» de orden revolucionario que confrontaba el *statu quo*. No sin razón, las cuatro primeras de las noventa y cinco tesis luteranas de Wittenberg³ (1517) retoman con exactitud

² *Penitentiàgite* («haced penitencia»), se trata de una abreviación en lengua vulgar de la frase latina *Poenitentiam agite, appropinquabit enim regnum caelorum* («Haced penitencia, que el reino de los cielos está cerca», Segundo Evangelio de Mateo, 3: 2 y 4: 17) (*N. del T.*)

³ El *Cuestionamiento al Poder y Eficacia de las Indulgencias*, de Martín Lutero (publicado en latín: *Disputatio pro declaratione virtutis indulgentiarum*), más conocido como *Las 95 tesis*, fue una carta de Martín Lutero dirigida a la Iglesia de Roma, en la que desafía sus desfezas con respecto a la guerra humanitaria de la penitencia, la autoridad del papa y la utilidad de las indulgencias (exención de las consecuencias de un pecado, en época de Lutero a menudo a cambio de dinero). Esta publicación —clavada por Lutero, de acuerdo

el concepto segalelliano de penitencia. Por lo demás, la calificación de «idiota, etc», era comúnmente dirigida a todos los herejes, olvidando desde luego que Jesús escogió a los apóstoles no entre los cultos, los «moderados», sino entre hombres pobres y sencillos, pescadores y rebeldes...

A pesar de sus intenciones denigratorias, fray Salimbene nos presenta así a Gherardino Segalello como un reformador original, dotado de una extraordinaria capacidad comunicativa, de creatividad y de innegable carisma, testimonio de un cristianismo «anárquico» (él mismo nunca quiso ser tomado como un jefe), defensor de la posibilidad de la comunión de los bienes —y la imposibilidad de la propiedad privada—, y defensor de la dignidad de la mujer, exorcizando la cuestión sexual, desdramatizándola, devolviéndola a su condición humana, porque humano, y no diabólico, es tener relaciones sexuales. La figura de Cristo se liberaba así de los recintos

a la tradición, en las puertas de la iglesia del palacio de Wittenberg, el 31 de octubre de 1517 — comenzaría un debate teológico que desembocaría en la Reforma y en el nacimiento de varias tradiciones dentro del cristianismo, tales como el luteranismo, el presbiterianismo y el anabaptismo. (*N. del T.*)

de lo sagrado y era devuelta al pueblo, haciéndola compañera de camino para la gente común.

Pero el apoyo que encontraron los apostólicos los convertían en rivales peligrosos. Los menores insistían en que se abrieran severos procedimientos contra aquella competencia embarazosa y molesta. Ya en 1215, el Concilio de Letrán había prohibido la formación de nuevas órdenes mendicantes, pues habrían acabado amenazando al poder, al orden constituido. Durante el Concilio de Lyon, en 1274, el papa Gregorio X prohibió todas las órdenes mendicantes, con excepción de las ya aprobadas —franciscanos, dominicos, benedictinos—. Los apostólicos no dieron ninguna importancia a estas prohibiciones papales y continuaron predicando impertérritos y testimoniando «la apostolicidad». Sometida a la presión de los menores, la Curia de Parma se vio obligada a abrir procedimientos contra los *pauperes Christi*, aunque es justo decir que no actuaron con fuerza. El obispo Obizzo Sanvitale, quien había sentido simpatía hacia las doctrinas joaquinistas difundidas en el Parmense⁴ metió en prisión al Segalello, pero

⁴ También el superior general de los franciscanos, Giovanni Buralli de Parma (1208-1289) era un estudioso de Joaquín, igual que su secretario Gherardino de San Donnino, autor del

lo liberó casi de inmediato; y, para evitar las protestas de los menores y quizá también para protegerlo, lo mantuvo como prisionero cual juglar, puesto que era un hábil intérprete de misterios bufos. Probablemente, el prelado no vio nada particularmente peligroso en su huésped-prisionero, y no tardó en dejarlo libre.

Pero en 1284, setenta y dos apostólicos de Módena y de Reggio quisieron dirigirse a Parma para encontrarse con Gherardino. Algunos días después, doce muchachas caminaban por Parma con idéntico objetivo: se hacían llamar «hermanas apostólicas»; según las palabras de Pablo (1 Corintios 9: 5), «¿Acaso no tenemos derecho a llevar con nosotros a una mujer, una hermana en la fe, como hacen también otros Apóstoles y hermanos del señor y Cefa?». Esta participación femenina volvía al movimiento todavía más escandaloso. El 11 de marzo de 1285, el papa Honorio IV dirigió una carta a todos los patriarcas, arzobispos, obispos y otros pastores, en la que insistía en la necesidad de exhortar a los apostólicos a abandonar sus hábitos, y a entrar en alguna orden reconocida.

Introduktion ad Evangelium Aeternum y muerto en 1276 tras pasar años encadenado en prisión. El propio Salimbene de Adam, antes de 1260, se había dedicado a estudiarlo.

En caso de negarse deberían ser encarcelados y, en definitiva, castigados; si recaían en el error de continuar fuera de la disciplina religiosa, se recurriría al brazo secular. Idénticas medidas debían ser tomadas contra aquellas personas que les ofrecieran hospitalidad o colaboraran con ellos. El obispo Obizzo fue conminado así a reaccionar con mayor severidad y expulsó a los apostólicos de su diócesis. El resto de obispos actuaron en conformidad. No obstante, el papa Nicola IV, en 1290, tuvo que confirmar el contenido de la carta, dirigida a quienes tenían responsabilidades pastorales. El movimiento creció aún más, y el hecho de que se difundiera por toda la cristiandad complicó su persecución. El Segalello mandaba a sus secuaces al monte Gargano, a Roma, a Santiago de Compostela e incluso más allá del mar.

Los mínimos encontraban mucho apoyo entre la gente sencilla, que los protegía, reconociéndolos de su misma clase social. Salimbene obsequiaba a los apostólicos con calificativos como «guardianes de cerdos y de vacas», «campesinos», «iletrados», «pobres tontos». No obstante, ellos no estaban sólo reclutados entre los «pobres de espíritu», pues a los hermanos apostólicos se unieron también personajes como Guido

Putagio (un ambicioso que intentaría sacar provecho personal infiltrándose en un movimiento anárquico, sin estructurar y por tanto fácil de «penetrar»). No eran, desde luego, iletrados los hermanos Mateo y Zacarías de Santa Ágata, quienes supieron responder a las preguntas puestas contra ellos por los inquisidores boloñeses. Nicola IV murió casi dos años después de enviar su carta a los prelados. Después, la sede estuvo vacante durante dos años y tres meses, hasta que llegó la elección del ermitaño Celestino V.⁵ No fue hasta el pontificado del poderoso Bonifacio VIII, quien hizo morir en prisión a su mítico y santo predecesor, cuando fue retomada una fuerte persecución contra los apostólicos. Gherardino fue nuevamente encarcelado; el obispo Obizzo, quien en cierto sentido le había protegido, tuvo que abandonar Parma por una desavenencia con la autoridad civil, y el fundador de los apostólicos murió martirizado, el 18 de julio del 1300.

El año del primer Jubileo, que hubiese debido ser la primera gran «fiesta del perdón», fue siniestramente iluminado por la quema de un pobre

⁵ Papa durante algunos meses en 1294. Pretendió reformas en la estructura de la Iglesia católica para encaminarla hacia una cultura de la pobreza. (*N. del T.*)

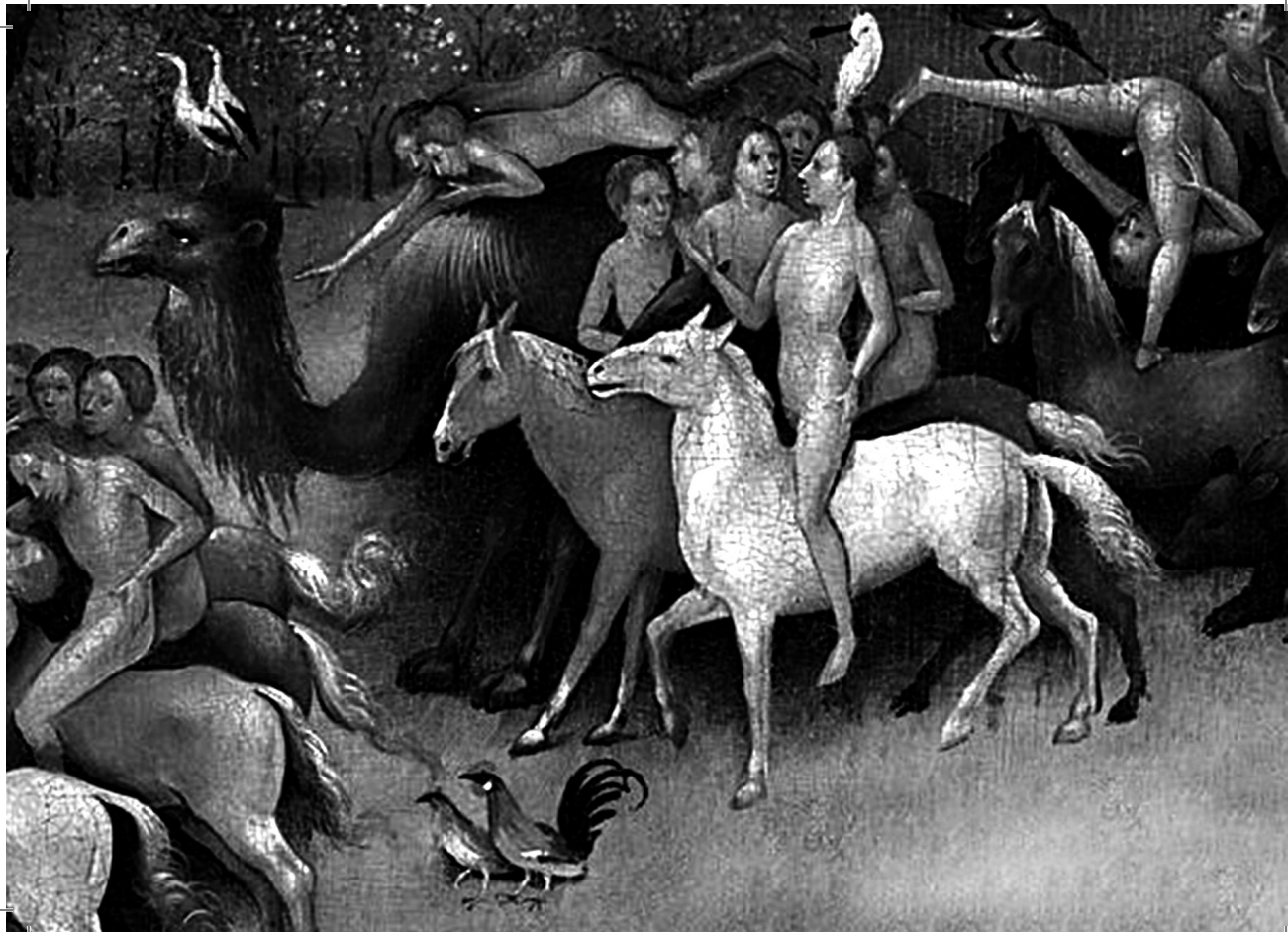
cris­tiano, de espíritu «franciscano», quizás el más dulce de todos los reformadores, y desde luego el más poético. Quien durante cuarenta años permaneció fiel al propio ideal, desafiando a la hoguera, no pudo ser aquel payaso que fray Salimbene pretendió dibujarnos. El hecho de crear una orden que pronto se convirtió en un movimiento plagado de seguidores demuestra que, para muchos, trajo un mensaje de liberación, y representaba un ideal que seguir. Quien haya leído la novela de Umberto Eco, *El nombre de la rosa*, recordará que la culpa del «libro asesino», aquel desconocido tratado aristotélico sobre la risa, era la de rehabilitar el humor. Cuando la clase dominada ríe, no teme ya más al tirano, porque se ríe de su poder, y con ello lo desafía. Así, el delito de Gherardino Segalello era el de «sonreír con Dios», el de liberar al cris­tiano del miedo al poderoso y al infierno. A causa de esto fue quemado vivo. Salimbene, cronista divertido y convincente, pero crítico sesgado de los acontecimientos de su época, enrojecido por la envidia y condicionado por su extracción social privilegiada, por su pertenencia a un orden religioso leal a la jerarquía romana, no podía razonar a la altura ni con la suavidad del juicio de Agustín, que advertía: «No creáis, hermanos, que los heréticos se

convirtieron en tales por ser almas perversas. Sólo grandes hombres pudieron dar vida a las herejías».

Como sostuvo el filósofo y teólogo Jacques Ellul (1912-1994),⁶ existe una convergencia entre cristianismo y anarquismo. Siempre ha existido un anarquismo cristiano: en todas las épocas han surgido cristianos que

⁶ Jacques Ellul nació y vivió en Burdeos, Francia, (6 de enero de 1912 - 19 de mayo de 1994); fue un filósofo, sociólogo, teólogo y anarquista cristiano francés. Educado en las universidades de Burdeos y París, fue profesor de historia de la ley e historia social en Burdeos y miembro relevante de la comunidad protestante francesa. Escribió varios libros contra la sociedad tecnológica, y algunos sobre la relación entre el cristianismo y la política, como *Anarquía y Cristianismo* (1991), argumentando que el anarquismo y el cristianismo compartían los mismos fines sociales. Es considerado, junto a su amigo Iván Illich, uno de los padres de las ideas sobre el posdesarrollo, el decrecimiento y la simplicidad voluntaria; es decir, sobre la ecología política. Ellul considera que vivimos en una sociedad tecnológica, que denomina *sistema técnico*, cuyo modelo de racionalidad es la eficacia. El hombre es un ser constituido por una gran diversidad de dimensiones (poética, simbólica, religiosa, técnica, etc.), pero la tecnología ha borrado todas las demás dimensiones, para centrarse en la potencia y la eficacia. Frente a esta situación propone una *ética del no-poder*, que se caracteriza por no colaborar con el sistema técnico. El no-poder es lo contrario de la impotencia y se caracteriza por la frase «puedo pero no quiero». Durante la Segunda Guerra Mundial, fue un líder de la Resistencia francesa. (*N. del T.*)

han descubierto la sencilla verdad bíblica, tanto en el plano intelectual como místico y social. Ellul nos recuerda algunos nombre célebres como el Tertuliano de los orígenes, Francisco de Asís, el hermano Dulcino, John Wyclif, los anabaptistas... Ellul olvidó mencionar a Gherardino Segalello, el libertario de Dios.



La aparición de Dulcino y la primera carta a los fieles

La hoguera en que se quemó a Gherardino Segalello no marcó en ningún caso el fin del movimiento apostólico; más bien al contrario, pues encontró gran difusión y, por encima de todo, el movimiento se mostró unido, organizado y estructurado gracias a su nuevo líder, el hermano Dulcino. No existen noticias detalladas en torno a los orígenes, juventud ni ambiente de Dulcino. Su aparición se da un mes después del suplicio de Gherardino. Fray Benvenuto de Ímola es la principal fuente sobre su vida anterior a la primera carta a los fieles, es decir, antes de agosto de 1306. Fray Benvenuto de Ímola, en su comentario a *La Divina Comedia* —canto XXVIII, versos 55-58, en que Dante cita a Dulcino—, nos dice que Dulcino era natural de Prato, por entonces dependiente del castillo de Romagnano Sesia, en el Novarese.

El Anónimo Sincrono¹ indica, como pueblo natal de Dulcino, Trontano en Val d'Ossola; mientras Benvenuto de Ímola, que siempre estaba bien informado, se inclina por Prato Sesia. Nos parece que esta sea la hipótesis más probable, teniendo en cuenta que él recaló en Valsesia huyendo del Trentino, y por su probable parentesco con los Preti (De Julio Presbitero o Preve) y los Tornielli de Valsesia. En este valle, tenía amigos y colaboradores, como Milano Sola y Federico Grampa.² De niño, fue enviado a Vercelli y educado por un sacerdote, Augusto, en la iglesia de Sant Agnese — cerca de la puerta del Ciervo, donde dicho torrente se junta con el Sesia—. Augusto lo confió al maestro Syon, profesor de gramática. El joven Dulcino tenía una muy viva inteligencia y pronto se convirtió en un alumno óptimo. Pero, amparado en su buen carácter —era de pequeña estatura, aspecto agradable y simpático con todos—, robó a su tutor y luego huyó lejos, hacia el confín de Italia, a Trento. Entre las montañas del Trentino, fundó una nueva

¹ El Anónimo Sincrono fue un biógrafo italiano de la ciudad de Biella, en el siglo XIV, del que apenas sabemos nada. Fue autor de la *Historia fratris Dulcini heresiarche*. (N. del T.)

² Anónimo Sincrono: *Historia fratris Dulcini heresiarche*, en R. Orioli: *Fra Dolcino. Nascita, vita e morte di un'eresia medievale*, Europa/Jaca Book, Novara, 1984, pp. 91-105.

secta, del tipo de los Fraticelli irregulares, y predicaba que él era el verdadero apóstol de Dios; que todo, por amor al prójimo, debía ser puestas en común; y decía también que se podían mantener relaciones con las mujeres cuando se deseara, pues ninguna relación sexual era pecado, a excepción del incesto. Benvenuto de Ímola daba estas informaciones unos setenta años después de la muerte de Dulcino.

Otras fuentes precisan que Dulcino era hijo ilegítimo de un sacerdote Julio³ (el autor anónimo contemporáneo de la *Historia fratris Dulcini heresiarche* afirma: *Dulcinus, filius presbyteri Iulii*, y el inquisidor Bernardo Gui, en su *De secta illorum qui se dicunt esse de ordine Apostolorum*, dice de él: *spurius filius sacerdotis*). De igual modo, todos los eruditos que se han ocupado de Dulcino mencionan este origen. Pero Rainiero Orioli ha descubierto la existencia de la familia de un tal Julio Presbitero (o De Presbiteri o Preve), en Vercelli y en Ivrea. Resulta que dicha familia De Julio Preve, o Presbitero o De Presbiteri o, sencillamente, Preve o Preti, en Valsesia, estaba

³ El término *Julio* se menciona a raíz de las afirmaciones del Anónimo Sincrono, como se verá unas líneas más adelante; esto le servirá a Rainiero Orioli para vincular a Dulcino con la familia De Julio Preve. (*N. del T.*)

emparentada con los Tornelli de Romagnano Sesia. El nacimiento de Dulcino en Prato de Romagnano, junto con la afirmación de Gaudencio Merula, según la cual Dulcino perteneció a la gran familia gibelina de los Tornelli, y los diversos enlaces matrimoniales entre los Tornelli de Romagnano y los Preti valesianos (tanto unos como otros ligados a los gibelinos Visconti), fortalecen la hipótesis sugerida por Orioli de que Dulcino era hijo de una Tornelli y de un De Julio Preve, o Preti. La inclusión en el partido gibelino podría ser la causa real de su fuga a Vercelli, maquillada por las fuentes católicas como un pequeño hurto. En efecto, entre 1280 y 1290 se agudizaron las diferencias entre el obispo de Challant Aimone —apoyado por el partido de los güelfos— y los gibelinos —dirigidos por Ottone Visconti—. ⁴

⁴ Güelfos y gibelinos fueron las dos facciones que, en la política italiana, desde el siglo XII hasta el nacimiento de las *signorie*, en el siglo XIV, se disputaron el poder. El origen de los términos se remonta a la lucha por la corona imperial, tras la muerte del emperador Enrique V (1125), entre la casa bávaro-sajona de los Welfen —de donde proviene el término *güelfo*— y la casa sueva de los Hohenstaufen, señores del castillo de Waiblingen —antiguamente Wibeling, de ahí la palabra *gibelino*—. Dado que la casa sueva conquistó la corona imperial y, con Federico I Barbarroja, trató de consolidar su dominio en el reino de Italia, en la lucha

Hacia el 1290, Dulcino conoce a los apostólicos y en los años del fin de siglo se dirige al Trentino meridional, en el valle del Chiese, y exactamente a Cimego, donde opera el hermano Alberto, herrero de profesión. No sabemos si el grupo de Cimego fue creado por Dulcino, como sugiere Benvenuto de Ímola, o si ya existía un movimiento herético relacionado de algún modo con los apostólicos del Segalello. Lo que sí es cierto es que esa región, que limita al norte con el lago de Garda, se caracterizó en el pasado por la acción de corrientes cátaras que podrían haber «fertilizado» el terreno, haciéndolo receptivo al pensamiento y la acción dulcinianas. La hipótesis más plausible es que allí ya hubiese un movimiento herético autónomo, y que Dulcino supusiera el *trait d'union*⁵ entre el movimiento trentino y el parmenense (inicialmente, pues después encontró prosélitos en otras localidades de la Emilia y Le Marche).

La aparición contrastable de Dulcino en el escenario de la historia es, en cualquier caso, durante agosto del 1300 —es decir, un mes después de

por el poder se designaba a quien apoyaba al imperio como *gibelino*, y a quien apoyaba al papado como *güelfo*. (N. del T.)

⁵ «Nexo de unión», en francés en el original. (N. del T.)

la quema del Segalello —, cuando escribió una carta a los fieles, que debían de sentirse angustiados por la pérdida de su carismático líder. Esta carta constituye el primer manifiesto oficial del movimiento, y la presentación de Dulcino como guía profético e iluminado. Tal como reconoce Orioli, Dulcino establece en ella una base de tipo joaquinista, pero no exenta de aportaciones originales; el discurso penitencial-evangélico del Segalello se convierte en teológico,

... la prédica pasa del exemplum gestual, a la exégesis de los textos sagrados; la condena al clero corrupto [...] adopta modulaciones violentas; la profecía se apoya inteligentemente, más que sobre bases doctrinales, sobre un estado de ánimo generalizado y sobre una intensa participación en los acontecimientos políticos. Las cartas dulcinianas [...] son auténticas encíclicas.⁶

⁶ R. Orioli: *Venit perfidus heresiarcha, Il movimento apostolico dolciniano dal 1260 al 1307*, Istituto storico italiano per la storia del Medioevo, Roma, 1989, p. 89.

Esta primera carta ha sido conservada en la *Práctica*⁷ de Bernardo Gui,⁸ aunque resumida. Ofrecemos aquí una síntesis del texto abreviado que Gui extrajo de la carta.

Dulcino afirma que los apostólicos forman una congregación que lleva una vida auténticamente apostólica, ligada únicamente por vínculos de obediencia interior y no exterior, y que ha sido enviada por Dios para la salvación de las almas. Dulcino se define como un líder elegido por Dios, que lo ha gratificado con visiones del futuro. Los clérigos seculares, los poderosos y los tiranos, y especialmente los predicadores y los menores son ministros del diablo y enemigos. A causa de la persecución, Dulcino y los suyos tendrán que esconderse, pero llegará el día en que podrán mostrarse y predicar libremente. Todos sus perseguidores serán matados en breve: aquellos que se salven se unirán a los pauperes

⁷ *Practice Inquisitionis hæreticæ pravitatis* («Práctica de la Inquisición en la depravación herética»). Escrito en 1331, es un manual destinado a los inquisidores. (*N. del T.*)

⁸ Bernardo Gui (1261-1331) ostentó el cargo de Gran Inquisidor en Toulouse, entre 1308 y

Christi victoriosos. De este modo, Dulcino recurre a la descripción joaquinista de la historia del mundo, en cuatro, en lugar de en tres, periodos que, más que épocas, vienen a ser «grados de santidad» alcanzados en los cuatro períodos de la historia sagrada.

El primer estatus es aquel de los patriarcas, de los profetas o de otros justos de la antigua alianza. Al final de esta primera era, los sucesores se desviaron del estado espiritual y el bien de sus santos antecesores. Al principio de la segunda era, se consiguió un nivel superior de santidad: allí está Cristo con sus apóstoles y discípulos. De nuevo adquirieron honor las virtudes —humildad, paciencia, pobreza, pureza— de las que los predecesores se habían apartado (aun así la castidad no cubría la primera era, pues la humanidad debía crecer). La segunda era duró hasta los tiempos del papa Silvestre y del emperador Constantino. Igual que había ocurrido al final de la primera era, los seguidores se desviaron de la generación precedente. El papa Silvestre y sus sucesores, por el aumento de

1323. Se enfrentó principalmente al movimiento de los cátaros, al valdense y al de los begardos y beguinas. Posteriormente ejerció de obispo en Tuy, Galicia. (N. del T.)

las conversiones, consideraron oportuno poseer bienes terrenales para gobernar así mejor a los neófitos.

Mientras los pueblos no se hubieron desmotivado, la posesión de bienes terrenales no implicaba daño a los «santos», pero al extenderse la indiferencia generalizada, las cosas cambiaron: si el manantial de la fe disminuye, sucede que se ansian las riquezas, es por esto que resulta necesario distanciarse de los bienes terrenales, por mucho que tengan una utilidad práctica. Durante la tercera era, tanto religiosos seculares como regulares profundizaron en su decadencia, hasta que no quedó casi nada del amor a Dios y al prójimo. Entonces, Francisco y Domingo⁹ intervinieron: la medicina por ellos ofrecida era más potente que la de Benedetto,¹⁰ aparecida

⁹ Domingo de Guzmán (1170-1221) fundó el orden de los Predicadores, en Toulouse, durante el contexto de la cruzada albigense. El orden se vertebró sobre los principios del estudio, la predicación y la pobreza mendicante. (N. del T.)

¹⁰ Benedetto de Nocera (480-547), en castellano, Benito de Nursia, fue el monje fundador de la orden benedictina. Su principio fundamental es *Ora et labora* (oración y trabajo). (N. del T.)

durante la segunda era, que restringía las cosas terrenas y se separaba del poder temporal. De hecho, Francisco y Domingo, todavía más que Benedetto, renunciaron a la posesión de bienes terrenales. Aun así, las órdenes de los hermanos menores (franciscanos) y de los predicadores (dominicos) degeneraron: por lo tanto, se imponía, radical y completamente, abandonar cualquier bien terrenal y escoger la pobreza. Quien introdujo esta regla de pureza auténticamente apostólica fue Gherardino Segalello; con él dio inicio la cuarta era, que durará hasta el final de los días. La diferencia entre apostólicos y franciscanos es notable, porque a los segundos —dice Dulcino— les es consentido poseer muchas casas, donde recoger el fruto de las limosnas, «mientras que nosotros no tenemos casa ni debemos llevar con nosotros las limosnas, y por eso nuestra vida es mejor, y es una medicina definitiva para todos».

Dulcino declara que la Iglesia ha pasado por tres fases, y ahora se encuentra en la cuarta. Estas fases no se corresponden con las de los «santos», pues la Iglesia sólo puede concebirse como algo ocurrido después de Cristo. La fase inicial de la Iglesia ha sido

instituida por Jesús y ha durado hasta Silvestre¹¹ y Constantino:¹² durante aquel tiempo la Iglesia era pura y buena, y sufría las persecuciones. Durante la segunda fase llegó la decadencia. Silvestre no fue brillante, pero las circunstancias eran tales que él no podía ser mejor de lo que fue; por la falta de idealismo que campaba, la santidad no podía elevarse a un nivel superior del alcanzado por Silvestre. Durante la tercera fase, a pesar de la decisiva intervención de Benedetto, Francisco y Domingo, la decadencia de la Iglesia continuó, de modo que también la tercera fase se estructuró como las precedentes: un deterioro desde la cúspide.

Dulcino dedica más de la mitad de su primera carta a describir las profecías referidas a los adversarios (de los apostólicos), los cuales, en tres años (y por tanto como última fecha en agosto del 1303), deberían morir de muerte cruel. Él relaciona sus propias profecías con

¹¹ Silvestre I fue papa entre el 314 y el 335; durante su papado el cristianismo dejó de ser perseguido. (N. del T.)

¹² Flavio Valerio Aurelio Constantino (272-337) fue el primer emperador de los romanos en autorizar el culto cristiano. (N. del T.)

muchos pasajes del Antiguo y el Nuevo Testamento, pasajes que no conocemos porque Bernardo Gui no los cita. Dulcino profetiza que Federico II de Aragón (III como sucesor de Federico II de Suecia, y I como rey de Sicilia; 1272-1337) se convertiría en emperador (Federico III) y también en ejecutor de la ira divina, vencería y mataría a Bonifacio VIII (el papa del primer Jubileo, el que hizo morir en la mazmorra a Celestino V y promovió la quema de Gherardino Segalello), y después a todos los religiosos, seculares y regulares, a excepción de los pocos que se unirían a los apostólicos. Federico nombraría a un nuevo rey, y un nuevo papa sería escogido por Dios de forma milagrosa. Bajo su mandato, todos aquellos que hubiesen seguido una vida apostólica recibirían la gracia del Espíritu Santo: este papa santo, junto con el emperador Federico y el nuevo rey reinarian hasta el advenimiento del Anticristo. Dulcino esperaba mucho de Federico de Aragón, pues al aceptar la corona del pueblo siciliano, contra los Anjou y contra el papa, había desafiado a la gran coalición que se organizó contra él y, tras varios años de guerra, resistía todavía con firmeza en el trono de Palermo. Por lo demás, también había

despertado grandes esperanzas entre sus contemporáneos; otros movimientos heréticos, como los fraticelli y los begardos parece que confiaban en él, pues protegía relativamente a los espirituales, es decir a los menores «radicales». Dulcino no esperaba ya que la Iglesia romana, tan degenerada con Bonifacio VII, pudiera mejorar gracias a una reforma.

Si ni tan siquiera Francisco supo preservar a sus seguidores de la avaricia y la mundanalidad, entonces la única posibilidad era confiar en la espada. Su deseo se manifestaba en profecía, y lo veía iluminado por la luz del Apocalipsis, donde en los capítulos 1-3 se habla de los «ángeles de la iglesia», a los que Dulcino interpreta: el ángel de la iglesia de Éfeso habría sido Benedetto, con la orden por él fundada; el ángel de Pérgamo, el papa Silvestre y sus coetáneos religiosos; el de Laodicea, Domingo y la orden de los Predicadores; el de Sardes —aquel que «vive de nombre, pero en realidad está muerto»— es la imagen de Francisco y de sus menores; el ángel de Esmirna es Gherardino Segalello, muerto por la orden de los dominicos; el ángel de Tiatira es el propio Dulcino; finalmente, el de

Filadelfia, el papa santo. Los últimos tres nombres, con sus seguidores, forman la congregación de los apostólicos, fundada y difundida por el primero, y renovada y acrecentada por el segundo. Gracias al tercero, se difundirá por todo el mundo y traerá los frutos.

Semejantes alusiones a los ángeles del Apocalipsis no son casuales, pues en el texto sagrado, por cada ángel, aparecen descripciones que bien podrían relacionarse con los siete personajes. Por ejemplo, para el ángel de Esmirna (Segalello, para Dulcino):

Yo, el Señor, conozco tu trabajo y sé que te persiguen y que eres pobre (y en verdad eres rico) [...] no temas por los sufrimientos que te esperan [...] sé fiel aún a costa de la muerte y yo te daré la vida eterna. (Apocalipsis 2: 9-10)

Para el ángel de Tiatira (él mismo, para Dulcino):

Yo sé todo de ti. Sé que amas, que sirves a los demás, y que

perseveras en la fe; más aún, todo esto lo haces más ahora que antes. Pero yo tengo algunas cosas en contra tuya: que tú toleras a la mujer Jezabel (es decir a la prostituta: la Iglesia romana) que pretende hablar en mi nombre y desvía a mis fieles para que me traicionen [...] y mataré a sus hijos [...]. Pero aquello que tienes retenedlo hasta que yo vuelva [...] y ellos (mis enemigos) serán despedazados. (Apocalipsis 2: 19-28)

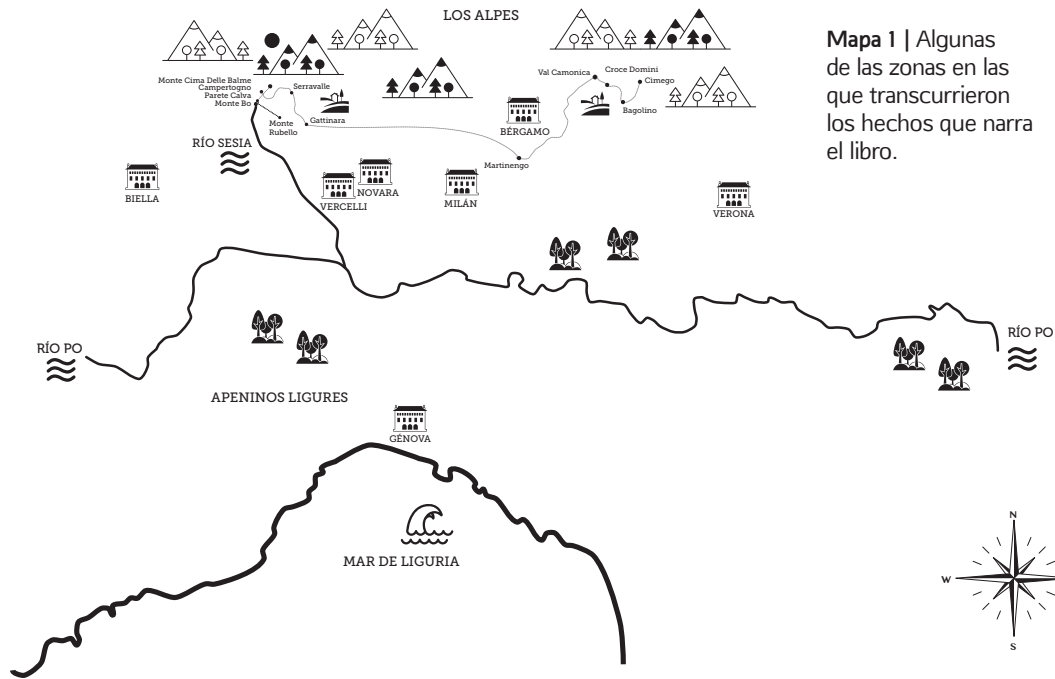
Para los dominicos, quienes al contrario de los apostólicos son ricos pero pobres (la Iglesia de los laodiceos):

Vosotros no tenéis carácter, no sois ni fríos ni calientes, y me desagradáis hasta vomitar. Decís: «Somos ricos, tenemos suerte, no necesitamos de nada», y no os dais cuenta de que sois unos fracasados, unos infelices, pobres, ciegos y desnudos. (Apocalipsis 3: 16-17)

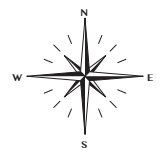
Dulcino estaba tan firmemente convencido del cumplimiento de sus profecías, que planteaba una especie de apuesta: si no se realizaban estas

profecías, él y los suyos podían ser tomados por mentirosos, y verdaderos, en cambio, sus perseguidores. Las profecías no se realizaron, pero no fueron completamente desmentidas. De hecho, Bonifacio VIII murió durante los tres años profetizados; pero, sobre todo, fueron las circunstancias y el lugar de su muerte lo más sorprendente. De hecho, el «papa malvado» sufrió la célebre agresión de Anagni¹³ y, poco después, falleció de cálculos renales gritando por el terrible dolor, mientras los romanos, furibundos, saqueaban la basílica de Letrán y se desencadenaba un terrible ciclón (11 de octubre de 1303): para la superstición romana, esto era señal de que un religioso se estaba precipitando al infierno. Se tuvo en cuenta también la predicción dirigida hacia el desventurado Celestino V: «Entró como un zorro, reinó como un león, murió como un perro».

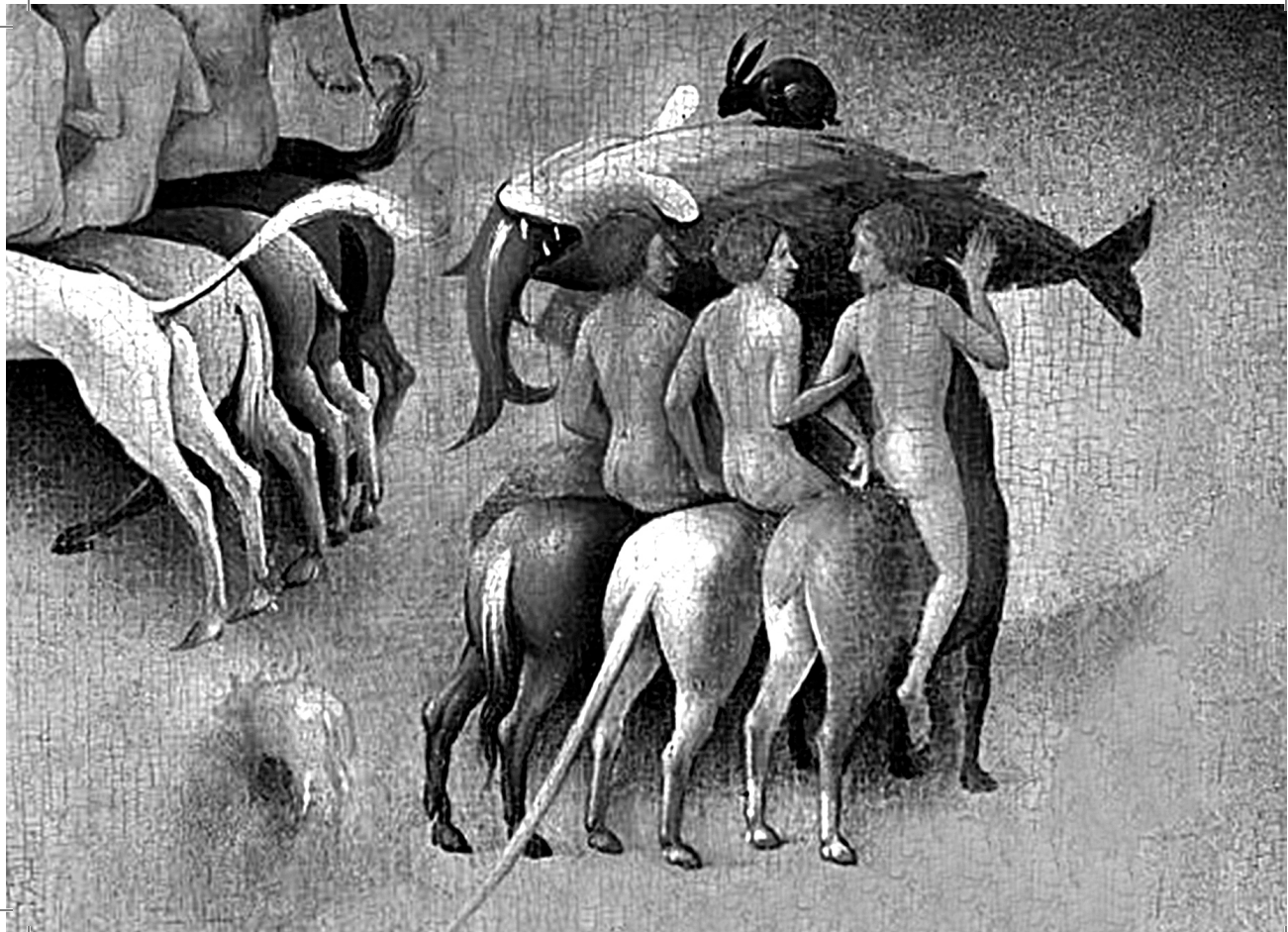
¹³ El «ultraje de Anagni» o también la «bofetada de Anagni» se refiere a un episodio sucedido en la ciudad de Anagni, el 7 de septiembre de 1303. Actualmente, se cree que no se trató exactamente de una bofetada dada materialmente, sino más bien de un golpe moral, aun cuando algunos historiadores atribuyen a Sciarra Colonna el acto de abofetear al papa Bonifacio VIII. (*N. del T.*)



Mapa 1 | Algunas de las zonas en las que transcurrieron los hechos que narra el libro.



- 
 MAR
- 
 MONTAÑA
- 
 VALLE
- 
 NÚCLEO URBANO
- 
 NÚCLEO RURAL
- 
 RÍO
- 
 RUTAS



La comunidad errante de los hermanos apostólicos del Trentino al Piamonte

La primera carta de Dulcino obtiene de inmediato un enorme éxito. Poco después de 1300, Dulcino —junto con el hermano Alberto de Cimego y el hermano Longino de Bérgamo— predica y preside encuentros clandestinos tanto en el Trentino, como en el condado de Bolonia, y es aceptado como jefe indiscutible del movimiento apostólico. La Inquisición se reactiva y se inician las persecuciones en el Trentino, donde en un primer momento los apostólicos podían actuar con relativa tranquilidad, invitados incluso a predicar por párrocos simpatizantes, aprovechando también el hecho de que la sede del obispado de Trento estaba vacante; también los perseguirán en otras zonas. De regreso al Trentino, el hermano Dulcino escribe desde Cimego su segunda carta encíclica. Con ella pretende recuperar el crédito comprometido por la falta de cumplimiento de sus profecías, que resume

modificándolas, y reasegura también a los fieles la vitalidad del movimiento. Así comienza el resumen legado por el inquisidor Bernardo Gui:

En la segunda carta, que fue redactada y enviada en diciembre de 1303, aparece lo siguiente. Primero de todo [Dulcino] se auto-define cabeza de toda la congregación apostólica; la hermana Margarita, la más querida por él, y los hermanos Longino de Bérgamo, Federico de Novara, Alberto Carentino y Valderico de Brescia, sus discípulos. Habla también de muchos otros hombres y mujeres, más de cien, parecidos a ellos, y de un gran número de hombres y mujeres de la misma congregación en Italia, más de cuatro mil, todos unidos entre ellos, absolutamente libres de cualquier regla externa y sólo vinculados por una regla íntima; y saluda a todos los que leerán la carta. Un poco más adelante, ofrece una relación de las novedades ya ocurridas o próximas...

Dulcino oficializa a los responsables del movimiento, que de libertario pasa a eso que hoy llamamos un «partido», con un organigrama y una or-

ganización capilar en el campo y en las ciudades. De Margarita hablaremos después. El hermano Federico de Novara es Federico Grampa, valesiano (Grampa es un municipio de Mollia, en el alto valle, y Grampa/Grampi es un antiguo apellido local aún existente). Federico había colaborado con Dulcino en la redacción de un libro citado por el sacerdote Comasino de Panellis, capellán de San Silvino di Mendrisio, en agosto de 1303.¹ El hermano Longino de Bérgamo, de la familia Cattaneo, es descrito por las fuentes como uno de los predicadores dulcinianos más originales, activo en el Trentino y en el condado boloñés, entre los años 1300 y 1303.

¹ De Panellis abjuró de las doctrinas de Guillermina la Bohemia y de las apostólicas, confesó haber conocido a cinco apostólicos y dio el nombre de cuatro. Este documento da fe de un acuerdo entre los apostólicos y los guillerminos. Felice Tocco: *Il processo de los Guillerminos*, Academia dei Lincei, Roma, 1899, pp. 117-118.

Guillermina la bohemia (1210-1281) fue una mística laica cristiana que se instaló en Milán y que sostuvo que tras su resurrección las mujeres liderarían la Iglesia. Fue declarada hereje póstumamente por la Inquisición, que exhumó su cuerpo, lo quemó, esparció sus cenizas y destruyó su tumba. Su culto sin embargo permaneció vivo. Su sucesora fue la hermana Manfreda, en quien posiblemente se inspiró la carta del tarot «La Papisa», del mazo Visconti-Sforza. (*N. del T.*)

Y algo parecido puede decirse del hermano Alberto Carentino, oriundo de Cimego, en el valle del Chiese, quien es sin duda el apostólico más activo y más notable; como se ha explicado antes, se supone que ya era el animador de un movimiento herético anterior a la llegada de Dulcino a la región del Benaco. Si bien sabemos que Longino compartirá el martirio con Dulcino y Margarita, y será quemado en julio de 1307 en Biella, en la isla del torrente del Ciervo, en el lugar donde hoy se encuentra el puente de la Magdalena, desconocemos el lugar y la fecha de la muerte del hermano Alberto, de quien sólo sabemos que murió quemado. Probablemente, estuvo con Dulcino en la guerrilla valesiana y podemos pensar que, siendo herrero de profesión, forjara rústicas armas para los rebeldes, algunas de las cuales, como el arado transformado en arma de golpeo, se encuentran actualmente en el Museo Cívico de Biella. Del hermano Valderico de Brescia (o Ulderico o Baldrigi), que aparece citado en los procesos trentinos, sabemos sólo que era originario de Toscolano: también él, por tanto, proveniente de esa región gardesana tan recorrida por la herejía aun antes de la llegada del líder apostólico. Dulcino se refiere asimismo a otro centenar seguidores, sin citar sus nombres pero en todo «iguales» a los ya citados.

En el Trentino, durante el año 1303, la situación para los apostólicos se fue volviendo cada vez más difícil: dos mujeres, entre ellas la del hermano Alberto, y un varón, de quien ignoramos el nombre, son condenadas a la hoguera. Para escapar de la persecución, en 1304, Dulcino y sus secuaces abandonan Cimego y pasan a Lombardía, probablemente a través de Val Càffaro (sabemos que en Bagolino había un sólido grupo de heréticos). A través del paso de Croce Domini, llegan a Val Camonica y, de ahí, a Bergamasca. Tenemos datos, gracias a los procesos por herejía registrados más adelante contra Mateo Visconti y sus hijos, por parte de Juan XXII —a partir de 1317—, que hubo un encuentro entre Dulcino y Visconti en el castillo bergamasco de Martinegno, donde se había refugiado la facción gibelina de los Suardos, y donde, para hacer una tentativa de mediación estuvo también el padre Lanfranco de Bérgamo (el inquisidor responsable de la condena del Segalello), que tomó nota de la presencia de apostólicos en ese lugar. Mateo Visconti, expulsado de Milán y habiendo perdido el control de Novara, había intentado desde 1302 la reconquista de sus dominios, apoyándose incluso en la familia Torielli; después se retiró y huyó hacia los lagos de Iseo y Garda, donde por entonces todavía estaban

operativos los grupos apostólicos. En 1303, en Mendrisio, en el camino a Lugano, el ejército visconteo se encuentra con el apostólico Federico Grampa y con dos sacerdotes amigos de los heréticos.

Es posible que el partido gibelino, y en especial los Visconti, en su intento por reconquistar Milán, donde el poder había pasado a los güelfos —a los Torriani—, igual que en las ciudades satélite de Novara y Vercelli, se propusiera instrumentalizar al movimiento apostólico para debilitar a sus adversarios —según el axioma por el cual los enemigos de mi enemigo son mis amigos—: la historia nos enseña que los sometidos tienden a hacer causa común contra los nuevos potentados, y nos demuestra también que, con el mismo fin, se instrumentalizan el descontento y la ira popular (en la historia moderna basta con pensar en la rebelión de la Vendée,² en la caída de las repúblicas jacobinas en Italia o en el bandole-

² Rebelión de grandes dimensiones entre 1793 y 1796 en Francia, en la que los segmentos de la población más desfavorecidos se levantaron contra el orden establecido durante la República recién fundada con la Revolución. Durante esa insurrección, el pueblo alzado se alió con sectores de la nobleza, partidaria de regresar al Antiguo Régimen, de modo que acabó convirtiéndose en un movimiento contrarrevolucionario. Algunas interpretaciones

rismo meridional tras la proclamación de Vittorio Emanuele II³ en 1861). En cualquier caso, queda constancia de que los apostólicos procedentes del Trentino no mostraron ninguna veleidad guerrera, porque la hubieran ya manifestado resistiendo a la persecución en sus valles, donde se habrían podido proteger mejor, beneficiándose del conocimiento de los lugares y del apoyo de familiares y amigos.



De Bergamasca, Dulcino pasa con los suyos a Varesotto, y de ahí a Gattinara, a las puertas de Valsesia: un «vecindario franco» de reciente formación, crecido gracias al obispo de Vercelli, con la intención de controlar este

históricas han señalado que la intención de la revuelta era precisamente el retorno al Antiguo Régimen, pero las versiones más aceptadas señalan que, en origen, el motivo de la rebelión fue que la población más desfavorecida de la zona de la Vendée no se había visto beneficiada por los cambios impuestos por la Revolución francesa, ya que dichos beneficios habían sido acaparados por la burguesía. (*N. del T.*)

³ Vittorio Emanuele II (1820-1878), primer rey de Italia. Fue uno de los personajes que llevó a cabo la unificación de los diversos reinos de la península italiana, hasta constituir el reino de Italia en 1871. (*N. del T.*)

estratégico cruce de caminos (aquí se encuentran las vías que llevan a Valsesia, el lago Maggiore y Novara, Vercelli y el Biellese). Para estimular el asentamiento de la población, Gattinara había obtenido exenciones fiscales especiales: pero esto pronto supuso un motivo de conflicto para Arborio, el señor feudal, y el obispo. Así Dulcino llega allí cuando reinaba un clima de tensión y en consecuencia fue bien acogido, pues era notorio su enfrentamiento con la autoridad religiosa. En el vecindario inmediatamente superior, Serravalle Sesia, fue recibido amistosamente, gozando incluso de la simpatía del párroco local. Añádase también a esto que las fuerzas de la liga güelfa, concentradas en Pavia y en Piacenza, habían desguarnecido de manera momentánea la zona de la media y baja Sesia. Sabido es, por otro lado, que en el Novarese y en la Lomelina —región hoy perteneciente a las provincias de Novara, Vercelli y Pavia— había apostólicos o simpatizantes.

A pesar de estos probables encuentros entre los gibelinos liderados por el Visconti y «los aliados» cercanos y lejanos, las fuentes nos cuentan que Dulcino llegó a Gattinara «desde poblaciones lejanas, con algunos secuaces» y que, inmediatamente,

... comenzó a predicar a escondidas y disimuladamente en las zonas de Gattinara, Serravalle y alrededores, y consiguió seducir con sus perversas enseñanzas a numerosas mujeres y hombres.

Actitudes no precisamente propias de una jauría de feroces guerrilleros. Bernardo Gui menciona una tercera carta de Dulcino, sin darnos no obstante detalle alguno: ignoramos no sólo la fecha y el lugar de redacción, sino también el contenido. Probablemente fuese escrita tras la partida del Trentino: de hecho, es de suponer que no renunciase a su espíritu profético; en realidad, Benedetto XI había muerto justo en 1304 (el 7 de julio), si bien no por la espada de Federico de Sicilia (aunque no es seguro que falleciese de muerte natural, y quizá fuera envenenado), después de que su predecesor, Bonifacio VIII, hubiera también muerto en circunstancias tempestuosas.

El año 1304 estaba por acabar, y el cónclave durante muchos meses no llegaba a ningún acuerdo; Dulcino podía imaginar ser él mismo el «papa santo», pero sólo tras la intervención de Federico de Sicilia. Si no, existiría otro papa malvado que, aun así, sería aniquilado

rápida-mente. Bernardo Gui registra la revelación que Dulcino habría recibido de Dios:

En 1305, Federico se convertirá en emperador; nombrará diez reyes; el papa, los cardenales y todos los demás religiosos perecerán, a excepción de aquellos que pertenezcan a los apóstólicos, y él mismo, Dulcino, será colocado en la sede de San Pedro.

Éste debía de ser el contenido profético de la tercera carta. Cuando en noviembre de 1305 fue elegido finalmente Clemente V,⁴ era evidente que éste no iba a ser el «papa santo», sucesor del futuro «tercer papa». Con Clemente elegido tras tan largo cónclave (once meses había estado la sede vacante), la Iglesia, perversa y apóstata, caminaba hacia el fin.

Se manifestaron signos premonitorios: cuando el 14 de noviembre de 1305 en Lyon fue consagrado el nuevo papa, se organizó, según la costumbre, una procesión solemne: a lo largo del trayecto se derrumbó

⁴ Fue papa entre 1305 y 1314, trasladó la sede papal a Lyon y acabó con la orden de los Templarios. (*N. del T.*)

un muro, que hizo caer al pontífice y a su caballo; la tiara rodó por tierra perdiendo una de sus piedras preciosas. Con el derrumbe, hubieron varios heridos, entre ellos el hermano del rey Felipe IV el hermoso, Carlos de Valois, paladín del papa y enemigo de Federico de Sicilia, profetizado como «futuro emperador». Sorprendió fuertemente el hecho de que el papa no hubiese querido consagrarse en Roma, e invitara a los cardenales a dirigirse a Francia.

La *Historia* del Anónimo Sincrono refiere que, modificando su profecía, Dulcino afirmó que Federico entraría en Roma durante la Navidad de 1305, o en marzo del año siguiente, para ser elegido emperador del Sacro Imperio y,

... aunque esto no ocurriera en esos términos, era en cualquier caso seguro que sucedería y que sería emperador. Este, una vez así, debía nombrar nueve reyes, con los que gobernaría durante tres años y medio, tiempo en el que eliminaría al papa y a numerosos prelados, clérigos, monjes, frailes predicadores, a menores y a otros de otras órdenes, y estallaría una guerra enorme; sería

elegido después un papa santo, que habría de ser Dulcino, en caso de seguir vivo en ese momento. En un período de tres años, Dulcino y sus secuaces predicarían la llegada del Anticristo, el cual, tras tres años y medio, vendría a este mundo. Entonces Dulcino y los suyos serían llevados al paraíso, donde están Enoch y Elia, y se librarían así de la persecución del Anticristo. Enoch y Elia descenderían entonces del paraíso y vendrían a la tierra para predicar contra el Anticristo, quien sin embargo los mataría y reinaría por largo tiempo; finalmente, moriría y entonces Dulcino, papa santo, volvería con sus secuaces a la tierra para predicar la auténtica fe, y todos se convertirían.



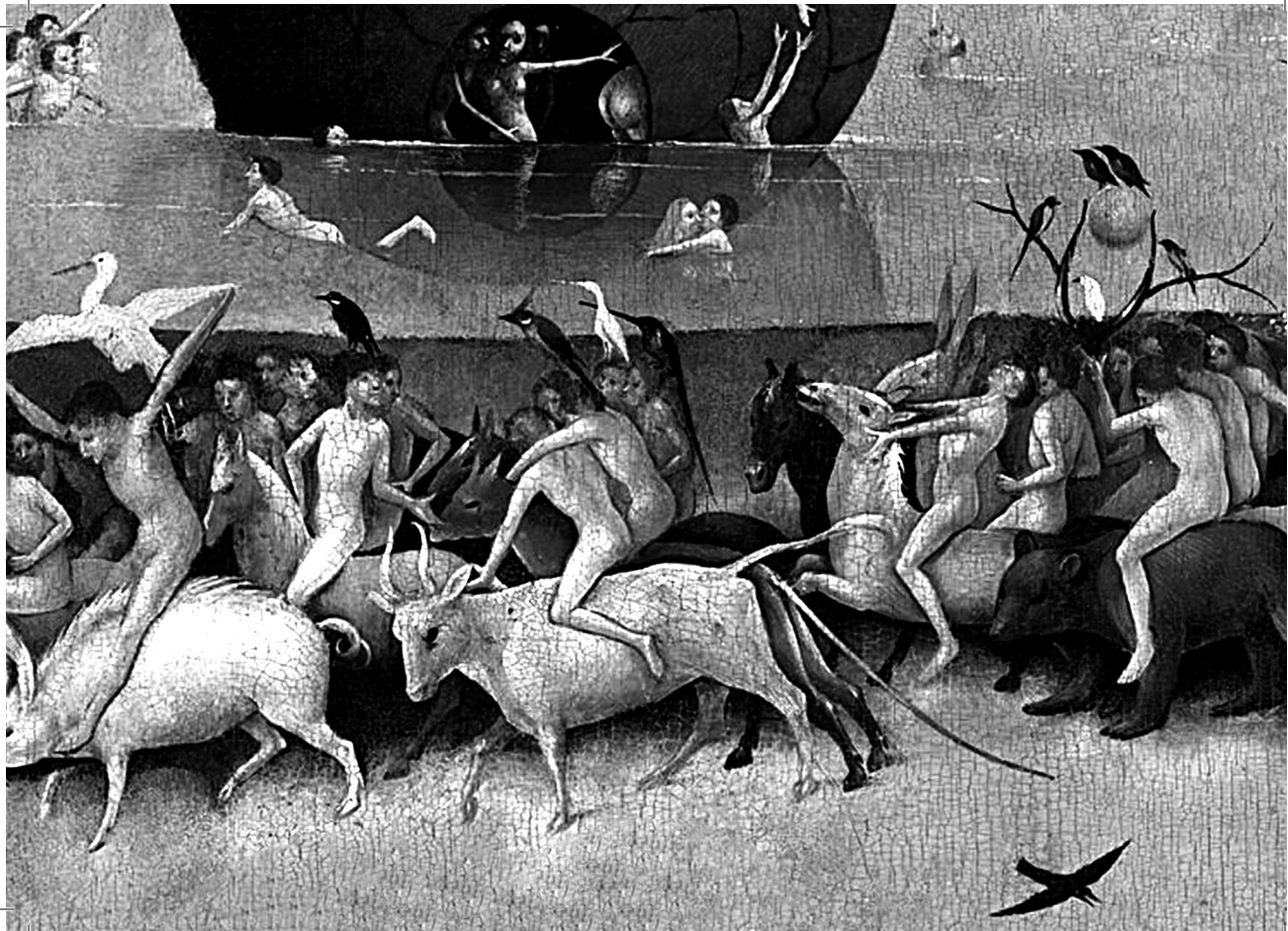
Estas profecías, que parecen hoy, a nuestros ojos desencantados, meras fantasías, eran en el Medievo imágenes escatológicas muy difundidas, y servían para confortar a los dulcinianos contra la persecución y la miseria en las montañas. Las profecías de Dulcino —aparte de la originalidad del papel que se destinaba a sí mismo y sus secuaces— eran habituales en

el Medievo, con algunas variantes. También Lattanzio —apologista cristiano, preceptor de Crispo, hijo de Constantino— había previsto que la llegada del Anticristo vendría precedida por un período de calamidad; y san Metodio, milenarista del siglo IV, añadía que Enoch y Elia, regresando en vida para combatir al Anticristo, morirían en sus manos; Cirilo, obispo de Jerusalén en el siglo IV, había vaticinado que el Imperio romano sería dividido en diez reinos. A estas tradiciones milenaristas se refería Dulcino.

Resultan extrañas las grandes esperanzas que tenía puestas en Federico de Sicilia, quien, durante el período que va de 1302 a 1307, no acabó plenamente de tomar partido a favor de los espirituales o de cualquiera que supusiese una amenaza para el papa; aunque, al respecto, el espiritual Arnau de Vilanova, en 1309, dirá que Federico de Aragón había prometido protección anteriormente a quienes tuvieran la intención de vivir en la pobreza de Cristo. En consecuencia, en 1312, un determinado número de espirituales se dirigió a él tomándolo por un excepcional protector, hermano de los pobres evangélicos. Es de suponer, por tanto, que también durante el período dulciniano, el rey de Sicilia hubiera hecho alguna cosa en favor de los espirituales. Añádase, finalmente, que el emperador

Federico II (Hohenstaufen, 1194-1250) fue para los gibelinos el reformador de la Iglesia, fundamentalmente por su actitud hostil hacia el clero, y esperaban su «gran retorno»: probablemente, en Italia se proyectaba en el rey Federico II de Sicilia un retorno del gran emperador homónimo. En cualquier caso, para todos los discípulos de Joaquín de Fiore, el *aguilucho* tenía que llamarse Federico. Una profecía joaquinista decía: «Vendrá un aguilucho de nombre Federico que reinará y desplegará sus alas hasta el final de la tierra...».





En Valsesia: encuentro con los montañeses y la guerrilla

Toca ahora describir el contexto en que operaba Dulcino. Ya hemos mencionado las tensiones en Gattinara. En cuanto a Valsesia, allí los montañeses habían intentado más veces aún emanciparse del patrocinio de los señores feudales, la familia Biandrate, liberarse de la servidumbre feudal y reapropiarse de aquellas tierras sólo cedidas en enfiteusis o en usufructo.¹

¹ Entre 1207 y 1217, los valsesianos intentaron constituir un gobierno autónomo; en 1247, los Biandrate Canavesi prometían ayuda a los primos novareses contra los valsesianos «enemigos y rebeldes», y la alcaldía de Vercelli se colocaba como árbitro para los conflictos entre los Biandrate y los municipios del valle. En 1249, los valsesianos se alzaron contra los Biandrate y contra las ciudades de Vercelli y Novara. Diez años después, Novara obligaba a los valsesianos a restablecer a los Biandrate, quienes, tras haber perdido sus feudos, serían utilizados por

También en el Biellese la situación era de todo menos tranquila.²

En definitiva, al acabar el siglo XIII, por toda la región bielesa serpenteaban ánimos y rencores indigestos, y reinaba un estado de continua agitación. Por lo tanto, era natural que Dulcino fuese bien acogido en Gattinara y en Serravalle, y que encontrase apoyo entre los montañeses

Vercelli y Novara como «perros guardianes» en Valsesia. En 1270, Novara estipulaba un acuerdo de alianza y de recíproca defensa para la protección de los valles con los Challant de Aosta, pero los valesianos se mostraron reacios a aceptar a los magistrados novareses impuestos por la ciudad. En 1275, Novara prohibió a los valesianos establecer pactos con otros municipios sin su autorización: el estatus del valle —disputado entre Novara y Vercelli, con los Biandrate que oscilaban apoyándose a veces en unos a veces en otros— era en la práctica el de un «protectorado», los antiguos señores feudales Biandrate continuaban cobrando impuestos y percibiendo décimas en Valsesia, a través de la Iglesia novaresa.

² La segunda mitad del siglo XIII se caracteriza por un turbio período de luchas contra los señores feudales, contra el obispo de Vercelli —apoyado por la facción güelfa—, combatido por Otón Visconti —quien fomenta a la facción gibelina, a la que el municipio de Biella solicita apoyo—. En 1291, Aimone de Challant, conde y obispo de Vercelli —desde 1273 hasta su muerte, en 1303—, exasperado por la resistencia de los bieleses, recurre a las amenazas y excomunica al Biellese entero. En 1295, se rebela también el municipio de Vigliano Biellese.

valsesianos, que estaban listos para una de sus periódicas rebeliones; nada más natural así que «en el Biellese el discurso acatólico del hermano Dulcino tomase quizá su lado más cruento».

Según la tradición, en Gattinara, Dulcino organizó a su gente en el castillo de San Lorenzo, hacia la parte de Cordova. La memoria oral ha señalado entre sus secuaces la existencia de viticultores trentinos, quienes habrían incrementado en Gattinara la cultura de la vid, recurso hoy en día destacado en la región; y de artesanos textiles, quienes habrían potenciado, con nuevas herramientas y técnicas, la hilatura y el tejido de la lana que caracterizan la economía de la media Valsesia y del Biellese.



Tras cuatro meses de estancia, y para prevenirse de los soldados a sueldo del obispo Rainieri Avogadro de Vercelli (el sucesor de Aimone di Challant en 1303), Dulcino y los suyos se retiran a Campertogno, en el alto valle, invitados por el montañés Milano Sola: las fuentes cuentan que se trataba de un «rico campesino», condición del todo improbable en un pueblecillo de alta montaña donde se sobrevivía gracias a unos magros

pastos. En realidad, nos parece reconocer más bien en Milano Sola a un jefe, es decir a un *abà*, comandante de las *badie*, o *juventus*.³ Estas eran asociaciones juveniles involucradas en las insurrecciones antifeudales del Macizo Central (donde, entre 1350 y 1380, fue habitual el bandolerismo en las regiones en las que predicaba un franciscano rebelde, Jean de la Roquetaillade o Johannes de Rupescissa) y de los Alpes occidentales. En el Canavese, por ejemplo, encontramos este tipo de insurrecciones desde 1380 hasta mediados del siglo XVI, cuando los rebeldes tuvieron que prometer solemnemente que nunca jamás se sublevarían bajo las banderas de las *badie*. En 1377 —setenta años exactos desde la muerte de Dulcino—,

³ Se trata de asociaciones locales, en Italia y Europa, cuyo origen es rural, preindustrial, y cuya misión principal era gestionar el tiempo del entretenimiento, así como en muchos casos los ritos de paso de la infancia a la madurez. A veces, podían ir armadas y velar por la seguridad de los confines de un territorio. Tomaron su nombre y estructura de otras instituciones sociales: *badie* por «abadía», y *abà* por «abad»; y también podían usar la nomenclatura de organizaciones militares. Las encontramos designadas como *abadia de los tontos*, *de los locos*, *de los asnos*, *de la juventud*, *del malgobierno*; términos estos que nos señalan que su función era gestionar el tiempo a la inversa, a contracorriente, de forma carnavalesca. (N. del T.)

los «jóvenes» del Piazzo di Biella, guiados por un legendario Garibolo, se rebelaron contra el obispo-conde, lo hicieron prisionero, lo humillaron y lo persiguieron (la leyenda cuenta que finalmente se lo comieron), proclamando la «República de Biella».

Se ha pretendido que contra Dulcino fueron organizadas «ligas valesianas», cuya fundación habría sido jurada en Scopa, el 24 de agosto de 1305. Los estatutos de estas presuntas leyes han constituido el caballo de batalla de casi toda la historiografía dulciniana, pero finalmente han sido considerados como falsas groserías de los siglos xvii y xviii. El hecho es tanto más grave por cuanto la falsedad de los documentos, demostrada por Francesco Cognasso en 1952, fue ignorada por las investigaciones sucesivas, con la única excepción de Rosaldo Orano, Elena Rotelli y el último Raniero Orioli, quien comenta que

... es, sin embargo, bastante ingenuo afirmar que la probada falsedad de ello demuestra, por oposición, una adhesión valesiana a los apostólicos. Y si es verdad que la experiencia de la guerra partisana muestra lo imposible de la resistencia dulciniana sin ayuda

o apoyos externos, es también verdad que la adhesión de algunos no significa la adhesión de todos, y que esas ayudas, si existieron, no fueron las suficientes, desde el momento en que Dulcino y los suyos tuvieron que huir de Valsesia para no morir de hambre.⁴

En cualquier caso a nosotros nos parece que lo ingenuo es pensar que los indómitos valesianos, a quienes ni los Biandrate, ni Vercelli ni Novara consiguieron subyugar completamente, se hubieran dejado saquear por estos pobre herejes perseguidos, venidos de lejos y por lo tanto desconocedores del lugar, que además eran como máximo campesinos y artesanos, acompañados por ancianos, mujeres y niños. Si los dulcinianos hubiesen tenido veleidades guerreras, habrían opuesto resistencia en las montañas de las que habían huido, las del Trentino, donde se había iniciado la persecución. Dulcino había llegado a Gattinara *cum quibusdam complicibus suis de remotis partibus*; ¿cómo habrían podido aquellos «pocos cómplices», según la *Historia*, convertirse al año siguiente en «más de 1400» o, según Benvenuto de Ímola, en «más de 3000 hombres, todos jóvenes

⁴ R. Orioli: *Venit perfidus heresiarcha...*, *ob. cit.*, p. 245.

gallardos»? Las rutas de acceso a Valsesia habían sido bloqueadas; algunas mujeres —por tanto no combatientes— que pretendían unirse a Dulcino fueron arrestadas y procesadas. La respuesta sólo puede ser una: los «pocos cómplices» se multiplicaron, convirtiéndose en un número considerable, porque contra el poder del obispado metropolitano combatieron los montañeses locales: no *contra* sino *con* Dulcino.



El contexto valesiano se comprende claramente relacionándolo con el de otros valles alpinos recorridos por fermentos heréticos, como el de la Val Camonica, por ejemplo. Situada en el confín de los territorios bergamasco, bresciano y trentino, se caracterizaba por presencias como la cátera, la de los «pobres lombardos», la represión por acusaciones de brujería, sin olvidar también, ya en el siglo xvii, a las «pelagianas»;⁵ es decir, una zona caracterizada por los movimientos heterodoxos y la disidencia religiosa.

⁵ No confundir con el pelagianismo, una herejía del siglo vi que recibió el nombre de un monje inglés, Pelagio. Los grupos de pelagianas rendían culto a santa Pelagia. Es posible que diesen prioridad a las personas laicas para interpretar las escrituras, y no al clero. Para saber

Escribe Roberto A. Lorenzi, profundo conocedor de ese valle y de su historia:

Es la «vicinia»⁶ quien aporta la base social que acoge las herejías en Val Camonica. [...] El movimiento herético, cátaro, valdés o simplemente el evangélico señalaba siempre entre sus cuestiones fundamentales la de la pobreza de la Iglesia como signo de su verdad, mientras que la Iglesia de Roma —tal como refiere el Moneta (siglo XIII) refiriéndose a una de las cuestiones de los cátaros— «en las riquezas, revestida de púrpura y lino, con la mesa espléndidamente servida, no trabaja con sus manos, (pero) ociosa devora los frutos del trabajo ajeno, y maldice».

más sobre las pelagianas en Val Camonica, véase Roberto A. Lorenzi: *Medioevo camuno. Proprietà, classi, società*, Fondazione Micheletti, Brescia, 1979. (N. del T.)

⁶ En el Medioevo, era una comunidad de vecinos dotada de tierras de extensión notable en régimen de propiedad comunitaria, dotada de relevantes prerrogativas y funciones públicas (derecho de sucesión, jurisdicción referente a actos judiciales y de arbitraje), ejercitadas por medio de asambleas y órganos representativos. (N. del T.)

En los pequeños pueblos de montaña, las relaciones sociales son muy intensas, debido a la práctica de una vida comunitaria en la que la esfera de lo privado queda muy limitada. Por esto la práctica de la propiedad colectiva —en el momento en que el poder feudal está en las manos del obispo— tuvo que llevar a toda la comunidad a simpatizar y brindar apoyo a los movimientos heréticos, e incluso a abrazar directamente su doctrina, pues predicaban la comunidad de bienes, ligándose así con la vida comunitaria de los primeros cristianos. Es un hecho que estos movimientos proponían en Val Camonica una justificación doctrinal a la práctica de la propiedad colectiva, proponían por tanto las bases ideológicas y doctrinales de lo que era practicado desde hacía tiempo y que ahora era amenazado por la expansión del poder terrenal del obispado y la metrópolis ciudadana.⁷

Eso es exactamente lo que sucede en Valsesia, con la diferencia de que en dicho valle existe una tradición secular de rebeldía, incluso armada, que en Val Camonica no se da. Dulcino afirmaba que «los laicos no están

⁷ R.A. Lorenzi: *Medioevo camuno...*, ob. cit., pp.79-80.

obligados, ni deben estarlo, a dar los diezmos a cualquier sacerdote o prelado de la Iglesia romana, a menos que no sea de tanta perfección y pobreza como la de los primeros apóstoles; y por esto afirma que no se deben dar más que a aquellos que se llaman apóstoles y son pobres en Cristo». Y si esto en principio no excluía los diezmos, era del todo evidente que los obispos de Vercelli y Novara no eran ejemplos de «tanta perfección y pobreza»: todo esto debía de gustar a los valesianos, que ya habían confrontado por iniciativa propia diezmos y tasas. Dulcino, en cambio, coincidió con la guerrilla, confluuyó; la animó (es decir, le dio un alma), la galvanizó y la organizó.



Los apostólicos no tenían oficio de soldados, ni eran hábiles en el uso de arcos, ballestas, armas cortantes o contundentes. Los montañeses, desde siempre rebeldes, y como cazadores que debían procurarse comida, eran en cambio fuertes guerreros y finos tiradores, tanto que contra ellos el obispo Rainieri Avogrado tuvo que contratar a cuatrocientos ballesteros genoveses, particularmente diestros, para disparar con ballesta incluso

desde un plano en movimiento, como el de las embarcaciones. La bravura de los montañeses, en el tiro con arco y en la lucha con arma blanca, se personifica en el legendario Guillermo Tell. Justo durante los años de la lucha armada conducida por Dulcino, nació la primitiva Suiza, victoriosa contra los Habsburgo: la tradición cuenta que, en aquel año 1307 de la derrota dulciniana en el monte Rubello, Walter Fürst —«una especie de Tell»— junto con Arnold di Melchtal y Werner di Stauffach juraron liberar los cantones de Uri, Schwyz y Unterwalden de la tiranía austríaca. Y, en la épica batalla de Sempach, los «bárbaros» helvéticos, dotados únicamente de armas cortantes, consiguieron derrotar a las tropas imperiales.⁸

⁸ Sobre la composición de los diferentes ejércitos, el del obispo y el de los rebeldes, su armamento, acciones defensivas y ofensivas, y los detalles de la guerrilla, véanse de Giovanni Cerino Badone: «L'assedio del monte Rubello: descrizione di una battaglia medioevale dai resti archeologici», en *La Rivista Dolciniana*, n.º 11, enero-junio de 1998, pp. 9-20; «Poenitentiagite! Eserciti e battaglie sul Monte Rubello», en *La Rivista Dolciniana*, n.º 14-15, enero-junio de 1999, pp. 6-36 (con una nota de Tavo Burat en pp. 37-38), ahora también en: Centro di Studi Dolciniani (a cargo de C. Mornese): *Fra Dolcino e gli Apostolici, tra eresia, rivolta e roghi...*, ob. cit., pp. 93-131. Véase también C. Mornese: *Eresia dolciniana e resistenza montanara*, DeriveApprodi, Roma, 2002, pp. 119-136.

Los dulcinianos, por tanto, suministraron a los valesianos la «dirección» de la guerrilla, cuya masa en cambio, estaba compuesta esencialmente por locales, conocedores del lugar y acostumbrados al uso cotidiano del arco. Nos parece igualmente bastante ingenuo afirmar que los combatientes eran apostólicos a los que se unieron «algunos» montañeses: en realidad, no es concebible en un contexto de alta montaña, donde la estructura social era tribal, que se diera un debate interno teológico al respecto, tratándose de gente analfabeta, para quienes la primera preocupación era su supervivencia y, en consecuencia, la resistencia a las pretensiones de la sociedad feudal, explotadora, fundada sobre la propiedad privada, sobre la jerarquía y enraizada en el derecho romano. En el monte, la comunidad se movía de forma compacta, necesariamente solidaria, como una manada de lobos. Como máximo podría considerarse que algunas comunidades apoyaron a Dulcino y otras no. Pero también esta es una hipótesis descartable, si se tienen en cuenta los precedentes rebeldes de *toda* Valsesia. Orioli añadía que «esas ayudas, si existieron, no fueron las suficientes, desde el momento en que Dulcino y los suyos tuvieron que huir de Valsesia para no morir de hambre». Pero incluso los

montañeses valesianos estaban expuestos al hambre; y la sublevación —con el consecuente bloqueo por parte de las milicias del obispo del valle bajo— había agravado su situación, de modo que no tenían mucho que ofrecer a los rebeldes; el invierno de 1305-1306 fue muy duro y todos los valles fueron golpeados por una dramática escasez.

Corrado Mornese⁹ da la vuelta a la tesis según la cual la represión novaresa-vercellesa se produjo debido a la rebelión de los montañeses unidos a los dulcinianos contra las ciudades de la llanura, dominada por el obispo-conde y sus aliados de la nobleza güelfa. Contrariamente a esta idea, los valesianos se rebelaron porque Valsesia era transitada por los soldados de sus enemigos históricos —el obispo y las ciudades colonizadoras—, que pretendían capturar a los herejes. De hecho, el 10 de octubre de 1275, la Universitas —una especie de federación del alto y el bajo valle, formada por todos los pueblos— había estipulado con el ayuntamiento de Novara el Tratado de Gozzano, por el que se reconocía una amplia autonomía local y se garantizaba protección contra cualquier eventual pretensión de los antiguos señores feudales —los Biandrate—, además de la validez

⁹ C. Mornese: *Fra Dolcino, Gherardino Segalello e una resistenza montanara medievale*.

de los acuerdos que los valesianos hubiesen ya firmado con otras *signorie* externas al valle. Aun así, este Tratado de Gozzano no acabó con la tradicional desconfianza de los montañeses hacia sus «protectores», que a menudo habían hecho caso omiso a las instancias autónomas, pues en el pasado, superando su rivalidad, los Biandrate, Vercelli y Novara habían ya hecho frente común contra las aspiraciones montañesas. El tratado de 1275 debería haber asegurado la paz, que en cambio quedaba ahora comprometida por la llegada de los mercenarios encargados de capturar a los dulcinianos. Pero las *vicinie* del alto valle simpatizaban con los dulcinianos, pues les habían invitado a subir al monte y los habían acogido. Es así que el obispo no contaba con una posible sublevación montañesa en defensa de los heréticos y contraria a los rastreos de los soldados: este error de apreciación hizo fracasar la expedición militar de castigo.

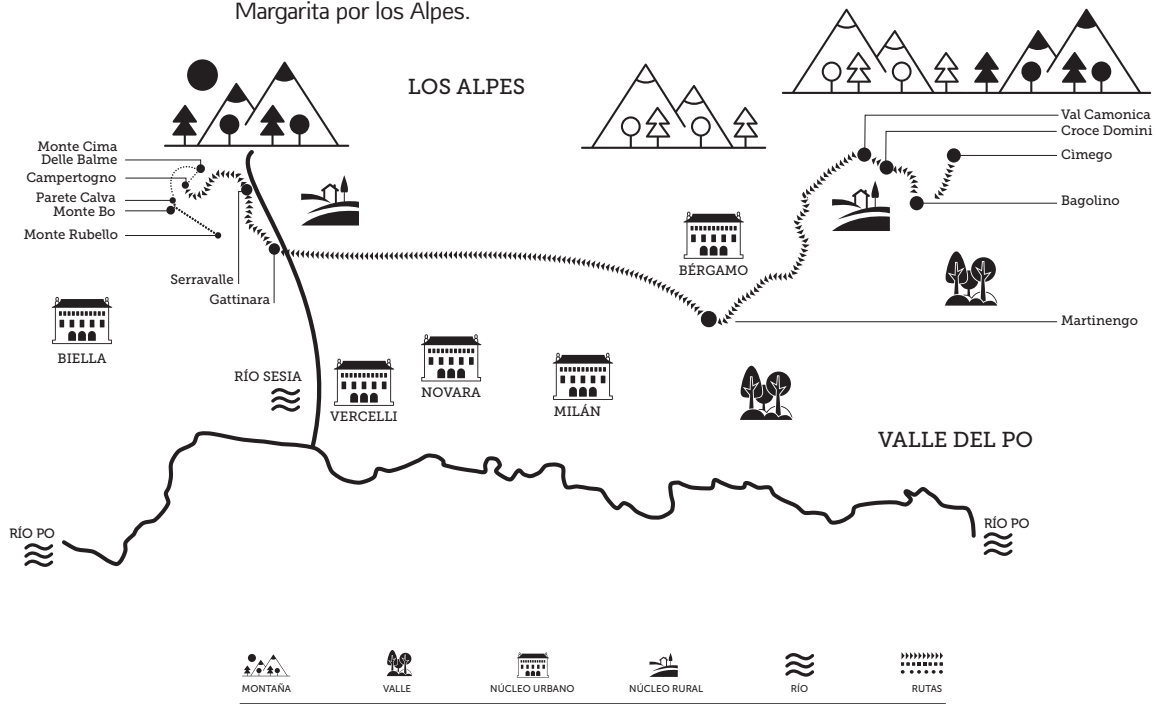
Por eso pueden distinguirse dos fases o, directamente, dos cruzadas antidulcinianas: la primera en la alta Valsesia (1305-1306), malograda; y la segunda, en el Biellese, mucho más potente y organizada (1306-1307),

Una nuova interpretazione nel dibattito contemporaneo, Millenia, Novara, 2000, caps. II, IV y V; *Eresia dolciniana e resistenza montanara...*, *ob. cit.*

con el asedio a las fortificaciones de los rebeldes en el monte Rubello, adonde se dirigieron Dulcino y los montañeses para escapar del acoso, pero esta vez sin contar con referentes locales, al contrario de lo que le había ocurrido al jefe de los apostólicos en la zona trentina —el herrero Alberto da Cimego— y en la alta Valsesia —Milano Sola de Campertogno y Federico Grampa, presumiblemente de la aldea homónima—. La tesis de Mornese se ajusta perfectamente al desarrollo de los hechos. Haremos sólo un cuestionamiento en cuanto a su insistencia en distinguir el «alto valle», decididamente alineado con Dulcino, y el «medio y bajo valle», zona que habría sido supuestamente «agnóstica», o en cualquier caso no activa en la resistencia contra la cruzada antidulciniana. Si bien es cierto que en la alta Valsesia estaba mucho más enraizado y conservado el derecho germánico —revigorizado por los lombardos, y antitético al derecho romano— debido a su afinidad con la propiedad colectiva —aguas, bosques y pastos— que constituía el comunismo natural primitivo de aquellos «vecindarios», a diferencia del bajo valle, ya recorrido por intereses mercantiles —mercado de Varallo y de Sesò, hoy Borgosesia—; no puede deducirse de eso que, en la resistencia a la «cruzada», haya habido diferencia. Al contrario, se

da la circunstancia de que en el mismo Varallo, el delegado novarés, un Brusati, fue secuestrado por los rebeldes: acción difícilmente realizable en aquellos tiempos en que se peleaba con armas blancas, sin un decidido apoyo local capaz de neutralizar a la escolta que defendía a la autoridad. Las fuentes, además, testifican que Dulcino y los suyos fueron acogidos con simpatía cuando en 1304 llegaron a las puertas del bajo valle, a Gattinara y Serravalle. Varallo, hasta principios del siglo XIX, era aún una aldea de montaña, carácter que debía de ser todavía más acentuado cinco siglos antes. En cualquier caso, es plausible que el alto valle diera un apoyo determinante a la resistencia y al consiguiente fracaso de la represión en su primera fase.

Mapa 2 | Detalle del mapa en que se ve el recorrido de Dulcino y Margarita por los Alpes.





La última resistencia, el asedio en el monte Rubello, el suplicio

Los apostólicos se instalaron en el monte Cima delle Balme, encima de Campertogno, y después, según las fuentes, hacia finales de 1305, sobre la Parete Calva, lugar inexpugnable en Val di Rasa —una zona colindante a Valsesia—. Pero, como el espacio en la cima de la Parete Calva es limitado —unos veinte metros por treinta—, se deduce que allí arriba se refugiaron sólo Dulcino, Margarita, los compañeros que les seguían desde el principio y, quizá, Milano Sola con otros jefes locales —los *abà*— y los vigías; mientras que los combatientes, es decir el grueso de los insurgentes —en la práctica, todos los montañeses del alto valle, alzados en armas—, se supone que permanecían en sus propias casas y, cuando los cruzados contratados «rastreaban» la zona, se refugiaban en barrancos y cavernas.

De este modo, los rebeldes valesianos iniciaron «una guerrilla de repentinias emboscadas y rápidas retiradas hacia el monte, donde la defensa se presentaba ventajosa y eficaz». Cayendo en acciones decididas contra los enemigos del Evangelio y contra quienes colaboraban con los invasores, saqueaban las casas de los magistrados del obispo-conde y del tiránico poder de la ciudad: así una de las primeras víctimas fue el alcalde de Varallo, Brusati, noble novarés secuestrado por los insurgentes mediante un sangriento combate y después liberado a cambio de un suculento rescate.

Pero la presión del obispado desde Vercelli-Novara se reforzaba cada vez más. Los rebeldes, obligados a huir al verse rodeados, no tenían más posibilidad de fuga que una vía lateral, pues los pasos en el sur y el norte estaban bloqueados por los cruzados. Una vez dejaron a los compañeros más débiles, los supervivientes quedaron reducidos sólo a algunas decenas. En la noche entre el 9 y el 10 de mayo de 1306, abandonan la Parete Calva para iniciar una difícilísima «larga marcha» entre «nieves altísimas, vías inexploradas a lugares inhóspitos», que sólo bajo la guía de la gente del lugar logran superar. Son, de hecho, los itinerarios seguidos por los pastores de ovejas en sus trashumancias hacia el Biellese. Si los monta-

ñeses, como pretendía la torpe historiografía clerical, hubiesen estado «en contra» de los forasteros dulcinianos, habrían tenido aquí una buena oportunidad para asaltarlos, tendiéndoles emboscadas: incluso prescindiendo de la probada falsedad de los supuestos estatutos de la fantasmagórica «liga valsésiana», sería suficiente esta circunstancia para demostrar la alianza entre locales y dulcinianos (¡hecho este que se desprende, además, de las fuentes, cuando refieren las «muchas otras personas de Campertogno y de los lugares circundantes»!). Pasando bajo la cima Bo, vuelven a descender hacia el Valle della Dolca y, desplazándose por la orografía izquierda, acceden a la bielesa Val Sessera. Suben a la «Bocchetta» de Stavello y desde aquí al monte Rubello —ahora de San Bernardo—. Están exhaustos por la inanición y la crudeza del hielo en el invierno valsésiano; se han alimentado de ratas, perros, caballos y heno cocido en sebo. Sin víveres ya de ningún tipo, deciden descender hacia Trivero para conseguir, de los enemigos allí acampados, un poco de comida. El obispo de Vercelli, Raineri Avogadro, se apresura a reforzar la zona apostando a una milicia en Mosso; sin embargo, gracias a una hábil estratagema (Dulcino libera a algunos prisioneros, haciéndoles creer que abandona el Rubello, en cambio tiende una emboscada

a los cruzados decididos a ocupar las fortificaciones abandonadas por los heréticos) esta es sorteada por Dulcino y los suyos.



Finalmente, el 7 de septiembre de 1306, el obispo obtiene del papa Clemente V la proclamación oficial de la cruzada, y solicita apoyo a los señores feudales de la parte güelfa. Rodea las posiciones heréticas con un bloqueo de las fortalezas e instala maquinaria bélica entre la cima del monte Mazzaro y el Rubello, a menos de doscientos metros de las fortificaciones dulcinianas: probablemente una ballesta gigante y un trabucco que descarga piedras enormes sobre el muro defensivo construido con piedra seca por los rebeldes. Los pueblos de Trivero, Mosso, Coggiola y Flecchia son evacuados por miedo a que se sumen a la guerrilla. En este punto hay que tener en cuenta que los mercenarios, contratados para la represión ordenada por los obispos de Vercelli y de Novara, son, según la costumbre de la época, acompañados por sus familiares; por tanto, los pueblos implicados en la contienda —primero los valesianos y, a continuación, los bieleses— son ocupados por los mesnaderos forasteros con sus fa-

milias: teniendo en cuenta las tensiones de los valesianos y bieleses con el obispado y los señores feudales en general, nos preguntamos cuáles serían las relaciones entre los habitantes y los mercenarios allí llegados. Se sabe que las milicias de ocupación nunca son deseadas por los campesinos locales. La situación —avituallamiento para la tropa, convivencia entre mercenarios y locales, temor a que los insurgentes recibiesen ayuda, que los locales se pasaran a los rebeldes— no debió de ser del todo pacífica antes de diciembre de 1306, momento en que los pueblos del Biellese oriental fueron evacuados. Obviamente, las fuentes clericales, con su constante intención de demonizar la insurgencia y hacerla aparecer como «enemiga» —hasta el punto de que, siglos después, se inventará la «liga valesiana» y sus estatutos— atribuyen la evacuación a la amenaza de los «diablos» rebeldes, los cuales hacen incursiones en los centros habitados para aprovisionarse a cuenta de las vituallas de las fuerzas represivas.



En torno a los rebeldes, toca hacer tierra quemada. Es aquí oportuno el paralelismo con la Resistencia, tan lejana en el tiempo, de 1943-1945,

por tres motivos: sobre todo, porque se trata del espíritu de libertad que siempre ha animado a los montañeses; después, porque la guerrilla de 1305-1307 no habría sido posible sin la participación y solidaridad de la población local, que también alimentó a la Resistencia en 1943-1945, y que asimismo fue empujada a ver casas y barrios en llamas, para tratar de aislar a los rebeldes. Por último, las fuentes de la contienda están todas del lado enemigo: sería como si conociéramos la Resistencia solo por las crónicas, informes y la memorialística de la República Social italiana, para la que los rebeldes eran «bandidos», ladrones, en definitiva, delincuentes que se aprovechaban de la «buena fe» de la población local.

Con la incorporación de nuevas fuerzas, la estrategia de los obispos cambia; de defensiva, en octubre-diciembre de 1306, pasa a ser ofensiva. Es ocupado el monte de la Rovella, desde donde resulta posible controlar todo el territorio circundante y favorece un ataque en «pinza» al Rubello, de nordeste a sudoeste, aunque Dulcino continúa rompiendo con fortuna el asedio, sobre todo por la noche. En noviembre, los cruzados intentan ocupar la Bocchetta (*sella*) de Stavello, pero son rechazados por los dulcianos. La batalla es muy cruenta y ambas partes sufren numerosas bajas:

el lecho del torrente es usado como fosa común, sus aguas enrojecen hasta el punto de que, a partir de ese momento, el río fue llamado *Carnasc* («Carnaccio», italianizado como «Carnasco»). La ofensiva fracasa. Durante la segunda mitad de diciembre, las edificaciones de las zonas más altas de los valles de Sessera y Mosso son incendiadas por orden del obispo Rainieri; el bloqueo a los asediados se vuelve total, impidiendo cualquier aprovisionamiento. Para Dulcino y los suyos, en diciembre de 1306 comienza el último invierno y una gran hambruna. El Anónimo Síncrono escribe en su *Historia* —que constituye la fuente más importante relativa a la contienda—:

Entonces, el obispo (Rainieri) tenía bajo control los pasos, caminos, senderos, para que no se llevase a los heréticos ningún vívere ni mercancía, ni pudiesen llegarles en modo alguno socorro ni ayuda, así algunos de ellos comían carne de perro y otras bestias, raíces, hojas y, horrible es decirlo, si alguno moría en la batalla o de alguna otra forma, el resto tomaba la carne, la ponía a cocer y la comían debido a la indigencia y al mucho hambre.

Dante ofrece una imagen precisa y eficaz de Dulcino asediado, primero en la Parete Calva de Valsesia, y después en el monte Rubello del Biellese oriental (en nuestra opinión, es precisamente a este último periodo al que se refieren las estrofas de la *La Divina Comedia*):

*Pues dile a Fray Dulcino que se avitualle,
tú que tal vez pronto verás el sol,
si no desea unírseme aquí, quemado,
que se procure viveres, pues las nevadas
darán paso a la victoria del novarés
que de otro modo no le sería fácil conquistar.¹*

Esta referencia dantesca es muy importante, pues demuestra —contra algunas tendencias revisionistas recientes, cuyo objetivo es negar que se hubiesen librado auténticas batallas contra Dulcino— la importancia de aquella contienda, cuyos ecos llegaron a zonas tan alejadas como la Toscana: por primera vez en la historia moderna, los cristianos fieles al

¹ Dante Alighieri: *La Divina Comedia*, Infierno, canto XXVIII, pp. 54-60.

Evangelio no aceptaron humillantemente su persecución, sino que confluieron en una rebelión contra el poder. Los obispos confiaban como arma propia, más que en sus propias milicias, en la ayuda del clima y la naturaleza; a partir de diciembre de 1306, vendrían tres meses de acuciante asedio, frío y hambre.



Fue el 23 de marzo del 1307, día de la Cena del Señor, cuando los cruzados lanzaron el ataque decisivo. La cruenta batalla, en esta segunda ocasión, tuvo lugar en el llano de Stavello: sería necesaria una jornada entera para que mil cruzados consiguieran vencer a unos pocos centenares de hombres y mujeres desnutridos y debilitados por el largo invierno, que incluso así conservaban una extraordinaria capacidad de resistencia —enésima prueba de que se trataba de montañeses diestros en la adversidad y la dureza de la vida alpina—, y que luchaban con la convicción de que Dios les ayudaría. Muchos de aquellos vigorosos defensores fueron masacrados; los prisioneros, entre ellos Dulcino, Margarita de Trento y Longino de Bérgamo, fueron llevados el sábado santo al castillo del Piazzo, en Biella, ante el obispo Rainieri.

Este los mandó custodiar con mucho cuidado, encadenándoles los pies, las manos y el cuello, a la espera de que el sumo pontífice romano, es decir Clemente V, ordenase qué hacer, y con tal fin le había enviado cartas y embajadores. Después de tres meses [...], el papa ordenó que los prisioneros, por lo mucho que se habían degenerado, recibieran su merecido. Entonces el obispo, convocando a un gran número de prelados, religiosos, clérigos y laicos expertos en derecho, tras haber deliberado según la praxis y con astucia, entregó al brazo secular a Dulcino, Longino y Margarita de Trento, y esta fue quemada en una alta columna sobre la orilla del Cervo, colocada allí especialmente para que la viera todo el mundo. Fue quemada en presencia y bajo la mirada de Dulcino. Seguidamente, él y Longino fueron colocados sobre unos carros, y junto a ellos cubos conteniendo fuego, para volver incandescentes las tenazas y quemar sus carnes. Una vez que los verdugos les hubieron desgarrado las carnes con los hierros incandescentes y lanzado a pedazos en el fuego, fueron paseados por varias calles, para que el castigo se hiciese más pesado y largo [...]. Estas penas fueron

impuestas a Dulcino y a Longino en localidades diferentes, es decir, al primero en Vercelli paseándolo por las calles, callejones y plazas de la ciudad entre los sufrimientos y las torturas descritas; Longino, en cambio, en Biella. Aun así, ninguno de ellos, ni siquiera Margarita «la hermosa», quiso jamás convertirse, ni rogárselo ni por dinero ni de cualquier otra manera, al Señor Jesucristo y a la auténtica fe católica. Y miserable y pertinazmente en su obstinación y dureza de corazón murieron.²

Fray Benvenuto de Ímola, en su *Comento alla Divina Commedia*, que constituye junto con la *Historia*, los *Processi bolognesi* de 1299 y los *Processi trentini* de 1333, una de las fuentes más importantes (escrita alrededor de setenta años después del suplicio de Dulcino y Margarita), confirma la crónica del Anónimo, añadiendo algún detalle:

Dulcino [...] a pesar de que los grandes maestros intentaron

² Anónimo Sincrono: *Historia*. Esta fuente fue traducida y reproducida por R. Orioli: *Fra Dulcino...*, *ob. cit.*, pp. 91-213.

convencerlo, larga e insistentemente, no quiso en absoluto retractarse de su error. Por eso, como manda la justicia, fue paseado por la ciudad y dolorosamente desgarrado con tenazas incandescentes, que le arrancaban la carne, lacerándola hasta el hueso. Los presentes contaron —y esto es algo realmente chocante— que él, entre tantas y tan atroces torturas, no cambió nunca la expresión del rostro, excepto una vez en que le amputaron la nariz, porque se tensaron un poco sus hombros; y cuando, cerca de la puerta de la ciudad, conocida como Pinta, le amputaron el miembro viril, lanzó un gran suspiro apretando las fosas nasales. Habría podido ser definido como mártir si, para crear el martirio, fuese suficiente el suplicio y no el aprendizaje del supliciado. Incluso entre los tormentos, continuamente exhortaba a su Margarita, por mucho que ella no estuviese allí, a ser perseverante. Y ella, pervertida por sus enseñanzas, a pesar de la natural fragilidad de su sexo, se mantuvo perseverante y aún más tenaz que él. De hecho, aunque muchos nobles la solicitaron como esposa, ya fuese por su gran belleza ya por sus enormes riquezas, nada consiguió que cediese. Por esto,

condenada a la misma pena que su dulce Dulcino, lo siguió llena de coraje al infierno. Fue un nieto del médico de Dulcino, Rinaldo de Bérgamo, quien me contó tantas cosas acerca de este hombre.

Dulcino fue quemado en la hoguera el 10 de junio de 1307, «sobre la confluencia del torrente Cervo con Sesia [localidad que hoy se sitúa por donde corre el Cervetto, entre la catedral y el castillo], en las cercanías del castillo»; Margarita, sobre la orilla del Cervo, en presencia de Dulcino, que la vio arder (pero, según una tradición local, en cambio, el suplicio ocurrió en Biella, en el mismo lugar donde fue quemado Longino); Longino Cattaneo, en la isleta del Cervo, a su paso junto al camino de Tolegno, correspondiente hoy a una localidad llamada Ponte della Maddalena.



La «gran bruja» a la hoguera: Margarita de Trento

Margarita, la compañera de Dulcino, merece toda nuestra atención, como figura emblemática a la hora de recuperar a la mujer, tradicionalmente relegada a una posición subalterna, al destino limitado del ámbito familiar, y a su consideración como «fuente de pecado» y, por tanto, impura.

La primera aparición de Margarita puede encontrarse en la segunda carta de Dulcino a los fieles, en diciembre de 1303, desde Cimego, cuando es citada después del propio Dulcino; debía de tener una fuerte personalidad, puesto que los fieles la aceptaron de forma natural, pacíficamente. Aunque algunos eruditos han especulado otros lugares de origen, los *Processi bolognesi* la definen inequívocamente como Margarita «de Trento»; hay quien la ha tenido por noble, de la familia Terzi de Parma, otros sitúan su

linaje en la familia Trancz, apellido muy difundido en la zona trentina. Muchos escritores relatan que Margarita habría sido una monja de la orden de los Humillados, del convento de Santa Caterina de Trento, donde habría sido seducida y empujada a la huida por Dulcino, procurador de dicho convento. En realidad, en Trento no existía ningún convento humillado de Santa Caterina, ni las fuentes dan fe de la presencia de Dulcino en esa ciudad. Entre los diversos testimonios y las muchas fantasías, la indicación más fiable se encuentra en los *Processi trentini*: en fecha del 31 de diciembre de 1333, don Bonisegna, hijo del difunto Odorico de Arco, en la diócesis de Trento, dijo que veintiocho años antes había hospedado en su casa a Dulcino, porque parecía «un hombre bueno, decía hermosas palabras, comentaba la Biblia y los Evangelios». Un día, sin que él supiese nada, su hermana Margarita, junto con otros cuatro jóvenes y algunos hombres de la zona, huyó con los apostólicos. Cuando se supo que Dulcino había sido inquirido y quemado, también don Bonisegna fue condenado por el inquisidor fray Aiulfo de Vicenza al pago de una fuerte multa. En Padova, donde se había instalado como estudiante, don Bonisegna escuchó que su hermana Margarita,

... más de veinte años atrás, había sido capturada en Novara y llevada con otros a la hoguera; pero hacía sólo dos años, Rubeo Aselli de Bolognano d'Arco, le dijo que había visto a Margarita en Vicenza, que se hacía llamar María, y estaba emparejada con un oficinista y tenía un hijo de unos quince años, aprendiz de zapatero. Habían hablado y ésta afirmaba ser hermana de Bonisegna, estar bien vista por los inquisidores y haber estado en prisión durante tres años, para después ser liberada, y de tales hechos poseía tres documentos. El testigo confió a algunas personas el encargo de investigar sobre ella y de confirmar si existían pruebas de que se trataba realmente de la hermana, preguntando por ejemplo sobre el padre, sobre la madre, las hermanas y hermanos, sobre la época en que vivía en Ledro y en Arco; por las respuestas que ella dio, tuvo la convicción de que su hermana estaba viva. Aun así, don Bonisegna todavía no la ha vuelto a ver, ni tiene prisa por hacerlo porque por su culpa él cayó en la ruina. Pero, si fuese verdad que la Iglesia la ha perdonado, la volvería a ver con mucho gusto.¹

¹ R. Orioli, *Fra Dolcino...*, ob. cit., pp. 206-210.

Una de dos, o se trata de un caso de homonimia, es decir la hermana de don Bonisegna no era la Margarita que acompañó a Dulcino en la contienda épica; o las fuentes que nos dan noticia del suplicio en la hoguera son falsas. En realidad, existe una tercera hipótesis: el testimonio de Bonisegna no es fidedigno y la hipótesis más realista es la que sigue. Es comprensible el interés del testigo por afirmar que la hermana había sido perdonada, y con ello cancelar la deuda con el pasado; desde luego, no es una posición cómoda la de ser el hermano de una célebre hereje y perder por tanto la parte de la herencia destinada a la hermana, pues le habría sido confiscada.

Las fuentes discrepan en cuanto al desenlace de los hechos, pues vemos que, entre los escritores que se han ocupado del caso, existen dos «filones»: uno se guía por la *Historia* del Anónimo Sincrono, con quien Gui se relaciona, y que muestra a Margarita como supliciada y muerta antes que Dulcino; la otra, que surge de Benvenuto de Ímola, sitúa la muerte de Margarita tras la del heresiarca. Gui es, además, el único que nos da la noticia de que Margarita estaba embarazada. Dichas discrepancias contrastan con las precisas indicaciones relativas a Dulcino y a Longino Cattaneo, y podrían ciertamente hacernos dudar sobre la veracidad de la

condena. En último extremo, los inquisidores habrían podido encarcelar a Margarita y salvarla, escribiendo igualmente sobre su suplicio en la hoguera para asustar, mediante el ejemplo histórico, a cualquier simpatizante de la herejía. Pero, frente al testimonio coral de las fuentes y a la memoria popular, resulta muy difícil dar por válida esta hipótesis y recuperar así la extraña afirmación de don Bonisegna de Arco, hermano de Margarita.



Los movimientos heréticos constituían una liberación para la mujer, porque predicaban, organizaban reuniones y encuentros en los que éstas podía participar activamente: esto es válido tanto para los cátaros como para los valdeses, los pobres lombardos, las beguinas y los grupos del Libre Espiritu. Por las fuentes, sabemos que Margarita era bonita («Margarita la hermosa» la define el Anónimo Sincrono, y de una *pulcritudinem immensa*, dirá Benvenuto de Ímola; el Anónimo florentino la define en este sentido como una «de las mujeres más hermosas del mundo»). Pero ella no era sólo eso, era importante como «mujer de Dulcino», y tuvo que ser una «cabeza pensante», si el inquisidor mayor Bernardo Gui detalla:

«Con Dulcino fue capturada Margarita, no sólo herética sino también maléfica, su consorte en la perfidia y en el error»; por tanto, colaboradora y corresponsable en la herejía: si hubiese sido solamente una mujer guapa, los inquisidores habrían planteado las cosas de forma diferente, como Orioli nos señala con acierto.

La tradición popular pone de manifiesto la fortaleza de carácter y el coraje de Margarita, colocándola, casi antes que al propio Dulcino, como guía de los rebeldes perseguidos por las montañas: en el trayecto desde la Rassa a la Parete Calva, hay que atravesar el río a través de un empinado barranco, conocido como *varca monga*, es decir «paso de la monja», pues, mientras los apostólicos se habrían detenido y tuteaban, ella habría pasado la primera, dando ejemplo.

La fidelidad hacia Dulcino, la inquebrantable fe en las ideas apostólicas, la fuerza con la que «a pesar de la natural fragilidad de su sexo» animó por entero la última fase de la contienda dulciniana han hecho de Margarita un personaje épico, una heroína símbolo de la reivindicación femenina y del desafío contra la Iglesia romana. Esta no tardaría en llevar a la hoguera a muchas mujeres, a las que tomó astutamente como punto focal de la

resistencia campesina, de la «otra» cultura, que se resistía a morir. Las brujas han sido descritas como repugnantes hechizeras; pero aquella a la que podríamos denominar como «la gran bruja» fue una mujer bellísima. A menudo se trataba de mujeres jóvenes, llenas de gracia, «afeadas» y «envejecidas» por una Iglesia enrocada en decrepitas estructuras de poder, sumida en la lujuria y en la peor codicia. Incluso si a los historiadores estrictos les molesta este épico rescate de Margarita, a nosotros no nos parece vacío de significado el hecho de que la poesía se haya apoderado de su figura y que la memoria de clase la haya reconocido como símbolo de rescate y como desafío permanente a la cultura de las clases dominantes.²

En el recuerdo popular de Margarita, que no se ha apagado después de tantos siglos, permanecen la fuerza, el coraje, el espíritu de sacrificio, la inteligencia y la humanidad de todas aquellas

² De entre los poetas, baste con recordar a uno de los mayores exponentes de la literatura suiza en lengua alemana, Conrad Ferdinand Meyer (1825-1898), que dedicó a Margarita uno de sus poemas más significativos: *Die Ketzerin* (La hereje).

*mujeres apostólicas que no se han rendido a la violencia del poder, de muchas de las cuales no conoceremos nunca su nombre.*³

Junto a Margarita al menos una sí es recordada, Bartolomea, llamada también *Bona*, hija de Petro Rubey, eremita de Savigno, que elaboró una teología propia: no creía en «la santidad de la Virgen ni en la función salvadora de la virginidad ni en el valor del ayuno», y en sus declaraciones a los inquisidores «escupe una extraña mezcla de fanatismo religioso y materialismo». Marchándose del eremitorio de Roffeno con otros apostólicos, se instaló en una ermita, donde vivió desde 1301 «según el estilo de vida de aquellos a los que vulgarmente se les conoce como apostólicos», y exaltaba a Dulcino «santo e iluminado, futuro papa», y desafiaba a los predicadores y a los menores, en cuanto «enemigos de la verdad»; sus prédicas son «pérdida de la salvación y devoran a quienes las siguen en el camino de la perdición». Subirá a la hoguera el mismo año que Dulcino,

³ C. Mornese: «Le donne nella rivoluzione apostolica», en *La Rivista Dolciniana*, n.º 0, diciembre de 1993, pp. 22-23; ahora también en Centro di Studi Dolciniani (a cargo de C. Mornese): *Fra Dulcino e gli Apostolici, tra eresia, rivolta e roghi...*, ob. cit., pp. 198-210.

testimoniando, de un modo extremadamente moderno, que Dios es antes que nada liberación.⁴



Si la poesía ha rendido un conmovedor homenaje a Margarita,⁵ la fantasía popular se ha apropiado tanto de ella como de Dulcino y la ha recuperado incorporándola a la mitología alpina. Los elementos característicos de la tradición mágica septentrional, en las zonas en que se desarrolló la rebelión montañesa guiada por los apostólicos, se vuelven en la práctica «dulcinianos». Así, la «procesión de los muertos», de las «almas errantes»

⁴ Sobre Bartolomea Rubey de Savigno, véase «Acta Sancti Offici Bononia», en *Fonti per la Storia d'Italia*, n.º 106, Roma, 1982 (a cargo de L. Paolini y R. Orioli), pp. 368-369, 522-523, 587-592, 595, 623-624, 683-686, 691, 697 y 712. Véase también R. Orioli, *Venit perfidus heresiarcha...*, *ob. cit.*, pp. 197-204.

⁵ Es memorable también el soneto del poeta bielés Giuseppe Giorgio Mossa (1874-1925): «In montibus sanctis», extraído de la recopilación póstuma *Poesias*, Amosso, Biella, 1926, y publicado con el soneto «Per il VI centenario del supplizio di fra Dolcino», de Tavo Burat en *Sonetti a Dolcino e Margherita*, en *La Rivista Dolciniana*, n.º 8, julio-diciembre de 1996, p. 3.

—presentes en las leyendas de toda el área celta— se convierten aquí en la de los *gàser* o *sgars* (*gazzari*, en italiano, era un apelativo usado también para denominar a los *pauperes Christi*),⁶ espíritus que vagan entre las ruinas de los macizos y las cimas donde se desarrolló la extrema resistencia valesiana y bielesa, y que se agitan durante terroríficas tormentas, como cuando, en 1839, se inauguró el pequeño santuario dedicado a san Bernardo, en la cima del Rubello, en el lugar de la capilla que, desde 1307, celebraba la victoria de los cruzados. La procesión nocturna de los muertos (*Nachsstar*), el ejército furioso (*Wuotíshee*) y la caza salvaje, tan conocidas para las tradiciones populares suizas, se vuelven aquí el ejército de Dulcino. Sobre el monte Bo, existe una «plaza de armas», donde las brujas celebrarían sus aquelarres, presididas por una misteriosa «dama del Bo». Este personaje mágico es con toda seguridad la divinidad femenina, llamada en otras ocasiones Diana, Herodias, Holda, Perdita o Abundia, relacionada con los cultos a la fecundidad; el propio monte Bo se alza

⁶ El término *gazzaro*, casi con toda seguridad transformado por una vulgarización de «cátaro», pasará, sobre todo en el área valesiana, a designar cualquier aspecto relacionado con la brujería, y se llamará *gazzare* a los aquelarres. (*N. del T.*)

entre los lugares dulcinianos... Margarita, a la cabeza de toda su turba de *gazzari* durante los huracanes veraniegos, participa en el Biellese oriental con toda seguridad de aquel mito.



La «doctrina» del movimiento apostólico dulciniano

Bernardo Gui es la única fuente a la que podemos recurrir para conocer cuál era el pensamiento rebelde, que el mencionado inquisidor resume en veinte puntos:

Estos son los errores sostenidos por Gherardino Segalello, herético, condenado y quemado en la hoguera, y de Dulcino de Novara, su sucesor, tal como aparecen en la confesión del susodicho Gherardino y de los discípulos de Dulcino que después se convirtieron a la fe y regresaron a la obediencia de la Iglesia romana:

1) Primero de todo afirman que toda la autoridad dada por Jesucristo a la Iglesia romana ha terminado debido a la malicia de los

prelados, y que esa Iglesia, que está gobernada por el papa, los cardenales, los clérigos y los religiosos, no es la Iglesia de Dios, sino una Iglesia malvada, incapaz de traer fruto alguno.

2) La Iglesia romana es aquella meretriz que apostató de la fe en Cristo y sobre la cual escribió Juan en el Apocalipsis.

3) Todo el poder espiritual que Cristo confirió inicialmente a la Iglesia ha pasado a la secta de los «apóstoles», congregación espiritual escogida por Dios y enviada en estos últimos días, y ellos y nadie más tienen el poder que tuvo el bendito apóstol Pedro.

4) Gherardino Segalello de Parma, quien fue el primer guía de la secta, como así afirma Dulcino, fue la nueva planta nacida de la raíz de la fe, a través de la cual Dios empezó a reconducir a su Iglesia hacia la salvación, vida y pobreza de la Iglesia primitiva, en aquel estado en que Cristo la confió al bendito apóstol Pedro.

5) Sólo los «apóstoles» forman la Iglesia de Dios y se encuentran en aquella perfección en la que estuvieron los primeros apóstoles de Cristo, por tanto no deben obedecer a ningún hombre, ni al sumo

pontífice, ni a otros, porque su regla, que deriva directamente de Cristo, es fuente de libertad y perfectísima vida.

6) Ni el papa, ni ninguna otra autoridad, puede forzarles a abandonar semejante estado de perfección y no pueden ser excomulgados.

7) Cualquiera puede entrar en su secta: el hombre casado sin el consenso de su mujer y viceversa, y así también cualquiera puede abandonar el estado matrimonial e ingresar en su orden; ningún prelado de la Iglesia puede anular el matrimonio, pero ellos sí pueden.

8) Ninguno de los «apóstoles» puede pasar a otra orden sin cometer por ello un pecado mortal y descender de un estado de perfectísima vida a una menos perfecta.

9) Nadie puede ser salvado ni entrar en el Reino de los Cielos si no forma parte de su secta, pues afuera de este estado y de esta orden nadie será salvado.

10) Todos aquellos que les persiguen pecan y se encuentran en un estado de perdición y destrucción.

11) Ningún papa de la Iglesia romana puede absolver de los pecados si no es santo como lo fue el bendito apóstol Pedro, viviendo en

absoluta pobreza, sin ninguna propiedad y humildemente, sin hacer la guerra, ni persiguiendo a nadie, sino permitiendo a cualquiera vivir en su propia libertad.

12) Todos los prelados, grandes y pequeños, desde el tiempo de Silvestre, tras haber abandonado el modo de vida de los primeros santos, son prevaricadores y seductores, excepto el fraile de Morrone, que se convirtió en el papa Celestino.

13) Todas las órdenes de religiosos, sacerdotes, diáconos, subdiáconos y prelados lo son en detrimento de la fe católica.

14) Los laicos no están obligados ni deberían dar el diezmo a ningún sacerdote de la Iglesia romana que no esté en aquella perfección y pobreza en la que estuvieron los primeros apóstoles, por eso las décimas sólo deben ofrecerse a los «apóstoles», que son los «pobres en Cristo».

15) Un hombre y una mujer pueden, estando desnudos, yacer libremente en el mismo lecho y tocarse libremente en cualquier parte del cuerpo e intercambiarse besos sin cometer por ello pecado; y unirse carnalmente con una mujer, si se está motivado a hacerlo para que cese la tentación, sin que sea pecado.

16) Yacer con una mujer y no unirse con ella carnalmente es una empresa más grande que resucitar a un muerto.

17) Es más perfecta una vida sin voto que con voto.

18) Una iglesia consagrada no es mejor, para rezar a Dios, que un establo de caballos o de cerdos.

19) Se puede adorar a Cristo en el bosque tan bien como en una iglesia, e incluso mejor.

20) Por ningún motivo, ni en ningún caso, se debe jurar, si no es por los artículos de fe o por los preceptos de Dios, y se puede esconder todo lo demás; y aunque se jure decir la verdad estando frente a los inquisidores, no se está obligado a revelar la propia doctrina, ni se está obligado a defenderla con la palabra, pues basta con mantener la fe dentro del propio corazón. Si, aún con todo, se ve uno obligado bajo amenaza de muerte a jurar, entonces se debe jurar sólo de palabra, desdiciéndonos interiormente. Para escapar al poder de los inquisidores es lícito, sin caer por ello en pecado alguno, mentir y negar la verdad de palabra, pues esta puede mantenerse a salvo dentro del propio corazón, y se debe responder

*negando para así salvarse cueste lo que cueste. Si, aún con todo, no se consigue escapar a la muerte, entonces, en ese caso, se debe abiertamente profesar y defender la propia fe y morir por ella con espíritu de abnegación, pero sin revelar el nombre de ningún compañero o persona solidaria.*¹

Es necesario aclarar que casi todos estos principios son comunes a los movimientos pauperísticos medievales, los cuales se caracterizaban acentuando algunos de ellos. Por ejemplo, el tema de la libertad sexual era particularmente afirmado por el movimiento del Libre Espiritu, que en la historia aparece contemporáneamente a la difusión de los dulcinianos, durante los primeros años del siglo XIV. El Libre Espiritu, realizando a Dios en el ser humano, lo libera de la «cadena» de pecado y de perdón que intoxica su existencia, rescatándolo de cualquier dependencia y temor, reconquistando la virginidad natural que no conoce el «pecado original», tan útil al poder para acomplejar a la humanidad. Pero los apostólicos no llegan a un planteamiento tan radical —el «amor libre»—, aunque sí

¹ R. Orioli: *Fra Dolcino...*, *ob. cit.*, pp. 124-126.

con mucha probabilidad el matrimonio fue suspendido entre ellos, porque reduce a la mujer a objeto de apropiación individual. Y, aun así, los apostólicos acabarán por asimilarse con las beguinas y los begardos,² cuya referencia era, precisamente, el Libre Espiritu. Sin duda, el pecado sexual queda desdramatizado, pues quien peca es aquel que rompe el pacto de alianza con Dios, explota al prójimo y se apropia de los bienes comunes, contradiciendo el gran mandato: «No tenéis otra deuda más que amaros los unos a los otros; porque quien ama al prójimo ha cumplido la ley» (Romanos 13: 8) y: «El amor no hace daño alguno al prójimo; el amor, por tanto, es cumplimiento de la ley» (Romanos 13: 10). Segalello y Dulcino decían que «un hombre y una mujer pueden, estando desnudos, yacer

² Beguinas y begardos fueron comunidades cristianas de personas laicas, en un principio de mujeres y después también de hombres, que se dedicaban a la caridad y a tareas intelectuales, a la vida activa y contemplativa. Son propias de toda Europa pero, sobre todo, de los Países Bajos y Alemania. Se originaron en el siglo XI, encontraron su apogeo en el XII y el XIII, y desaparecieron en el siglo XVIII. Estaban formadas por personas que, al contrario que los monjes y monjas, no realizaban votos y podían cambiar de vida si así lo deseaban, no estaban sujetas a reglas o jerarquías. Papas, obispos y la Inquisición entraron en conflicto con ellas, reprimiéndolas a menudo, y trataron de integrarlas en órdenes bajo su supervisión. (*N. del T.*)

libremente en el mismo lecho [...] y unirse carnalmente [...] para que cese la tentación, sin que sea pecado», y que «yacer con una mujer y no unirse con ella carnalmente es una empresa más grande que resucitar a un muerto»: estas afirmaciones, que parecen atrevidas y cuanto menos extrañas, en realidad evidencian un concepto evangélico: «Bendito el hombre que soporta la tentación, porque cuando sea puesto a prueba recibirá la corona de la vida» (Carta de Santiago 1: 12).

Hay que tener en cuenta dos factores, uno de carácter ideal y el otro de orden práctico. Lo cierto es que todos los movimientos heréticos han reaccionado contra la demonización de la mujer, típica del catolicismo romano; los mismos cátaros, incluso rechazando todo aquello que fuese «corporal», material, tenían a la mujer en una altísima consideración. Estos principios son llevados a la práctica por aquellas «perfectas» de las que la historia registra testimonios ejemplares, con opciones de vida inspiradas en la fe, la pureza y el coraje; pero también por la influencia que la poesía trovadoresca occitana ha tenido en la literatura románica europea, comenzando con el *dolce stil novo* inspirado por y para la «mujer angelical», cuya concepción impregna a la Beatriz dantesca de su función salvadora.

Pero existía también un motivo práctico: las persecuciones, los refugios provisorios y precarios en establos, bosques y cuevas hacían necesaria la promiscuidad, debiéndose superar reticencias y tabús derivados de la religión oficial, para hacer posible la vida de unos junto a otras, confiando en el autocontrol y en el respeto mutuo. Del culto cántaro de la castidad, al postrero «no-ser» del pecado sexual: este camino vincula a los apostólicos con los espirituales, los valdeses y los begardos.³

La vida nómada de los apostólicos, y del resto de seguidores de los movimientos pauperísticos en general, valoraba también la elección de ultrapasar los recintos de lo sagrado («Se puede adorar a Cristo en el bosque tan bien como en una iglesia, e incluso mejor»; «Una iglesia consagrada no es mejor, para rezar a Dios, que un establo de caballos o de cerdos»), en una clave que calificaríamos de extremadamente moderna y, al mismo tiempo, fiel a la sensibilidad de la Iglesia primitiva,

³ Por «espirituales» se refiere a los franciscanos espirituales, quienes abogaban por una aplicación estricta de la regla de san Francisco en cuestiones como la pobreza de la Iglesia, y fueron condenados en 1318 por el papa Juan XXII. Los valdeses son los seguidores de Valdés de Lyon, véase nota 1, p. 37. (*N. del T.*)

dado que Jesús era un itinerante, un nómada: el Evangelio documenta sus continuos desplazamientos, sus muestras de actividad fuera del templo, en las calles, desafiando así al gran sacerdote, a los escribas y a los fariseos, que le tendían trampas ideológicas para que se equivocara y quedase desacreditado. El lugar en el que se da testimonio de Cristo no es el convento, sino la vida, el mundo; toca ser cristianos en el mundo, estar involucrados en los conflictos de la época, predicar el Evangelio interactuando en el contexto social que, durante el período final de su aventura, coincidió con la rebelión antifeudal de los habitantes de Valsesia. Los dulcinianos se tomaron en serio la palabra de Cristo, que la Iglesia y sus sacerdotes habían amansado para su propia conveniencia, cuando no directamente abandonado o contradicho, pues la iglesia de los poderosos no había escogido al «Cristo pobre» montañés, sino el camino de los potentados. El Evangelio es un mensaje de liberación, para predicarlo hay que ser libre y desobedecer —en nombre de Dios— a los representantes de Dios que pretenden tener el monopolio de la representación, ser la voz: un Dios «secuestrado» —que no está nunca, porque quienes están son siempre sus represen-

tantes— y que los supuestos heréticos restituyen a la gente, que de otra forma estaría desesperada, es decir privados de esperanza.

Vivir como los apóstoles significa vivir en libertad para liberar; sin ningún vínculo, ni siquiera una casa. Más aún que el sedentario, el nómada va donde le lleva el viento del Espíritu. No es el orden consagrado lo que cuenta, sino el mérito: los indignos sacerdotes se colocan de manera ilegítima como intermediarios entre Dios y los fieles. El anuncio profético guarda implicaciones sociales, porque se refiere al advenimiento de un Reino que no puede esperarse pasivamente, pues requiere esfuerzo, credibilidad, participación; toca colaborar con Dios puesto que este tiene «necesidad de las personas». El mensaje evangélico no queda restringido a una dimensión individual ni interior: su significado original es el de la liberación total (Dios «liberó al pueblo» de la maldad egipcia y de la babilónica) y el ágape tiene así una dimensión social. Los problemas de los demás tienen prioridad, puesto que lo importante no es «mi» salvación, sino el bienestar común, el fin de una sociedad dominada por los malvados y los prepotentes, y el inicio de la era en la que triunfará el Espíritu en la justicia, la igualdad y la libertad.

Es bien cierto que existían simpatizantes de los apóstólicos en todos los estratos sociales; que Margarita procedía de una familia acomodada — como seguramente el propio Dulcino — y quizás incluso noble; que con ellos se encontraban *militēs et divites*, y que comerciantes y artesanos organizaban colectas para financiar el movimiento; pero también es cierto que la comunidad más comprometida, los «itinerantes» — equiparables, si queremos, a los «perfectos» del catarismo — habían animado, desde el momento en que partieran del Trentino, a una «comuna» en todo similar a la descrita por la Iglesia primitiva en los Hechos de los Apóstoles. En ninguna de las fuentes que se refieren al movimiento apóstólico, encontramos la secreta intención de enriquecerse a expensas de las clases pudientes, pero en su crónica fray Salimbene nos cuenta que el Segalello gritaba a quienes pasaban:

«¡Pasaos también vosotros por mi viñedo!» [...] Aquellos que venían de la montaña y no lo conocían, entraban en el viñedo y comían uvas, convencidos de estar autorizados por el legítimo propietario.

Según Salimbene se trataba de una instigación al robo fruto de la locu-

ra. En cambio, era una provocación destinada a demostrar la posibilidad de la comunión de los bienes o la imposibilidad de la propiedad privada. La comunidad apostólica era —al menos durante el periodo segalelliano y, en el dulciniano, tras la fuga del Trentino— un testimonio explícito y concreto de sociedad radicalmente alternativa respecto de aquella estructurada jerárquicamente, fundada en la riqueza y la propiedad privada; no se trataba, por tanto, de hipótesis teóricas o de pacientes y resignadas esperas del Reino, sino de una práctica, que constituía un desafío social, que la autoridad religiosa y la laica no podían soportar. El franciscanismo había sido domesticado hasta el punto de reducir a su fundador a un santo inofensivo que predicaba a los peces y a los pájaros, y a sus seguidores a instrumentos de la despiadada Inquisición. Pero los *fraticelli*, valdeses, apostólicos, begardos del Libre Espiritu recuperaban, con todas sus implicaciones sociales, el auténtico mensaje del «pobrecillo» de Asís. Es mérito de Mornese, en el trabajo ya citado, el haber alumbrado la originalidad del movimiento apostólico, que constituye una síntesis de los diversos elementos teóricos existentes —aunque no juntos— en los movimientos heréticos del Medievo: elección pauperística rigurosísima, igualdad en-

tre mujeres y hombres, relación directa con Dios y sacerdocio universal, abolición de los recintos sagrados, itinerantismo, prácticas comunitarias. En esta estructura teórica segalelliana, Dulcino introdujo una reelaboración de la teoría joaquinista de la historia: la cuarta era, que se añade a las tres de Joaquín, no es sólo «una era más», sino que, mientras las dos primeras representaban el desarrollo y la tercera la decadencia, la cuarta y última constituye la redención final. La aparición en la profecía del «nuevo Federico» y del «papa angélico» transforman el planteamiento escatológico en ansia de inminencia, convirtiendo al movimiento apostólico en especialmente peligroso a los ojos de la Iglesia romana.



Finalmente, Dulcino se caracterizó por la resistencia solidaria con las comunidades montañosas, amenazadas por la expansión de la llanura metropolitana, por la prepotencia de los obispos y por un orden jurídico totalmente ajeno a la civilización alpina.

Ciertamente, la especificidad de los dulcinianos —incluso respecto a los apostólicos segalellianos— se encuentra en la lucha armada: ningún

movimiento herético del Medievo había osado, hasta aquel momento, empuñar las armas en nombre de Cristo. Consideramos, en la línea de Eugenio Duprè Theseider,⁴ que la lucha armada dulciniana tuvo un carácter «involuntario», constituyendo un episodio «sin conexión alguna con las enseñanzas y los objetivos de los apostólicos»; por tanto, «aquello que es realmente interesante, aunque poco advertido, es la doctrina (de Dulcino), expresión modesta quizá, pero sincera, del ardiente anhelo que atraviesa su tiempo», es decir la aspiración a una absoluta «conformidad con el Cristo» y a una «más radical y consecuente práctica del mensaje evangélico», en un ambiente hecho realidad gracias a la confianza en el advenimiento de una nueva era. Como ya hemos afirmado anteriormente, la guerrilla fue llevada a cabo por los montañeses, mucho más habituados al uso de las armas y excelentes conocedores del territorio. Dulcino confluuyó con los suyos, y la caracterizó y guió, dado el carisma que las fuentes le reconocen.

⁴ E. Duprè Theseider: «Fra Dolcino. Storia e mito», en *Bollettino della Società di studi valdesi*, a. XLVII, n.º 104, 1958, pp. 5-25.



La Biblia, fuente de anarquía: la «larga cadena de sublevaciones cristianas»

Las hogueras en que ardieron Dulcino, Margarita y Longino no marcan el fin del movimiento apostólico. En 1310, el sínodo de Treviri, en Renania (Alemania occidental), confirma la condena a los apostólicos; durante los años 1332 y 1333, se llevaron a cabo procesos contra sospechosos dulcinianos en el Trentino; en 1368, el sínodo de Lavaur renueva la condena a los apostólicos; en 1374, el sínodo de Narbona, en Occitania (Francia meridional) sanciona la última condena oficial. El propio fray Benvenuto de Ímola, en su *Comentum* dantesco, escrito aproximadamente setenta años tras la muerte de Dulcino, afirma:

En las montañas de Trento, donde Dulcino dio comienzo a su herejía, permanecen aún algunos seguidores escondidos en lugares secretos, según la costumbre de los religiosos llamados dulcinos.

Causas «materialistas», combinadas con la potencia de la «buena nueva», crearon una mezcla explosiva en los valles del Sesia y del Sésera, pero no eran más que una parte de la «larga cadena de sublevaciones de la plebe cristiana».

En 1340-1344, Jean de la Roquetaillade,¹ franciscano «radical» (como Gherardino Segalello) predica en Occitania el advenimiento de una sociedad libre e igualitaria en la comunión de los bienes y profetiza, igual que Dulcino, el advenimiento del Reino. Cincuenta años después del suplicio de Dulcino y Margarita, y gracias a la intervención de un grupo de franciscanos disidentes —¡otra vez!— nace en Córcega la secta de los

¹ Jean de Roquetaillade (c. 1310-1365), alquimista y monje franciscano, autor de textos proféticos. Pasó buena parte de su vida encarcelado en conventos, sin que sepamos bien el motivo, quizá por acusaciones de herejía y por sus reflexiones a favor de la pobreza de la Iglesia. Sin embargo, fue siempre una persona influyente. (*N. del T.*)

Giovannali, artífices de una gran revuelta popular, reprimida ferozmente por la Iglesia romana, aliada con los señores feudales. Cuatro años más tarde, en 1361, en Auvernia (Macizo Central), donde el *fraticello* Jean de la Roquetaillade había predicado, da comienzo la revuelta campesina de los *tuchiens* (pelagatos, bandoleros), que logrará ser controlada en 1384, pero que se reavivará de inmediato al otro lado de los Alpes, en el Canavese. En 1377, los bieleses se sublevan contra el obispo de Vercelli y el conde de Biella, y lo capturan en su castillo del Piazzo de Biella; Andorno se une también a la rebelión y se libera así del yugo del obispado. En 1388, Giacomo Bech confiesa a la Inquisición que, treinta años antes —es decir, alrededor de 1360—, había vestido el hábito de los apóstólicos. En 1389, el *fraticello* Michele Calci² es quemado en Florencia. En Inglaterra, en 1380, un grupo de predicadores itinerantes discípulos de John Wyclif³ acentúa los contenidos antijerárquicos y comunitarios del

² Michele Berti da Calci (?-1389), fraile franciscano de la corriente de los *fraticelli* —aquella a favor de llevar una vida de estricta pobreza—, que se rebelaron contra las jerarquías franciscanas y el papa Juan XX, que no aceptaban esa postura. (*N. del T.*)

³ John Wyclif (c. 1330-1384), se le considera el fundador del movimiento de los lolardos.

maestro, del mismo modo que en 1304 Dulcino y los suyos lo hicieran predicando en Gattinara y Serravalle Sesia, vinculándose a las enseñanzas de Gherardino Segalello. Justo después (1381), John Ball,⁴ intérprete de las reivindicaciones de los siervos y la gleba, desencadena la lucha armada, junto a Wat Tyler,⁵ iniciando así la rebelión de los lolardos,⁶ que

Sostenía que la autoridad estaba en la Biblia y no en la Iglesia. Realizó una de las primeras traducciones de la Biblia del latín a una lengua vernácula, en su caso el inglés, en 1382. Fue condenado *post mortem*, su cadáver exhumado y sus cenizas esparcidas. (*N. del T.*)

⁴ John Ball (1338-1381) fue un predicador errante y sin parroquia, que expuso las doctrinas de Wyclif y se hizo famoso por sus persistentes arengas en favor de la igualdad social. Se dice que tenía el don de la rima a la hora de predicar. (*N. del T.*)

⁵ Wat Tyler (?-1381) fue uno de los líderes de la revuelta campesina en Inglaterra, iniciada a raíz de la instauración de un nuevo impuesto en los años de la peste negra, con que la Corona inglesa quería financiar sus guerras con Francia. La rebelión se inició en Kent e, inicialmente, tuvo éxito y entró en Londres. Durante las negociaciones con la Corona, Wat Tyler fue asesinado por el alcalde de Londres. (*N. del T.*)

⁶ El de los lolardos fue un movimiento político y religioso precursor de la Reforma en Inglaterra. Abogaba, entre otras, por causas como la pobreza en la Iglesia, la igualdad social, que los laicos devotos pudieran officiar misa y administrar sacramentos, la separación de la Iglesia y el Estado;

será sofocada con masacres y condenas durante la primera mitad del siglo posterior. A Wyclif se le atribuye la responsabilidad moral de la insurrección del campesinado inglés, así como a Dulcino de los valesianos, a Jan Hus de los taboritas,⁷ a Thomas Müntzer del campesinado alemán...⁸ Los dulcinianos, apostólicos convertidos en «radicales», se instalaron en la Parete Calva y después en el Triverese, igual que el ala radical husita, instalada en una colina rebautizada como «Tabor»... El nombre de Jan Hus será utilizado como arma contra los propietarios de tierras y la

y estaban contra el celibato, la pena de muerte y el aborto. También creían en cierta forma de predestinación. Fueron declarados herejes en el Concilio de Constanza de 1415. (*N. del T.*)

⁷ Jan Hus (c. 1370-1415) fue un teólogo y filósofo checo. Rector de la Universidad Carolina de Praga, como reformador y predicador se le considera uno de los precursores de la Reforma protestante; sus seguidores se conocen como *husitas*. Murió quemado en la hoguera, al ser condenado por hereje en el Concilio de Constanza. (*N. del T.*)

⁸ Thomas Müntzer (1490-1525) fue un predicador partidario de la Reforma, defensor del anabaptismo y líder revolucionario de los campesinos alemanes. Se propuso lograr el advenimiento del Reino de Dios impulsando una vigorosa reforma social. Contemporáneo de Lutero, e inicialmente su seguidor, mantuvo con él una intensa polémica teológica y política. (*N. del T.*)

aristocracia campesina. Los taboritas —como los husitas, seguidores de Jan Hus— practicaban la pobreza voluntaria, igual que los apostólicos; guiados por el guerrillero Jan Žižka, proclamaron una doctrina milenarista e igualitaria. El monte Tabor será tomado por los cruzados católicos en 1452 y la contienda concluirá con una trágica masacre, como la del Rubello en 1307. Los supervivientes fundarán la comunidad pacifista de los «Hermanos Moravos».⁹



En 1484, en el Piamonte, en el valle valdés de Angrogna, sucedieron episodios significativos, como el de Rocciameneut, en que toda la población participó en el asedio al castillo del señor feudal. Indudable es, entonces, la energía de la contestación social, «material», presente entre estos montañeses convertidos «a la valdesia», pues en este sentido la predicación valdesa —igual que la apostólica en Valsesia— suscitó

⁹ La Comunidad de los Hermanos Moravos, o Unitas Fratrum, continúa en la actualidad, entre otros lugares, en Estados Unidos, Alemania, la República Checa y en algunos territorios de las antiguas colonias británicas. (*N. del T.*)

*... simpatías en un pueblo de campesinos agitados por fermentos sociales, despertando nuevas réplicas en el ámbito de un conflicto social diferente. Es probable que la presencia de una minoría de heréticos organizados, serios y válidos, en el seno de una población campesina en lucha contra el yugo feudal, haya tomado la función de catalizador de la insurrección de las clases oprimidas...*¹⁰

Es exactamente lo que sucede con Dulcino en Valsesia, con John Ball en Inglaterra, con los taboritas y con el campesinado alemán en tiempos de Müntzer. Hay quien habla de «halcones y palomas» entre los protagonistas de la primera Reforma. Pero ni siquiera los apostólicos eran «halcones». Su fundador, Cherdardo Segalello, era un mito, un pacifista, un autor y actor de misterios bufos, ni siquiera —¡aunque estaría bien aclarar el motivo!— fue quemado. Dulcino y los suyos, tan perseguidos en el Trentino —donde fueron quemados dos mujeres y un hombre—, abandonaron esos valles sin reaccionar, y escaparon al Piamonte, llegando a las puertas de Valsesia «donde predicaban pasando casa por casa». ¿Es esa la actitud

¹⁰ Giorgio Bouchard: *I Valdesi, una storia da rileggere*, Claudiana, Turin, 1971, p. 18.

de unos «halcones»? Ciertamente es que Dulcino confluyó en la resistencia armada con los valesianos —ya en rebelión desde hacía un siglo—, de la misma forma que Müntzer se unió a la revuelta de los campesinos; y tanto uno como el otro se convirtieron en líderes. Pero es posible que las insurrecciones hubieran ocurrido incluso sin ellos. Las rebeliones valdesias repuntaron entre 1560 y 1561, y con Janavel en 1663. Estas tienen en muchos aspectos las mismas raíces que las de 1484, lo que implica cierto paralelismo entre Dulcino y Janavel; pudiéndose añadir, además, que la guerrilla montañesa siguió las mismas estrategias que Dulcino, tanto en Valsesia como en el Biellese. Igual que John Ball en Inglaterra y Žižka en Bohemia, Michael Gaismair¹¹ guió en el sur del Tirolo y en el Trentino el alzamiento de los campesinos, los *carneri*, los *zaini* (en un tratado suyo, *Proyecto de ordenamiento social*, se desveló promotor de reformas comunitarias e igualitarias), sincrónicamente a Müntzer (1525), en quien se inspira. También la rebelión de los *camisards*, en Cévennes (1700-1713) fue alimentada por una exaltación profética, como hemos visto con Dulcino...

¹¹ Michael Gaismair (c. 1450-1532) fue un político y revolucionario austriaco. La revuelta que lideró contra Fernando de Habsburgo tenía un perfil antijerárquico y anticlesiástico. (*N. del T.*)

¿Pero en qué revolución de desheredados, perseguidos o explotados no existe la utopía de una sociedad nueva? ¿Es todo esto quizá tan diferente de la plegaria: «Padre nuestro que estás en los cielos, venga a nosotros tu Reino...» entendiéndola aquí y ahora?



Mientras que Thomas Müntzer, igual que Dulcino, se decantó por el bando de los oprimidos, compartiendo derrota y martirio, y escogiendo la senda de la cruz, Martín Lutero (1483-1545) no sólo no se solidarizó con los insurgentes, sino que los condenó con vehemencia, aliándose con los príncipes y animándolos a la represión. Historiadores como Jean Goussier han intentado dar una explicación:

Los reformadores se encontraron con el gran dilema ante la exhortación paulina de mantenerse sujeto a las autoridades superiores «porque así lo ordena Dios» (Romanos 13: 1): los campesinos, súbditos de sus príncipes, no tendrían que haberse rebelado, pero los príncipes, según Lutero, deberían haberlos tratado más caritativamente.

La doble exhortación falló y ocurrió un auténtico desastre. Imbuidos por la atmósfera de aquella época, en que reinaba un absolutismo encapotado de teocracia, se puede, si no justificar, al menos explicar, en parte, la alianza de Lutero con los príncipes alemanes.¹²

Sin levantar aquí una disputa teológica, nos toca señalar que históricamente ha existido un hilo rojo que ha atravesado las insurrecciones cristianas, constituido por cierto «anarquismo cristiano». En todas las épocas han existido cristianos que han redescubierto el mensaje libre y liberador de la sencilla verdad bíblica. Martín Lutero cometió el doble error de subordinar cualquier poder a los señores y de consentir la masacre de los campesinos sublevados.

Nos reconforta, al respecto, Jacques Ellul, quien, en su doble vertiente de historiador y teólogo protestante, vincula precisamente a Dulcino y a John Wyclif, y escribe a propósito de la Carta de Pablo a los Romanos (13):

¹² Giovanni Gonnet, «Studi su Fra Dolcino», en *Protestantesimo*, n.º 50/1, primer trimestre de 1995, pp. 102-110.

También en la época de la Reforma, Lutero se referirá a este texto para recomendar a los señores alemanes que aplasten las revueltas campesinas. En cuanto a Calvino, él insiste sobre todo en el hecho de que el rey es siempre legítimo, excepto cuando ataca a la Iglesia. Si la autoridad permite que los cristianos celebren libremente su culto, no hay nada que decir. A mi entender, nos encontramos frente a una increíble traición del pensamiento cristiano de los orígenes; una traición que proviene ciertamente de la tendencia al conformismo y a la obediencia.¹³

Ellul invita a relativizar este fragmento, situándolo ya sea en el rechazo al conformismo, ya sea en la enseñanza del amor, que precede y sigue al excesivamente invocado capítulo 13 de la Carta a los Romanos; o invita también a relativizarlo, contextualizándolo en el momento histórico en que el texto evangélico fue escrito:

¹³ J. Ellul: *Anarquía y cristianismo* (trad. Javier Sicilia), México DF, Jus, 2005. Véase también V. Eller: *Christian Anarchy*, Erdmans, 1987.

Pablo se encuentra en esta Iglesia cristiana de los orígenes que, por unanimidad, es hostil al Estado, al poder imperial, a la autoridad. Con este texto Pablo quiere moderar esa hostilidad [...]. De todos modos se da una enorme restricción a este consejo cuando Pablo dice: «Rendir a cada uno lo que le es debido: a quien el tributo, el tributo; a quien las tasas, las tasas; a quien el temor, el temor; a quien el respeto, el respeto». Aquí la distinción es evidente: no debéis ni el temor ni el honor a la autoridad y los magistrados; al único que hay que temer es a Dios, sólo a él le es debido respeto.

En cuanto a la invitación de Lutero a los príncipes a «ser más caritativos», parafraseando al ex sacerdote católico Gonzalo Álvarez García, confirmamos que, mientras que Lutero predicó a los poderosos la humildad —inútilmente, como se ha podido ver—, Dulcino enseñó el orgullo a los pobres —y, tras él, Wyclif, Hus, Müntzer, Gaismair...—. Él, en verdad, testimonió mediante su alianza el siguiente mensaje:

Sed hijos de Dios, comportaos como tales. No toleréis que os pongan los pies sobre la cabeza, porque en lo que al padre respecta no hay nadie más noble que vosotros.

Creemos que, frente a las masacres de campesinos rebeldes, el martirio de los antitrinitarios y anabaptistas o los suplicios en la hoguera de las brujas, para los creyentes que se reconocen en la Reforma luterana o calvinista no existe ninguna justificación. Esas masacres constituyen, sencillamente, un pecado. Es indudable que, en cambio, en cuanto a este pecado, son inmunes todos aquellos quienes —desde el hermano Dulcino hasta Miguel Servet,¹⁴ de los anabaptistas a las mujeres pobres (¡y no *pobres mujeres!*) acusadas de brujería en los países reformados— han sufrido el martirio y testimoniado el escándalo de la «Biblia como fuente de anarquía».

¿La Biblia como fuente de anarquía? La prueba de la esencia anárquica del cristianismo primitivo es aportada por Julius Evola (1898-1974),

¹⁴ Miguel Servet (1509-1553) fue un teólogo y científico aragonés, célebre por sus descubrimientos sobre la circulación sanguínea. (*N. del T.*)

ultrafascista, teórico neopagano de la antidemocracia y, por tanto, anticristiano. Sirvan como ejemplo los siguientes fragmentos emblemáticos:

El cristianismo está en la misma raíz del mal que ha corrompido a Occidente. [...] Tomado en sus raíces de «pasión» y de orgasmo se formó —con el mesianismo o con el milenarismo— en la promiscuidad de las plebes imperiales, contra la superioridad calma de los dominadores romanos [...]. Es una contradicción palpable proclamar el retorno de Roma y no recordar que el cristianismo fue una de las principales causas de la ruina de Roma; hablar de Imperio, y no darse cuenta de que toda la visión cristiana de la vida es la negación de los presupuestos del Imperio [...]. Insistimos en el hecho de que la prédica originaria de Jesús [...] tenía un carácter puramente anárquico, antisocial, derrotista, subvertidor de cualquier origen racional de las cosas. [...] En el Imperio, el principio era la jerarquía, investida desde arriba. En la Iglesia cristiana, eran en cambio la igualdad, la fraternidad...¹⁵

¹⁵ J. Evola: *Imperialismo pagano. I fascismo dinnanzi al pericolo eurocristiano*, Atanòr,

Entre los filones del anabaptismo,¹⁶ aquel que nos parece un heredero más directo de los apostólicos es el constituido por los huteritas. Estos eran discípulos de Jakob Hutter, capellán del sur del Tirol, que había retomado la obra de un doctrinario milenarista, Agustín Bader, decapitado en Stuttgart en 1532 por haber profetizado el Reino. En el siglo XVI, Hutter fundó hermandades, creando así una gran familia: para ser admitido era requisito fundamental el abandono de cualquier propiedad individual en favor de la comunidad, que colmaba las necesidades de todos y cada uno de sus miembros. Rechazando la resistencia armada frente a las persecuciones de Fernando de Habsburgo¹⁷ y del príncipe-obispo Sebastian Spreng — que capturaban a los anabaptistas,

Todi-Roma, 1928. Puede encontrarse una traducción en www.pdfarchive.info/pdf/E/Ev/Evola_Julius_-_Imperialismo_pagano.pdf.

¹⁶ Sobre el anabaptista Michael Gaismair, véase la investigación historiográfica local *Michael Gaismair und seine Zeit*, Bolzano/Bozen-Innsbruck, Comité de contacto por otro Tirol, 1983. Sobre los huteritas, véase G. Nessi Parlati y G. Berengo Gardin: *Hutteriti, tirolesi d'America*, Raetia Photographica, Bolzano, 1996.

¹⁷ Fernando I de Habsburgo (1503-1564), hermano de Carlos I de España, obtuvo las posesiones germánicas de la familia Habsburgo y fue nombrado emperador del Sacro Imperio romano germánico en 1558. (*N. del T.*)

los torturaban, los quemaban, ahogaban a sus mujeres y condenaban a sus simpatizantes a remar en las galeras pontificias —, Jakob Hutter, radicalmente pacifista, se exilió en Moravia; regresó con su gente a escondidas y fue arrestado en 1535 en Ponte Gardena, con su mujer embarazada. Llevado después a Innsbruck, fue amordazado, para que no pudiese «practicar la astucia», y larga y atrocemente torturado. Para «sacarle el diablo de dentro» fue lanzado al agua helada y después azotado en una celda sobrecalentada. Fue lacerado en diferentes puntos, y sus heridas salpicadas con aguardiente, abrasándolo; con las manos atadas y un sombrero con plumas (Hutter significa «sombbrero»), fue paseado por las calles, igual que Dulcino, para que todos gozaran con el espectáculo. Finalmente, como no quiso abjurar, fue llevado a la hoguera en la plaza de Innsbruck, el 25 de febrero de 1536. La mujer consiguió escapar de la cárcel, pero la encerraron de nuevo, dos años después, en Val Pusteria y fue martirizada. Las comunidades huteritas se refugiaron en Eslovaquia, soportando, sin reaccionar en ningún momento, las incursiones armadas de los ejércitos imperiales y los turcos, que combatían entre ellos. Durante la guerra de los Treinta Años, los imperiales saquearon, secuestraron a mujeres y niños, y violaron a las compañeras de los pacíficos

campesinos huteritas. Sus enormes granjas comunitarias, muy visibles desde lejos, eran presa fácil de los mercenarios, autorizados a fustigar de cualquier modo a los «herejes». Después de las agresiones, indefensos, volvían a reconstruir, a sembrar y a recoger. Estas comunidades estuvieron muchas veces al borde de la extinción, del exterminio. Reducidos a un millar de fieles, los huteritas consiguieron sobrevivir, a pesar de todo, fieles a su régimen comunitario. Hospedados también por la emperatriz María Luisa de Austria, huyeron a Hungría y después a Transilvania, hoy Rumanía. Localizados y acosados otra vez por la Inquisición, pasaron a Valaquia y de allí, en 1770, a Rusia, donde fueron bien acogidos por la zarina Catalina. Fundaron una colonia al nordeste de Kiev y, más tarde, se asentaron también en el distrito de Molotschna, un poco al norte de Crimea, donde fueron apreciados como expertos agricultores, capaces de roturar incluso los bosques más inhóspitos. El servicio militar obligatorio decretado por el zar Alejandro II en 1873 fue el motivo por el que acabaron abandonando también Rusia: su pacifismo era irreconciliable con la disciplina castrense. Algunos huteritas emigraron entonces a Estados Unidos, en 1874, y fueron seguidos después por casi todas las comunidades supervivientes, que se instalaron

en Dakota del Sur y en Montana. Pero, con el estallido de la Primera Guerra Mundial, tampoco en Estados Unidos les dejaron en paz. Perseguidos por su objeción de conciencia, muchos de estos «comunistas cristianos» —como irónicamente son calificados— emigraron a Canadá.

Hoy en día, las comunidades huteritas se encuentran, más que en Dakota o Montana, al sur de Alberta, en Regina y en los alrededores de Winnipeg, al sur de Canadá, entre las Montañas Rocosas y la frontera con Estados Unidos. Ellos representan el único ejemplo existente en la actualidad de comunidades en régimen de propiedad colectiva y de fidelidad a la organización del cristianismo primitivo, superviviente a feroces persecuciones y a todo tipo de destierros durante más de 450 años. Podemos decir que los huteritas son los herederos más directos de las comunidades apostólicas del Segalello y de Dulcino.

El movimiento obrero y el redescubrimiento del «Jesús socialista»

Para oír hablar sobre la rehabilitación de Dulcino tendremos que esperar hasta el siglo XIX. Angelo Brofferio,¹ exponente de la izquierda parlamentaria subalpina —por tanto, encarnizado adversario del conde de Cavour— y, seguramente, el mejor poeta en lengua piamontesa de ese siglo, lo define así:

Fraile que a las maldades del clero oponía la santidad del Evangelio, muerto en la hoguera por haber desafiado a los poderosos, aliados contra él, quienes guerreaban contra un pobre fraile, el cual

¹ Angelo Brofferio (1802-1866) fue un poeta y político italiano. De familia acomodada, recibió una educación ilustrada y anticlerical. Políticamente, se opuso al poder de la Iglesia, fomentando la educación laica, la tolerancia religiosa y diversos derechos civiles. (*N. del T.*)

no tenía otra fuerza que la de sus encendidas prédicas, ni otra milicia que algunos habitantes de las tierras del Sesia, que tomaron las armas motivados por un principio de religiosa reforma, de libertad civil más sentida que comprendida. Contra la fuerza de picas y lanzas, oponía Dulcino la fuerza de las ideas, y ya entonces las ideas se hacían respetar de tal modo que el predicador de reformas había, en pocos años, destruido cuatro o cinco ejércitos capitaneados por los belicosos señores feudales de aquellas provincias.²

En 1877, Alfonso Artiaco se dirigió a Valsesia y el Biellese en busca de leyendas aún existentes sobre los *gazzari*, y escribió:

Dulcino se esforzó por materializar la más seria, la más radical reforma que hasta ahora se haya intentado en el mundo moderno [...]. La Iglesia dominadora y déspota en la dimensión espiritual de aquellos tiempos ha tratado de hacer olvidar esta memoria, rodeándola de continuas mentiras. Pero la conciencia popular, la tradición

² A. Brofferio: «La caverna di Trivero», *Tradizioni italiane*, vol III, Turin, 1849, pp. 765-766.

*siempre viva, ha rodeado a este hombre de una potencia sobrenatural; por aire viaja y sobre fervoroso caballo, por montañas y pueblos lejanos, las furiosas tempestades destrozan los planes de sus adversarios y testimonian, en varias ocasiones, que un final injusto le ha golpeado.*³

El teólogo Biagio Cognetti, en una prédica dada en 1866 en honor de la Madonna d'Oropa, presenta ya a los apostólicos como protosocialistas:

*... con las armas blandían la nueva doctrina, cuyas bases eran abolir toda autoridad tanto civil como religiosa; abolir el matrimonio, destruir el derecho de propiedad, llevar a cabo el comunismo perfecto de bienes y personas, en definitiva se trata de la utopía de la igualdad, que prueba no a confundir sino a disolver la sociedad.*⁴

³ A. Artiaco: «Fra Dolcino e la tradizione», en *La Rivista Cristiana*, año V, 1877, p. 151.

⁴ Sobre la predicación antidulciniana, véase A. S. Bessone: *Il Giansenismo nel Biellese*, Centro di Studi Biellesi, Biella, 1976, pp. 204-205.

Como señala Elena Rotelli,

*... las primeras ideas socialistas y la lucha por el poder temporal de la Iglesia contribuyeron a rodear lo herético de una polémica muy actual.*⁵

Cristoforo Baggiolini, profesor de Vercelli que en su juventud fuera carbonario y militante en los motines liberales de 1821, dedicó al hermano Dulcino un estudio en el que, aunque condicionado y mutilado por las censuras de la Casa de Saboya y de los fanáticos de la Restauración, afirma:

[Dulcino] habría podido comprometer gravísimamente la condición religiosa y política en aquellas zonas, porque nada le faltaba a Dulcino para ser uno de los jefes de secta más formidables que jamás turbaron la conciencia de las personas llanas, y abrumaron la fe de los Estados; todo el ardor en su elocuencia, toda la malicia en la interpretación de las Escrituras, cosa que distinguió siempre

⁵ E. Rotelli: *Fra Dolcino e gli apostolici nella storia e nella tradizione*, Turín, 1979. (N. del T.)

a los más célebres herejes; y, por encima de todo, las dotes de un político, de un valeroso soldado, de un avezado líder...⁶

Ya en 1877, los sindicalistas, promotores de las grandes huelgas de los obreros del textil, se dieron cita en la cima del monte Rubello, pues la figura del hermano Dulcino iba tomando el carácter de punto de referencia para la democracia y para las luchas sociales de la época. En agosto de 1895, en la montaña donde combatió «el fraile herético, intrépido como Giordano Bruno y más grande que Savonarola», se reunieron ciento cincuenta socialistas bieleses, guiados por Dino Rondani (1868-1951) y Rinaldo Rigola (1868-1954), para fundar el semanario del Partido Socialista Italiano local.⁷

⁶ Véanse las dos cartas que el profesor C. Baggiolini escribió a A. Brofferio, citadas en: *I miei Tempi*, vol. VIII, Streglio, Turin, 1904, pp. 512-554, y en Tavo Burat: «Il carbonaro Cristoforo Baggiolini e fra Dolcino», en *La Rivista Dolciniana*, n.º 19, junio de 2001, pp. 6-21.

⁷ El semanario tenía que llamarse *Monte Rubello*, pero para evitar dificultades burocráticas a la hora de registrar el nuevo periódico, por otro lado subversivo, fue finalmente llamado *Il Corriere Biellese*, aprovechando así la disponibilidad de los *mazzinianos* para ceder una

Tras los hechos de mayo de 1898, cuando el general Bava Beccaris⁸ ordenó en Milán disparar a los mendigos reunidos en el patio de un convento en espera de comida, y después también sobre una multitud, entre quienes pudieron escapar, se encontraba Federico Scaramuzzi (1860-1926),⁹ obre-

cabecera de su propiedad ya registrada. Véanse *Rinaldo Rigola e il movimento operaio nel Biellese* (autobiografía), Laterza, Bari, 1930, pp. 140-144 y Pietro Secchia: *Capitalismo e classe operaia nel centro laniero d'Italia*, Riuniti, Roma, 1960.

⁸ Fiorenzo Bava Beccaris (1831-1924) fue un militar piamontés de origen aristocrático que participó en la guerra de Crimea y en la segunda y tercera guerras de Independencia italianas. Provocó una masacre al ordenar que disparasen cañones contra una multitud de manifestantes en Milán, lo que le llevó a ser condecorado por el rey Umberto I. El monarca fue asesinado por el anarquista Gaetano Bresci, quien adujo dicha condecoración como motivo de su venganza. Beccaris estuvo también entre los generales que aconsejaron al rey Vittorio Emanuele III ceder el gobierno a Mussolini. (*N. del T.*)

⁹ Tradicionalmente existía la creencia de que la construcción del obelisco en homenaje a fray Dulcino había sido una iniciativa «culta», sin embargo la correspondencia entre Scaramuzzi y Sella demuestra que nació de una decisión obrera, apoyada enseguida por grupos de intelectuales. (*N. del T.*)

ro de Biella, que escribió a Emanuele Sella (1879-1946),¹⁰ por entonces joven simpatizante socialista y transferido por ello a Ginebra, una carta en la que puede leerse:

... recorro los senderos ya transitados por los dulcinianos y después por los tejedores de 1877. Estos lugares me transmiten una enorme fuerza y creo que en nueve años todos nosotros —prófugos y presidiarios víctimas de la burguesía— estaremos en la cima del Rubello para celebrar el sexto centenario del gran rebelde, pero santo precursor.

Por lo tanto, fueron los obreros los que implicaron a los intelectuales en la «reivindicación» de Dulcino; no fue una operación culta inducida.

En 1907, se celebrará el sexto centenario del hermano Dulcino. Se está para ello constituyendo en Mosso Santa Maria, a propuesta

¹⁰ Emanuele Sella (1879-1946) fue un economista italiano, natural de Biella, profesor en diversas universidades italianas y, tras la caída del fascismo, rector en Génova. (*N. del T.*)

*del doctor profesor Emanuele Sella [...] un comité para hacerlo de manera históricamente objetiva y con inusitado esplendor. Para la ocasión, se inaugurará sobre el monte Rubello un obelisco.*¹¹

Así se formó un comité en Mosso y, al mismo tiempo, surgió otro en Biella a iniciativa del Partido Socialista; ambos se fusionaron, asegurando la viabilidad de la iniciativa. El congreso ciudadano del PSI se comprometió a participar activamente en la celebración. Umberto Savio,¹² Basilio Garbaccio¹³ y Federico Scaramuzzi publicaron el 6 de abril de 1907, en *Il Corriere Biellese*, una llamada «A las secciones socialistas y a los compañeros. A las mutuas de profesionales y a la democracia anticlerical»:

¹¹ Carta de Federico Scaramuzzi, en el Archivo Sella de Monteluçe, Valdemosso (Biella).

¹² Umberto Savio (1870-1946) fue diputado en el Parlamento del Reino de Italia por el Partido Socialista Italiano durante la legislatura de 1913-1919. (*N. del T.*)

¹³ Basilio Garbaccio (1875-1956) fue otro de los obreros que, junto a Scaramuzzi, promovió desde el principio la construcción del obelisco. En palabras de su hija, «era anticlerical, pero profundamente cristiano». (*N. del T.*)

El nombre del hermano Dulcino, de aquella alma heroica que, en tiempos de total y bárbaro dominio de la Iglesia, tuvo el coraje de rebelarse contra la superstición, el despotismo y las atrocidades católicas y que — como todos los precursores del libre pensar que vivieron en los tiempos tenebrosos del gobierno papal— expió con el suplicio extremo su amor por la libertad, en conmemoración de los más sagrados recuerdos, surja para una nueva vida. El nombre del monje rebelde que, contra los eternos enemigos del progreso, ha estado por siempre y del todo bien sepultado, ha sido pues redescubierto bajo el fango del vituperio eclesiástico; el nombre del hermano Dulcino resonará victorioso sobre cualquier encarnecida persecución entre nuestros valles y montes, entre los muros de las ciudades, en los campos, barrios y caseríos. ¡El hermano Dulcino, quemado vivo el 1 de junio de 1307, en Vercelli, después de que le fueran arrancadas las carnes con tenazas incandescentes, ha resurgido ahora! En el ineludible y feliz ocaso de todos los falsos dioses, mentirosos; en la reaparición luminosa de las grandes figuras de los mártires de nuestras ideas,

también el hermano Dulcino ha resurgido. Ha resurgido en la memoria y en el corazón del pueblo.

Cuando Cristo pasa a ser visto como el «primer socialista», llevado a la cruz por la clase sacerdotal y la prepotencia de la clase dominante, Dulcino es redescubierto, «reivindicado» cual «apóstol» y, por tanto, como testimonio del «Jesús socialista».

La no concesión de la plaza de San Bernardo, por parte del ayuntamiento de Trivero, forzó al comité a elegir la cima del monte Mazzaro, frente al Rubello. Se procedió a transportar el material —80 metros cúbicos de piedras— con tres equipos de voluntarios. Los primeros empezaron su trabajo el domingo 9 de junio: veinte personas, obviamente a pie, trasladaron 25 metros cúbicos de piedras hasta la cima, recorriendo escarpados senderos. Apenas coronado el monte Mazzaro, quisieron repetir la acción que Federico Scaramuzzi hiciera el 1.º de Mayo de 1890: izaron una enorme bandera roja a una altura de once metros, correspondiente al vértice del futuro obelisco, y de 25 metros cuadrados, como había de ser la base del obelisco, de modo que todos los bieleses pudieran conocer

la inspiración y las intenciones de los promotores. El domingo siguiente, partió el segundo equipo: en él se encontraban obreros que «después de haber trabajado toda la noche en la fábrica se dirigieron a la cima para participar con su esfuerzo».

En las tareas y en la simple, exultante y simbólica colocación de la primera piedra, intervinieron noventa y cinco trabajadores. Un pergamino, con todas las firmas de los presentes, fue puesto a mediodía dentro de un estuche de vidrio: en lo alto se colocaron los retratos —imaginarios— de Dulcino y Margarita, junto a las medallas de la revista *L'Asino* —que patrocinó la iniciativa junto a dos periódicos bieleses— y del PSI, con el elenco de los tres equipos que participaron en las obras, y los artículos de Ubertini contra «el innombrable diario de los curas». Éste es el texto que había en el pergamino:

En el día veintitrés de junio del año mil novecientos siete, al mediodía, ha sido colocada la primera piedra de este obelisco. Con esto, el pueblo bielés, que participó activamente en la agitación por la rehabilitación del hermano Dulcino, ha querido honrar la memoria

del impertérrito heresiarca, en el sexto centenario de su suplicio. El hermano Dulcino fue quemado vivo en Vercelli, el primero de junio de mil trescientos siete, después de arrancarle pedazo a pedazo la carne con tenazas incandescentes por obra de la Iglesia, pero ahora, disipadas las oscuras tinieblas de la superstición, condenado el horror del gobierno de los curas, la figura de Dulcino se muestra hermosa, grande y ennoblecida por su valiente apostólatado por la libertad humana y por su heroica firmeza frente a los tormentos y en el martirio. Honor y gloria eterna para Dulcino, el precursor de una sociedad libre de cualquier esclavitud religiosa. Una gran multitud, llegada de todas las partes del Biellese, presenció entusiasmada la colocación de la primera piedra.

Y, en vez de poner las acostumbradas monedas de oro en la base, fue colocado un céntimo. El conjunto fue colocado en un agujero excavado en la piedra, recubierto con una gran losa con el escrito: *Nel VI centenario/ del martirio di fra Dolcino/ rivendicato/ il popolo...* (En el sexto aniversario/ del martirio de fray Dulcino/ reivindicado/ el pueblo...)

El 15 de julio de 1907, la obra era completada: 11 metros de altura y 5 de lado, en la base. Después se colocó la lápida que documentaba, con las fechas de 1307-1907, el escrito de la primera piedra, y cuatro losas de mármol que reproducen los célebres tercetos de Dante. Poco antes, el diario clerical *Il Biellese*, que desde hacía meses fustigaba con rabia estas manifestaciones, advertía amenazadoramente de que «un día u otro aparecerá el obelisco al fondo de algún barranco»; e *Il Corriere Biellese* replicaba:

Nosotros lo dejaremos a la custodia de aquellos fuertes y valientes obreros que han sacrificado sus horas de reposo, para llevar su valiosa ayuda y levantarlo, y que, si se da el caso, sabrán también tirar abajo en el torrente Sessera vuestro san Bernardo, junto con todos sus cachivaches.

El once de agosto, todo estaba preparado para la fantástica concentración. Sobre el Mazzaro, se reunieron diez mil personas con centenares de banderas de las secciones socialistas, agrupaciones, sociedades obreras y ligas municipales; había también presentes enseñas republicanas,

anarquistas y masónicas. *Il Biellese*, como protesta, salió pintado de luto. La reacción clerical no tardó en materializar sus amenazas. En noviembre de aquel mismo 1907, las lápidas dantescas a los cuatro lados de la base aparecieron dañadas. A finales de julio de 1927, el obelisco sufrió el último atentado y fue demolido con dinamita durante la noche o, según otra versión, abatido a cañonazos durante unos ejercicios de tiro del Ejército Real. Fue, por tanto, durante el período en que la Iglesia católica romana y el régimen fascista mantenían un estrecho vínculo —que terminó en «matrimonio» con los Pactos de Letrán de 1929— cuando el monumento levantado por el movimiento obrero bielés y valesiano fue encontrado «al fondo de algún barranco», como había pronosticado *Il Biellese* exactamente veinte años atrás.



Durante los años de la Resistencia, entre 1943 y 1945, los emplazamientos dulcinianos fueron escenario de combates, y el mismo Dulcino inspiró algunas acciones de la guerrilla partisana.¹⁴ Y, después, en los días de la

¹⁴ Cino Moscatelli y Pietro Secchia: «Dove combatte fra Dolcino», en *Il Monte Rosa è sceso*

Liberación, Nino Strobino —un anciano socialista que había emigrado por estar perseguido políticamente—, al ser repatriado, sobre una piedra que él en su momento había contribuido a colocar, escribió con mina roja: «Estas piedras son sagradas». En 1974, sexto centenario de la última condena a los apostólicos sancionada por el sínodo de Narbona —y año de la victoria laica que, por referéndum, se opuso a la derogación de la ley del divorcio—, sobre los restos del monumento florecía la pilastra de sienita antropomórfica que reproduce una cruz solar griega. Pilastra análoga al monolito erigido en Montségur (Occitania), uno de los últimos baluartes de la resistencia cátara, cuyos protagonistas, más de doscientos, capturados tras la caída de la ciudadela, fueron llevados a la hoguera: todo un «diálogo», de los Alpes a los Pirineos, entre las diferentes herejías vinculadas por la fe evangélica, por el advenimiento del Reino y por el trágico final en lugares y circunstancias extrañamente similares. Una lápida colocada en la base del antiguo obelisco resume la contienda. A sus pies, otra lápida más pequeña reproduce el versículo de Lucas (22: 36) en lengua piamontesa:

a Milano. La Resistenza nel Biellese, nella Valsesia e nella Valdossola, Einaudi, Turin, 1958, pp. 173-178.

*Adess chi ch'a l'ha nen la spa,
ch'a venda sò mantel e ch'a na cata un-a.*¹⁵

A modo de conclusión, es necesario subrayar que el movimiento obrero que «reivindicó» a Dulcino no hizo lo propio con Margarita. Quizá porque, tal vez inconscientemente, resultaba embarazoso, incluso para los laicos enrabetados, la presencia de una mujer junto a un «fraile». En realidad, no consideraron que Dulcino no era un religioso perteneciente a una orden reconocida, no estaba «consagrado» y no había tomado otros «votos» que no fuesen los de liberar al pueblo de Dios de una Iglesia que había apostatado, traicionando el mensaje originario. Los apostólicos eran, en realidad, un «movimiento», igual que los valdeses, y el apelativo de «fraile/hermano» era habitual entre los cristianos militantes, igual que el término «compañero» lo es en los partidos de matriz obrera.

La *Ca dè študi Dossinian*/Centro di Študi Dolciniani, creada el 14 de septiembre de 1974 por el comité para la colocación de la pilastra, que

¹⁵ «Pero ahora, el que no tenga espada, venda su manto y compre una.»

entre otros incluía al comandante partisano Cino Moscatelli, a Dario Fo, Franca Rame y Osvaldo Coisson (uno de los seis redactores de la Declaración de Chivasso, del 19 de diciembre de 1943, en la que se preconizaba, en la nueva Italia, autonomía política, cultural y administrativa para los valles alpinos) intentó desenterrar el recuerdo de Margarita exaltando su papel «autónomo» respecto a Dulcino.¹⁶

El Centro de Estudios Dulcinianos se puso inmediatamente manos a la obra, publicando el trabajo de Rino Ferrari *Gherardino Segalello, un libertario de Dios* y, con la editora Claudiana, el libro de Elena Rutelli que ha reabierto la nueva serie historiográfica sobre Dulcino y los apostólicos. Se han promocionado diferentes publicaciones: libros, cuadernos, almanaques y *La Rivista Dolciniana* que, contra el maremágnum del conformismo y la homologación, representa una contratendencia, un refugio

¹⁶ Así empezó una larga batalla en el Consejo municipal de Biella para que se bautizara en Pavignano, junto a los ya dedicados a Dulcino y al monte Rubello, un espacio público que conmemorara a «Margarita de Trento»: el resultado no dio sus frutos hasta 1999. Una iniciativa similar vio la luz en Trento, gracias a la intervención del poeta Renzo Francescotti, autor de dos piezas teatrales sobre la *Pasión de Dulcino y Margarita*.

para la discusión, para reafirmar la fidelidad a los principios de la libertad de la cultura y la cultura de la libertad, y por la justicia.

Desde 1974, cada año, el segundo domingo de septiembre, sobre el monte Mazzaro y en el cercano prado del Margosio, se celebra una fiesta popular dedicada a Dulcino y Margarita: la invitación para ir hasta allí va dirigida a los evangélicos, a los católicos disidentes y a todas las minorías víctimas de discriminación, a todos los que tienen sed de oposición: minorías políticas democráticas, minorías religiosas, minorías nacionales y lingüísticas, ecologistas, defensoras de los gitanos, grupos por la no-violencia y el antimilitarismo. Una invitación a resistir para todos aquellos que pretenden defender la autonomía y la diversidad, entendidas como patrimonio común, que deben fructificar sin condicionamientos ni instrumentalizaciones; y que reconocen en Dulcino y Margarita dos estimulantes símbolos de liberación.

Civilización montañesa y autonomía biorregional

Los valles alpinos, como Valsesia, constituyen —o, mejor dicho, constituían— biorregiones,¹ es decir, sistemas biológicos propensos a la auto-producción, que se han adaptado a las condiciones de su hábitat, donde se crea un «equilibrio circular» entre todos los factores —productores de energía, consumidores de energía, eliminadores de desechos—. Las poblaciones de una biorregión forman comunidades locales afines al espíritu de *gemeinschaft*, es decir, de «comunidades de destino» que recogen siglos de producción cultural,² situadas en entornos libres de condicionamientos

¹ Por «biorregión» se entiende un lugar geográfico reconocible por sus características de suelo, especies animales y vegetales, microclima, además de por una cultura humana que desde tiempos inmemorables se ha desarrollado en armonía con el entorno.

² Para el sociólogo alemán Ferdinand Tönnies (1855-1936), *gemeinschaft* es sinónimo de

y subordinaciones, espacios caracterizados por una producción cultural autónoma y, por tanto, no dirigida desde el exterior.

Para comprender a Dulcino, Margarita y sus relaciones con Valsesia, es necesario contextualizarlo todo en la biorregión que constituyó el escenario de la epopeya entre 1305-1307. Aquella Valsesia que con el Tratado de Gozzano de 1275 había conquistado —tras decenios de guerrilla contra los señores feudales, los Biandrate primero y después los de los centros metropolitanos de Vercelli y Novara— una casi independencia; «casi» porque la Universitas valesiana correspondía —por utilizar un término moderno— a un protectorado: de hecho, para tratados y contiendas con potencias extranjeras era siempre necesario el consentimiento de la ciudad (Novara). Las batidas de caza a los heréticos, lanzadas por los mercenarios de los obispos, traían inevitablemente la ruina, pues las tropas a sueldo, como era costumbre, se aprovisionaban con los recursos locales de los

organización social de tipo comunitario, de sociedad vivida como «comunidad de destino»; en contraposición a *gesellschaft*, una sociedad en la que los individuos tienen relaciones de tipo utilitario. Véase F. Tönnies: *Comunità e società*, Comunità, Milán, 1963 (edición en castellano: *Comunidad y asociación*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2011).

pobres montañeses, vistos además como sospechosos de proteger a los herejes; represaliados con la demolición y el incendio de sus rústicas edificaciones (¡aquello que acaecerá en los mismos lugares, 640 años después, llevará a decir *nihil sub soli novum*: «nada nuevo bajo el sol»!). No podía darse sino una rabiosa reacción por parte de la población local que, en aquellas prepotentes incursiones, veía claramente una violación, y por tanto una ofensa inaceptable, de los pactos suscritos en Gozzano.

Es imprescindible entender la estructura que caracterizaba a las comunidades alpinas de los valles altos durante la época en que hospedaron a los apostólicos. Se trataba de auténticas comunidades no individualistas, caracterizadas por la coexistencia entre la propiedad privada y la colectiva. La privada se limitaba a la casa, las armas, las herramientas de trabajo, el ganado y a un poco de tierra; las grandes propiedades —los campos de cultivo, los pastos para el ganado y los bosques— eran comunitarias, y su uso estaba establecido por «reglas» surgidas de asambleas de hombres libres, es decir de quienes llevaban las armas y, arriesgando la propia vida, defendían esas propiedades. En algunos cantones de la Suiza primitiva, se ha conservado la *landsgemeinde*, la asamblea para los asuntos comunitarios

y cantonales, que produce leyes y reglamentos según los procedimientos de la democracia directa, y en las que la participación es un derecho y un deber reservado a las personas, hasta hace pocos años, exclusivamente de sexo masculino, comprometidas hasta las armas. Las comunidades lombardas enfatizaron estas asambleas de «machos libres», los *arimanni*. Estas comunidades eran llamadas *vicinie* (*vicinanze* en el Biellese); *comunaglie* en la zona apenina de Parma; y *regole*, precisamente, en el Cadore y en el Véneto. La ética que daba carácter comunitario a la tierra era la de preservar intacto el patrimonio colectivo; esta ética queda amenazada y destruida por la introducción del derecho bizantino cristianizado, codificado por el emperador Justiniano, y que será la base del derecho romano, al cual se recurrirá copiosamente para formar el nuevo Estado unitario italiano de 1861.

La comunidad rural alpina puede, en consecuencia, definirse como un conjunto de familias cercanas que cultivan un territorio determinado, gestionado según normas de uso colectivo; y viene a ser la antepasada de la mayor parte de los actuales ayuntamientos «políticos»: en Suiza, subsiste todavía el «doble ayuntamiento»: el moderno, «político», y el que en el cantón Ticino y en los Grigioni de habla italiana se conoce como

«patricial», que se corresponde con lo que, al otro lado de la frontera, son los *vicinia* competentes en la administración de bienes comunitarios y en los «asuntos pauperísticos» —es decir, la asistencia—. Hasta el siglo XIX, se dieron conflictos, algunos bastante agrios, sobre las competencias de los consejos «políticos» y los consejos «patriciales» (en los que los electores son exclusivamente «autóctonos», y por tanto quienes pertenecen a familias reconocidas como oriundas del lugar). Estas asambleas discutían sobre la prioridad de unos cultivos u otros, las rotaciones agrícolas, sobre la explotación de los bosques y los derechos colectivos sobre la madera, sobre la caza y la pesca, debatían sobre la admisión de los forasteros: así ocurrió con los apostólicos de Dulcino, tal como sabemos a raíz de la invitación de Milano Sola para hospedarlos en Camperogno; o, igualmente, sobre el rechazo a los forasteros, tal como sucede en cambio con las tropas represivas enviadas al alto valle para cazar a los «heréticos». La sustitución del derecho tribal, más adelante lombardo, por el derecho romano no fue desde luego «pacífica» y necesitó siglos para imponerse. En muchos otros valles, esos «hombres libres» lograron conservar, por las armas, sus privilegios, es decir su autonomía, sus

propias «normas»; las *vicinie* lograron sobrevivir especialmente en la alta montaña (se convirtieron en los llamados «usos cívicos») y se mantuvieron hasta principios del siglo XIX. En Valsesia, recordamos la agotadora batalla autonomista del honorable don Aurelio Turcotti,³ canónigo, pero después fieramente herético, quien en sus escritos expresó su simpatía por Dulcino, y que luchó en el Parlamento subalpino desde la bancada «de la montaña», la izquierda donde también se sentaba Angelo Brofferio.

En cuanto a estos altos valles de los que hablamos, podemos destacar que semejante tradición cultural se formó desde el final de la Edad del Bronce y del Hierro, y declina solamente a partir de la generación de nuestros abuelos, e incluso la de nuestros padres (la Primera Guerra Mundial puede considerarse el momento de ruptura), tal como demuestra el estudio de las tradiciones populares que han transmitido hasta hoy ritos antiquísimos.

³ Aurelio Turcotti (1808-1885), valesiano, fue canónigo y diputado en el Parlamento del Reino de Cerdeña. Derivó hacia posturas ateas en lo religioso, y en lo político fue un autonomista y federalista que se anticipó a la idea de la Unión Europea, defendiendo que esta no debía autodefinirse basándose en sus raíces cristianas. (*N. del T.*)

Además de la *vicinia*, existía otra organización comunitaria, cuya importancia ha escapado a los estudiosos del derecho italiano, puesto que en la documentación municipal se encuentran únicamente alusiones superficiales y muy fragmentarias: se trata de aquella conocida en el Piamonte — aunque no sólo — como la *badia*, o *abbadia*; consistía en una asociación que originalmente agrupaba a los jóvenes del municipio — en la fase de paso a la edad adulta —, y que se dedicaba a mantener con celo las atávicas libertades y la «cultura» oral alternativa; el mismo término *abbadia* implica un desafío a la cultura oficial, la «escrita», aquella codificada en el interior de los monasterios medievales. Las *badie* defendían con ardor las normas y costumbres comunitarias más remotas, transmitidas durante las fiestas, como el carnaval o las fiestas de mayo, y fueron asociaciones que funcionaron también como red de apoyo para el bandolerismo. Las competencias de dichas asociaciones — es decir, la organización de la vida comunitaria, de las antiguas normas, de las fiestas, de la defensa del territorio y sus confines — se convertían así en herencia viva, en razón histórica de la insurgencia montañesa y campesina del Piamonte. Tanto es así que todas las insurrecciones y revueltas campesinas intentaban restablecer normas y valores que hubieran sido quebrantadas.

Los *coscritti* y los «comités» de carnaval, las grandes comidas comunitarias —arroz, polentas o legumbres populares, etc.— son «reliquias» de las *badie*; muchas de ellas fueron catolizadas, convirtiéndose en confraternidades —algunas armadas, como la de Barbania en el Canavese—: los jefes, los *abà*, se convirtieron en «priors» o incluso fueron santificados. De hecho, yo estoy convencido de que Milano Sola, el «rico campesino» de Campertogno que «invitó» a Dulcino y los suyos al alto valle, no era sino un *abà*, un destacado jefe de la juventud de Campertogno vinculada a las armas, que expresó la invitación decretada, según la costumbre, por la asamblea de la *vicinia*. El papel de las *badie* en las insurrecciones rústicas se verá potenciado durante la época del bandolerismo, que empezó en el Macizo Central de Occitania, después de las prédicas del franciscano disidente, Jean de la Roquetaillade, aproximadamente cincuenta años después de los suplicios de Dulcino y Margarita; y resurgió en el Biellese con la captura del obispo por parte de los jóvenes en el Piazzo en 1377, y en el Canavese, desde 1380 hasta mediados del siglo *xvi*.

Como hemos sostenido en diversas ocasiones, la comunidad cristiana que Dulcino y los suyos proponían como precursora del «Reino» era en todo especular, homóloga, a la de los montañeses característicos del alto valle, y no estaba sujeta a las influencias mercantiles de la llanura; de hecho, se resguardan los mismos valores fundamentales: solidaridad y fraternidad, comunión de bienes, rechazo a cualquier clase de impuesto —tasas, o décimas de cualquier tipo—, paridad hombre-mujer,⁴ «ningún siervo, ningún patrón, sólo Dios como único “Señor”»; rechazo del dinero (basta pensar en el fundador del movimiento apostólico, Gherardino Segalello, «libertario de Dios», que se deshizo del dinero tirándolo), puesto que la economía se basaba en el servicio comunitario y en el trueque... Dulcino testimoniaba, con su mensaje evangélico radical, la validez del sistema jurídico alpino, revitalizado por los lombardos y amenazado por el derecho romano que llegaba desde los centros urbanos de la llanura. La «cruzada»,

⁴ Como se habrá ido viendo a lo largo de la lectura de este capítulo, la paridad hombre-mujer alcanzó grados diferentes según la zona y el momento. Se trata de un aspecto no del todo definido, debido a ciertas ambigüedades del lenguaje en cuanto al género, y que necesitaría de mayor aclaración o investigación. (*N. del T.*)

en cambio, representaba la puesta en marcha de principios contrapuestos: jerarquía, privilegios oficializados para los señores feudales, ya fuesen laicos o eclesiásticos; consideración de la mujer como instrumento del diablo; la moneda contante y sonante en lugar del intercambio libre.

La derrota de Dulcino marcará el principio del fin de la civilización alpina: a la luz del día funcionará el sistema jurídico latino, a la «resistencia» le quedará la oscuridad de los bosques y la noche, donde encontrarán refugio los bandidos; las mujeres «sacerdotisas» de la antigua cultura campesina pasarán a ser consideradas «brujas». Las hadas jóvenes y hermosas serán convertidas por la cultura triunfante en hechizeras viejas y maléficas. Quienes practiquen el libre intercambio, por desafiar la ley, serán tomados por contrabandistas.

Los altos valles alpinos mostrarán, en su decadencia económica, política y social, todos los rasgos de las colonias, tal como aparecen en el Tercer Mundo: las materias primas producidas —si pensamos en los metales, empezando por el oro, pero también en el agua, elemento precioso como ningún otro— se consumirán y transformarán en la metrópolis; las poblaciones quedarán divididas territorialmente con fronteras ajenas a su

realidad económica y social (las etnias alpinas son idénticas en ambas laderas: provenzales u occitanos, francoprovenzales, walser, retorrománicos o ladinos, tíroleses, carintianos, eslovenos...); los valles constituirán una enorme reserva de mano de obra —siervos, y más tarde obreros— y de buenos soldados; la red viaria horizontal que comunicaba los valles será sustituida por otra que comunique con los centros metropolitanos, para facilitar la «llanurización» de la actividad económica; el capital local, desaparecido, será sustituido por el de la metrópolis, que poco a poco se irá adueñando de la tierra —turismo especulativo que expulsa a los nativos—; la producción agrícola artesanal será sustituida por la industrial metropolitana; los autóctonos pasarán a ser considerados como culturalmente alienados, ciudadanos de segunda, y los idiomas serán degradados de la categoría de «lengua» a la de «dialecto» minusvalorado, digno de ser estropeado y abandonado (¡la rapiña de la minusvalía sigue a la de la plusvalía!).

La economía, la cultura y la lengua de las élites metropolitanas se impondrán cada vez más en las periferias: todo aquello que es «alternativo», que se resiste a la globalización, es empujado a la marginalidad, o lanzado al mar — como sucede en las regiones celtas: Escocia, Gales, Irlanda, Bretaña,

y Occitania en Francia—, a manos de la potencia económica metropolitana —Londres o París—; en nuestra zona, la «resistencia» es empujada hacia las montañas, a los valles situados cada vez más arriba. Allí donde los pueblos no concuerdan con los proyectos elaborados por las élites, que mitifican sus propios intereses dándoles apariencia de «progreso» a toda costa, los autóctonos son siempre presentados como peligrosos terroristas, primitivos, estrechos y egoístas, que obstaculizan el desarrollo.⁵ Queda así prefigurada una oposición ética: el «ciudadano» es culto, abierto y positivo; el montañés es ignorante y bruto, testarudo y susceptible de ser, como mucho, «convertido» o «emancipado», cuando no severamente condenado. En definitiva, tratado como un «villano» o un «hereje», al que en una época le esperaban el sambenito o la hoguera y, hoy en día, el desprecio social del «biempen-

⁵ Véase Centro di Studi Dolciniani (a cargo de C. Mornese): *Banditi e ribelli dimenticati*, Lampi di stampa, Milán, 2006. Véanse también el periplo del montañés Marco Camenisch, oriundo de la región de los Grigioni, en la cárcel por «ecoterrorismo», narrado de forma autobiográfica por Piero Tognoli: *Achtung Banditen! Marco Camenisch e l'ecologismo radicale*, Nautilus, Turin, 2004; y *Una vita ribelle. Marco Camenisch*, Cassa Antirepressione delle Alpi Occidentali, Cuneo, 2012.

santismo» ciudadano. Se trata de la antigua fábula del lobo, en el monte, y el pobre cordero, en el valle, acusado de haber contaminado el agua.

De esta manera, Dulcino se nos muestra como un emblema, como un héroe mítico de la civilización alpina que aún resiste. Un personaje majestuoso y trágico, igual que los protagonistas de las novelas del más grande de los escritores suizos en francés, Charles Ferdinand Ramuz (1878-1947), que como Dulcino serán prisioneros del destino y de las fuerzas de una naturaleza hostil; héroes similares también a los de la tragedia griega, que encaran el rostro misterioso del destino, por mucho que no puedan resistirlo; deberán claudicar, serán lanzados fuera de la vida pero luchando, fieles a su propia pasión y, a pesar de sucumbir, conservarán una gran dignidad. Pienso especialmente en el protagonista de una de sus novelas más importantes, Farinet, montañés que existió en la realidad, un fuera de la ley oriundo del valle de Aosta, y que en el cantón de Valais se convirtió en un mito, hasta el punto de que el pueblo de Saillon —escenario de sus gestas hasta su muerte, en 1880, cuando la gendarmería lanzó contra él una caza despiadada (como si fuese un oso o un lobo)— le ha dedicado la plaza mayor, un monumento y una fascinante pasarela sobre el precipicio

en el que fue encontrado su cadáver (la obra consiste en una serie de vitrales a lo largo del sendero que conduce a un minúsculo y simbólico viñedo, un lugar de meditación para todas aquellas personas que buscan libertad, paz y justicia). Aun así, Dulcino no recibirá el entusiástico y coral rescate tributado a Farinet, y jamás los lugares que albergaron su contienda épica, Prato, Varallo, Campertogno, Rassa, Trivero... podrán rivalizar con Saillon. Dulcino tuvo la desventura de desafiar no ya a los intereses metropolitanos confederados (¡Farinet acuñaba moneda compitiendo con la fábrica de moneda de Berna!), sino de rebelarse en Italia contra la Iglesia católica romana: marcado como hereje y como bandido sanguinario, ha padecido durante siglos todo tipo de calumnias y difamaciones despiadadas. A pesar de todo, quienes, como Ramuz, han sabido interpretar la civilización alpina, han podido recoger el valor de su emblemática figura. El escritor friulano Carlo Sgorlon⁶ narra en una novela

⁶ Los libros de Carlo Sgorlon (1930-2009), nacido en el nordeste de Italia, giran en torno a la vida campesina de la región del Friul, sus mitos, leyendas y religiosidad, el drama de la guerra, las masacres y la emigración. (*N. del T.*)

... la moderna y siempre válida fábula de los abusos del hombre sobre la naturaleza; vieja fábula sobre la credulidad y el espejismo de un progreso que, aliados contra el equilibrio de la creación, vierten la sangre de la tierra herida, puesto que matan al pasado, convirtiéndolo en una herencia superficial y muerta, en nombre de un porvenir robado, desacralizándolo, improvisando una jefatura para el fuego de los dioses.⁷

En esta novela, se traza la figura de Siro, un montañés contrario a una carretera y a una presa ya proyectadas y en fase de construcción: el texto está inspirado en la tragedia de Vajont, aunque cambiando los topónimos.

A quien decía a Siro: «Tú vives en otra época. ¿Dónde está el peligro? ¿En los trabajos de la carretera?», él respondía: «Desde luego. Empiezan siempre con una carretera. Si dejáis que la carretera se construya, después será tarde para cualquier cosa». Él conocía sus técnicas, las había visto aplicadas en muchos otros

⁷ C. Sgorlon: *L'ultima valle*, Oscar Mondadori, Milán, 1989.

valles. Después de la carretera, vendría gente que pondría sus manos gordinflonas encima de cualquier cosa. Arrasarían los bosques para construir pistas de esquí, construirían cualquier diablura posible, telesillas, funiculares para subir hasta las cimas sin caminar un solo paso; construirían hoteles, estropearían las nieves del macizo, y los valles y las montañas quedarían recorridas por una telaraña de hilos de acero y de pilones de cemento. Desviarían las aguas... «¿Las aguas? ¿Qué tiene que ver esto con las aguas?» «No lo sé. Lo digo por decir. Lo que sé es que lo estropean todo.» «Siro, sé razonable. La gente del valle espera desde hace décadas que se construya la carretera.» Pero él no quería ser razonable. Estaba tocado por la pasión, y continuaba insistiendo en que era necesario organizar una liga con todos para bloquear el proyecto que nos amenazaba, recorrer los pueblos para soplar con fuerza el ancestral cuerno de buey, y dar la alarma. Lo miré a los ojos y tuve la impresión de que ni siquiera me veía. Me pareció una especie de hereje de tiempos pretéritos. Un fray Dulcino, venido desde siglos remotos y aparecido quién sabe cómo en nuestra época de motores

y máquinas. No se daba cuenta de que aquella época había pasado ya, que el fraile de Novara y su mujer de melena roja habían sido quemados vivos, y su gente masacrada y dispersada. Había desaparecido un gran sueño, el de las antiguas comunidades de montaña. Pero ahora los tiempos habían cambiado, y únicamente sobrevivía un pálido fantasma de ellos en el hecho de que la gente hambrienta fuera a buscar leña al antiguo bosque comunal. Todo lo demás había cambiado. Hoy, los grandes señores feudales existían en forma de bancos y sociedades financieras, que podrían conseguir incluso aquello que les había resultado imposible a los obispos medievales. Lo iban a hacer también aquí, es más, ya estaban empezando, pero oponerse era una ilusión mítica y de otra época...



De esta manera, Ramuz y Sgorlon nos explican, indirectamente, por qué el movimiento contra el Tren de Alta Velocidad en Val di Susa ha «recuperado» emblemáticamente al hermano Dulcino: es la segunda vez que un movimiento popular redescubre a Dulcino y lo reivindica (la primera fue

a finales del XIX y principios del XX, cuando el movimiento obrero honró al «precursor»). Por Val di Susa corre una carta firmada por «Dulcino y Margarita, desde ningún lugar» —¡utopía!—, que resulta un himno a la libertad de la montaña, una aguerrida defensa de esa «biorregión» que una colosal vía de hierro pretende estremecer todavía más. Un valle atravesado ya por autopistas, carreteras, líneas ferroviarias, un valle sacudido por una «gran infraestructura». Se extiende la desolación de paisajes encementados, prados destruidos, sombras de viaductos, el gris de decenas de pilones, antenas, torres eléctricas que aumentan en número exponencial, las laderas desviadas y drenadas, las aguas contaminadas. El movimiento que ha reconocido a Dulcino como un emblema prioriza la protección de la biorregión y la salud a los intereses de «los nuevos señores feudales» —como los llamaba Sgorlon—, es decir de unos pocos pero potentes *lobbies* económicos, a menudo vinculados a fuerzas políticas. En la práctica, se confunde «progreso», que es liberación de la necesidad y de la servitud, con «desarrollo», que no debe ser infinito y que está destinado a estrellarse a gran velocidad contra la barrera del límite ecológico. Se afirma que el TAV es indispensable, de otro modo Italia no se modernizará...

Luciano Gallino⁸ se pregunta si no es lo contrario, si no son los habitantes de Val di Susa el auténtico interés nacional, obligándonos a pensar si es realmente conveniente convertir Italia en la plataforma logística de Europa y si la insistencia en querer construir el TAV no expresa la incapacidad de explorar otras oportunidades.

Quizá Dulcino y Margarita, firmes defensores de la biorregión alpina, y por tanto de una región-comunidad en ósmosis con el territorio, resulten trascendentales, considerándolos más bien como personajes míticos, definidos por la tradición popular, que como figuras históricas. De Robin Hood a Farinet, la leyenda parece ofrecernos —mejor que los documentos— una realidad más significativa, desde luego más fascinante, y que involucra más. André Malraux dejó escrito:

Sólo lo legendario es auténtico.

Y, antes que él, Baudelaire había exclamado:

⁸ *La Stampa*, 7 de diciembre de 2005.

— *¿Estás seguro de que esta leyenda es auténtica?*
— *¡Y qué me importa, si me ha ayudado a vivir!*

Dulcino y Margarita fueron atrozmente torturados y quemados el 1 de junio de 1307. A pesar de seis siglos de demonización, el movimiento obrero los reconoce como precursores de la lucha por el rescate de los oprimidos. Hoy Dulcino y Margarita nos hacen escuchar su «otra» voz, como héroes de la autonomía y de la salvaguarda de las biorregiones. Para decirlo como Giuseppe Giusti: «Después de muertos, están todavía más vivos».

Apéndice¹

¿Por qué la montaña estaba con Dulcino? Porque lo que los apostólicos proponían era una réplica de la sociedad alpina, era idéntico. Lo que Dulcino decía era lo que ellos mismos habrían querido ser si se les hubiese dejado en paz. La sociedad montañesa estaba constituida por comunidades muy pequeñas, comunidades pobres, donde la solidaridad era necesaria, por lo que la solidaridad de la que hablaba Dulcino —somos todos iguales, somos todos hermanos, somos «uno para todos y todos para uno»— era la misma de su discurso. La montaña no quería cambiar, pero de la llanura llegaba una presión cultural y económica, además de religiosa, para que se transformase. Dulcino les decía: sois perfectos, está todo bien así, no estáis obligados a cambiar, es la llanura la que debe mutar, la que debe

¹ De una conferencia de Tavo Burat en la *trattoria* Credenza de Bussoleno, el 18 de abril de 2006.

tomar ejemplo del modo en que habéis construido una sociedad sin dinero, sin esclavos, sin siervos, una sociedad de personas libres. Los montañeses luchaban desde hacía un siglo contra las obligaciones feudales, y Dulcino proponía la abolición de los diezmos, cosa que equivalía al rechazo de los tributos feudales. Dulcino decía no al culto romano, y la montaña se había resistido desde siempre a éste: fueron necesarios siglos para catolizar a los montañeses, ellos no querían tener nada que ver con eso. ¿Qué era el paganismo? Fue en las aldeas, en esa periferia, donde fueron necesarios siglos para que el cristianismo arraigara. El cristianismo había conquistado los centros, y sólo después, en oleadas sucesivas, la sociedad metropolitana se logró imponer a los autóctonos, empujándolos siempre más arriba en la montaña, o hacia el mar. Pensemos en la cultura celta, en la lengua celta, que se extendía por toda Europa y que después acabó constreñida hacia los márgenes (pensemos en Irlanda y en Bretaña, acosadas por los poderes metropolitanos de Londres y París), ¡como la aldea de Astérix! En la montaña, resistían reliquias del derecho germánico, del derecho tribal, y no del derecho romano, que nos legó en herencia la propiedad privada; existía esa continua resistencia cuando llegó Dulcino y dijo: nosotros

somos enemigos de esa Iglesia, de la Iglesia del poder, que llega y quiere imponerse y mandar.

Pensad también en el rol de la mujer: en todos los movimientos heréticos —en el sentido en que fueron heréticos—, la mujer tenía una importancia enorme; la mujer, equiparada al hombre, predicaba, guiaba. La figura de Margarita es fantástica: además de su belleza (son las propias crónicas católicas las que dicen que era *pulcherrima*, hermosísima), la memoria popular la vuelve bellísima en todos los sentidos; en la historia y en la fantasía popular, aparece siempre descrita como la que va delante, incluso por delante de Dulcino, la primera en avanzar, en dar ejemplo, incluso en la firmeza con que afrontó el suplicio... Es la mujer montañesa, aquella que da la vida, que la sostiene, que mantiene el fuego encendido, que sabe curar a la persona anciana, que cuida al herido, es el fundamento de la comunidad. Con la caída de los apostólicos, podemos decir que la civilización alpina empezó su declive; a partir de entonces, comenzó a imponerse la cultura metropolitana, la cultura de la llanura. Cuando la última resistencia cedió, llegaron la propiedad privada, el derecho romano, la jerarquía... Al principio, todo era de todos, después este espíritu fue sustituido por la

división —en las tierras y en las casas divididas en fragmentos entre los herederos— portadora de un egoísmo absoluto; en lugar de «uno para todos y todos para uno», «cada uno a lo suyo». Se construyeron las carreteras y, mientras que antes toda la civilización alpina era una civilización de comunicación transversal, de valle a valle (esto puede verse también en el análisis lingüístico, los *patuà* quedan divididos en los del alto valle, el valle medio y el bajo valle, en estratos), después todo cambió, porque era necesario bombear mano de obra hacia los centros metropolitanos; había que «tirar abajo», las carreteras servirían para drenar, para derribar, para «llanurizar».

¿Después de la caída de Dulcino, que quedó de la mujer y de la civilización alpina? Se llevaron el sol y quedó la noche, la oscuridad, los bosques... la bruja. La mujer se convirtió en bruja, aquella que aún conservaba el viejo saber, los antiguos conocimientos, y que acabaría siendo satanizada. En Val Camonica, a finales del siglo *xvi*, hubo 5000 personas investigadas por brujería. En la práctica, esto significa una por familia, no solo mujeres, porque también se tildó de brujos a los hombres —también a los gitanos, a los vagabundos... a sociedades enteras, como ocurrió con

los indios de América—, pero a la mujer especialmente. Fue una guerra campesina con un objetivo bien preciso: la mujer. Porque golpeando allí se atacaba el núcleo familiar, se dismantelaba la resistencia, se arrasaba lo diferente. Los inquisidores pretendían escandalizar informando de que el hermano Dulcino afirmaba que se podía rezar en un bosque o en una cuadra mejor que en una iglesia, pero para nosotros es algo bellísimo, y una recuperación del elemento natural, el bosque; las columnas se convierten en árboles, la iglesia ya no tiene techo, el único techo válido es el cielo (cosa que será retomada después por los cuáqueros y por reformadores aún más radicales). A la luz de todo esto, podemos comprender perfectamente que Dulcino haya escrito una carta a los que están en contra del TAV... En la montaña que busca el rescate, que no quiere morir, se encuentra la verdadera alma de Dulcino.

Primera carta de Dulcino y Margarita a los valsusinos en lucha²

Queridos valsusinos rebeldes,

os escribimos con un estremecimiento en el corazón. Hace siglos que observamos con frustración el mundo y su espectáculo vil y angustioso: montañas destripadas por la arrogancia del dinero, valles ahogados en cemento, ríos color de fango; y, por encima de todo, gente resignada y cabizbaja. Si nuestro dolor es intenso cuando vemos zonas queridas devastadas, como Val di Ledro, Val Sabbia o el monte Rubello —que la toponimia servil hoy llama San Bernardo—, es porque en el mundo de los intereses mezquinos nos hemos sentido siempre extranjeros, mientras

² Extracto de la primera carta de Dulcino y Margarita a los valsusinos en lucha, aparecida misteriosamente en Val di Susa en el invierno de 2005-2006, durante las jornadas calientes de la Resistencia NO TAV.

que nos hemos encontrado como en casa cuando la naturaleza prosperaba vigorosa y selvática, y el hombre vivía en armonía con la tierra que le es madre, y como hermano de su prójimo.

Nos hemos decidido a romper el silencio, escribiendo de vez en cuando a hombres y mujeres de corazón puro y brazo firme, para transmitir coraje en la batalla por la propia libertad, pero la astucia de la Historia —la de los poderosos— se las ha arreglado siempre para hacer desaparecer nuestras cartas. Al acabar el siglo que empezó con la muerte de nuestro hermano Segalello, escribimos a los lolardos ingleses y, durante la Pascua de 1420, a los adamitas, que predicaban en Bohemia las doctrinas de los Hermanos del Libre Espiritu y de la Libre Inteligencia. Escribimos a Thomas Müntzer y a Michael Gaismair, durante aquellas revueltas en las que, durante la primera mitad del XVI, el «pobre hombre ordinario» hizo revivir el espíritu milenarista de la hermandad contra las imposiciones prepotentes de la toga, la túnica y el uniforme. Revueltas en las que la libertad se entretrejea con la defensa de los saberes y las costumbres colectivas. Sabed que, en nuestra época, existían palabras parecidas para señalar el fundamento de las comunidades humanas, para sugerir una cierta forma de estar

juntos. En Valsesia, se llamaban *vicinie*; en los Apeninos, *comunaglie*; en el altiplano de Asiago, *fradelanze*; pero todas se referían a una experiencia compartida del mundo: la pobreza. Pensad que se trataba de una época (nosotras habíamos abandonado desde hacía tiempo ese mundo que hay que abandonar) en que la palabra «república» —la «cosa pública»— tenía un sonido dulce y prometedor, no falseado todavía por un poder centralizador y tiránico. ¡Con qué alegría, entonces, os hemos escuchado hablar y reír sobre la «República Libre de Venaus»! Con qué alegría hemos escuchado a los muchachos valsusinos gritar a la policía: «¡En Venaus hemos abolido el dinero!»». Sabed que nuestro lema, por el que aún hoy todos nos recuerdan, era: «Todas las cosas son de todos».

Hemos escrito, os decíamos, mientras se organizasen conjuras de hombres libres contra el imperio del dinero, hasta el momento en que todavía quedara alguien a quien escribir. Hemos escrito al «capitán» Jonathan Swing y al «general» Ned Ludd, confiando nuestros mensajes a la niebla de los campos y de los barrios ingleses sacudidos por las primeras agresiones industriales; y, después, a los obreros rusos en 1905, a los campesinos españoles en 1936 y también durante la *Resistenza*, cuando muchos hu-

bieran querido, sinceramente, haber continuado haciendo la guerra contra los palacios. [...]

Han pasado decenios. Desde entonces, ese «hormiguero de hombres aislados» que llamáis «sociedad» nos ha quitado el gusto por la palabra. La pasión que abre las cadenas a la escritura nos ha vuelto sólo al ver de nuevo los mismos senderos partisanos recorridos por mujeres, hombres y niños, hostiles a un tren cargado de desventuras y defendido por mercenarios de uniforme. El 31 de octubre, en el Seghino, y el 18 de diciembre, en Venaus, estábamos con vosotras, valsusinas fieras y testarudas. Una vez más en las montañas.

Un cierto ministro os ha llamado «ociosos», otro «paletos». Las épocas pasan, las mentiras permanecen. Nosotros fuimos acusados de crear una secta con personas «rudas, crédulas e ignorantes». ¿Crear en lo que se ve, se siente, se vive, en lugar de en los cantos de sirena del progreso, no es tanto hoy como ayer el peor de los crímenes? Nosotras fuimos quemadas vivas porque pretendíamos la felicidad sobre esta tierra, y no en un lejano más allá. [...] Y aun así, nosotras y vosotras sabemos que perder cualquier relación con nuestras semejantes, con la propia historia

y con la propia tierra es la mejor manera de terminar bebiendo en la fuente de todas las mentiras. Desconfiad siempre de los valores que no tengan bien firmes los pies sobre la tierra. Los montañeses que nos hospedaron y defendieron contra las persecuciones desencadenadas por Clemente V y por los potentados locales, no pensaban que se pudiera hacer algo con los sistemas de medida ajenos a su saber. Diez sueldos, cien hectáreas, dos horas... eran criterios abstractos para un mundo abstracto y cruel. En sus prados, se medía cuántos animales podían alimentarse, las distancias basadas en los días de camino necesarios para recorrerlas, las cosechas gracias a los ciclos de la luna. La simplicidad de sus vidas, la pobreza como experiencia del mundo sin intermediación, nos acogió como a hermanos, porque nuestro cristianismo se fundía con sus exigencias más profundas. Aquel encuentro no les cambió solo a ellos, nos cambió sobre todo a nosotras. [...]

Nunca hubiésemos pensado, antes de llegar al Vercelli, en alzarnos en armas contra la persecución de la Iglesia y los señores feudales. Fueron los montañeses, conocedores del terreno y hábiles con el arco, quienes nos enseñaron a resistir. Nosotras solo habíamos iluminado algunas razones

para una revuelta que ellos practicaban desde hacía siglos. ¿Y cómo les pagó la historia —la de los poderosos— a estos montañeses generosos y tenaces? Primero con la masacre y después con la mentira. A la furia de sus mercenarios le siguió la ferocidad de sus escribas, sus cronistas, sus comentaristas. ¿No os recuerda todo eso a algo, queridos valsusinos? ¿No han intentado los Clementes V de turno hacer creer que, tras vuestra lucha, sólo existe un puñado de anarquistas, subversivos, «terroristas»? [...] La firmeza con que habéis rechazado todas estas patéticas y odiosas maquinaciones destinadas a dividirnos, la caótica armonía con la que vuestras exigencias de lucha se han entretejido con las ideas y sueños de todas aquellas venidas desde cualquier rincón de Italia son para nosotras la alegre venganza de la historia de los oprimidos contra las mentiras de los opresores [...].

Desde ningún lugar, febrero de 2006





Impreso en marzo de 2016
en Romanyà Valls (La Torre de Claramunt)
☎ 938 011 707

